

冊





Año XIII Tomo XXXIV Núm. 130

008(83)(027)

Ateneea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)

1935



63 May 1970
37

SUMARIO

Claudio Rosales Y.
Guillermo Koenenkampf
Juan Uribe-Echevarría
Ciro Alegría
Alejandro Vicuña
Carlos Martínez Toledo
Manuel Rojas
Luis Alberto Sánchez

Puntos de vista
Disertaciones gramaticales
Temporal
El problema del lenguaje en América
La canción de la vida
El Faraón cristiano
Composición
León Trotsky y la dinámica revolucionaria
La literatura del Perú republicano (conclusión)

LOS LIBROS.—**Ramón de la Cerna:** *Desde la ribera obscura*, Fernando Vela: *"El futuro imperfecto"*.—**A. T.:** *Los grandes maestros de la literatura universal*, por Isaac J. Barrera.—*Una Biografía de Robespierre*.—**Luis Durand:** *Imaginerio de la infancia*, por Lautaro García.—**Guillermo Koenenkampf:** *Polvo de días. Versos* por Luisa Luisi.

NOTAS DEL MES

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

P A I S

Número suelto.....	\$ 3.50
Suscripción anual.....	30.—
Suscripción semestral.....	16 —

E X T R A N J E R O

América y España

Número suelto.....	Doll. 0 20
Suscripción anual.....	„ 2.25

Europa (salvo España), Asia, Africa y Oceanía.

Número suelto.....	Doll. 0.35
Suscripción anual.....	„ 4.—

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA NASCIMENTO

SANTIAGO - Ahumada 125 - Casilla 2298

CONCEPCION - Barros Arana 800 - Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLISHED
BY THE AMERICAN
ASSOCIATION OF TEA-
CHERS OF SPANISH.

DIRECTOR

Alfred Coester

**STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA**

AMERICA

Revista de Cultura
Indoamericana

Publicación Trimestral del
GRUPO AMERICA



Encargados de la Dirección

Alfredo Martínez
Augusto Arias
Antonio Montalvo.



Dirección Postal
GRUPO AMERICA

Casilla 75 :: Quito, Ecuador. S. A.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras,
fundada en 1918

Director Fundador

Víctor Andrés Belaunde

APARTADO NUM. 176

LIMA PERU

LEONARDO

Rassegna Bibliografica
diretta da

FEDERICO GENTILE

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

MILANO (111)

REVISTA CUBANA

Publicaciones de la Secretaría
de Educación

DIRECCION DE CULTURA

LA HABANA - CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura
Hispánica

DIRECTOR

JOAQUIN GARCIA MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica

CENTRO AMERICA

AMÉRICA ESPAÑOLA

La revista que encarna los grandes
ideales de Hispanoamérica

Director: G. PORRAS TROCONIS

Colaboran en ella los más famosos
publicistas de Europa y América.
Cuadernos mensuales de 96 páginas
a dos columnas, Nutrida información
bibliográfica.

Precios de suscripción:

En Colombia..... \$ 4.00 oro col:

España y países His-

panoamericanos..... \$ 4.00 oro am.

*En venta en las principales librerías
del mundo*

Dirección y Administración:

Calle Santo Domingo N.º 39

CARTAGENA

COLOMBIA

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre
la aplicación del Cine a la educación en
cada una de sus ramas (universitaria,
primaria, secundaria, agrícola), así a la
científica como a la popular, y a la hi-
giene social. Se publica en cinco edicio-
nes: inglesa, francesa, italiana, española
y alemana.

Director:

Doctor LUCIANO DE FEO

Dirección:

Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española:
dólares 4; pesos chilenos, 32.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIII

Abril de 1936

Núm. 130

Puntos de vista

Escritores fallecidos

La muerte de un poeta es siempre un suceso lleno de sugestiones. Porque nunca los poetas mueren en la opulencia y siempre se van de la vida con un profundo sabor amargo en los labios. Ese sabor áspero de la ceniza de que se habla con desapacible melancolía en una página del Eclesiastés. Fueron reyes suntuosos, espíritus plenos de miel y de oro, y desaparecen como los mendigos, cubiertos de harapos y abandonados de la fama que tanto les ayudó a creer que eran físicamente inmortales.

Villaespesa tuvo horas triunfales. Hace años, es cierto. En aquellos años de «El Viaje Sentimental» o de «El Jardín de las Quimeras» o de «Las Horas que pasan». Sus sonetos eran murmurados en todas las reuniones de escritores y se decían con arrogancia en los tablados de todos los teatros. Había en ellos suntuosidad, elegancia, brío. Pero los años transformaron al hombre y el poeta fué lentamente convirtiéndose al comercio. Para hacer fructífera su labor implacable de rimador, el poeta entregó libro tras libro, a la voracidad de los editores que pedían más, más, más, como si se tratara de una máquina para fabricar botones. Triste espectáculo. ¿Qué defensa había en ese poeta siempre pobre, siempre en combate contra la necesidad? Ninguna. Sus armas eran tan frágiles que bastaba un impulso cualquiera para romperlas. Sus viajes a América no fueron coronación de una vida. En estas latitudes donde tanto se le había admirado en los primeros años del siglo, causó un poco de estupor su silueta magra, su aire de des-

gano. Otra era la figura creada por la imaginación de los admiradores. Al lírico de aquel «Viaje Sentimental» que comenzaba: «Los que vistéis salir por vuestra puerta—para siempre en la paz del ataúd—con los fríos despojos de una muerta—todos los sueños de la juventud», le sintieron en la presencia física como un doble irónico que venía a América a mentir o burlar la buena fe de los que habían soñado y vivido con sus versos, antes de sentirlo de cerca, actuar y vivir.

Esta contradicción entre el hombre y el poeta, siempre destruye, cuando se manifiesta, algo de la recóndita admiración del lector. Se alborota como un pájaro sorprendido, o se quiebra en silencio en el oculto rincón en donde el menos romántico de los seres gusta depositar la flor delicada de la admiración, algún resorte fino o algún cristal sensible. Tal ocurrió con Villaespesa en sus andanzas y correrías por estas tierras de América, al enfrentarse con tantos de los que emocionadamente le habían leído.

Tal vez en arte nunca sea propicio «aparecer». A distancia del autor place al imaginativo crear la sugestión de un artista poderoso, invencible a las miserias terrenas, superior a toda debilidad humana. Se levanta para el creador una decoración armónica. Se le hace vivir en una atmósfera como irreal. Ni aun el tiempo presente, tan acre y tan disolvente, ha podido malograr esta concepción ingenua del hombre lector respecto del hombre autor. Siempre éste queda para aquel en una región inaccesible, de la cual es peligroso descender para mostrarse humano, demasiado humano. El choque perturba o sacude la fina arquitectura del andamiaje, levantado con tanta paciencia y un simple soplo, basta para aventarlo.

La muerte de Villaespesa se produjo en España en las más tristes condiciones. Apenas unos dos o tres amigos rodeaban su lecho y la justicia se había incautado hasta de un manuscrito del poeta. Mientras moría lentamente, pedía su obra. «Su obra». Todavía su obra, después de haber publicado ciento veinte volúmenes de versos. Estaba sin duda descontento de ellos y acaso el último debía parecerle el más logrado de su fecunda labor de poeta. Creemos, sin embargo, que lo más auténtico de su labor está en sus pri-

meros volúmenes, en su «Canción de la Vida», exaltación optimista y sensual de amor a los dones físicos, en su «Viaje Sentimental», itinerario lírico, casi elegíaco del poeta durante el cual, en admirables sonetos, recuerda la muerte de Elisa y plasma las sensaciones de ese viaje a la tierra de Antero de Quental. Los versos posteriores, ya lo hemos dicho, fueron dados en la facilidad inmensa de la versificación, para satisfacer la voracidad editorial. Y es probable que en la expurgación final a que será sometida la obra queden sólo algunos pocos volúmenes de los cientos y tantos que componen la tragedia de creación forzada del poeta.

También Eugenio Noel ha muerto en España, en un hospital de Barcelona, en la miseria. El autor de «Las Siete Cucas» y «España, nervio a nervio», hombre inquieto y batallador, viajero por todos los climas y hace algunos años huésped de Chile, no ha encontrado como término sino esa cama del hospital que parecía ser ya sólo una figura literaria. Antiguamente, o para ser más exactos, hace diez o quince años, todavía se hablaba de la cama del hospital, como de un final ineludible en la vida de los artistas. Casi todos iban a dar con sus huesos en esas salas heladas, marcados con una cifra, entre una doble hilera de lechos blancos y abandonados a su propia suerte. Un grupo de amigos fieles solía rodear al agonizante y muerto ya, ese mismo grupo, entre afanes de dinero, llevaba los despojos al cementerio. Se pronunciaban encendidos discursos, se hacía la apología del escritor, se recordaban sus batallas cruentas y se maldecía de la sociedad indiferente. Algún tiempo después, el olvido. En ocasiones la gloria—esa gloria rengueante, irónica y sin itinerario consignado en las guías literarias—llegaba retrasada para cubrir de dones al pobre muerto. Pero ya nadie respondía, sino una posteridad que no había conocido las luchas íntimas del escritor o sus rudas penalidades y de segunda o tercera mano, oía el relato vergonzante de la vida derrengada del muerto.

Sin embargo, aun hoy ocurren los mismos sucesos en la existencia final de los artistas. En Inglaterra, en Francia o en Ita-

lia, parece menos frecuente esta tragedia, porque el escritor puede tener la seguridad de que su obra literaria, si responde a realidades humanas o sociales, tendrá un número considerable de lectores que le hará menos penosa la vida. En España y en los países hispanoamericanos, no ha podido romperse el marco implacable, dentro del cual suele caer maniatado el artista, para vegetar en un anonimato esplendente, en medio de una soledad fría y rodeada de pompas, artificiales de bullicio y otras zarandajas.

La muerte de Noel es a este respecto sintomática, reveladora de la impotencia del escritor para levantarse sobre la glacial hostilidad del ambiente. Si se recorre en la historia el final de la mayoría de los artistas hispanoamericanos, se encontrará idéntico destino. Es una fatalidad contra la cual en vano han luchado organizaciones y ligas, o sociedades de hombres de letras, con propósitos de defensa y ayuda.

El año es fatal para la literatura. También ha muerto en Madrid hace poco, Teresa de la Parra, la escritora venezolana, autora de «Efigenia», una novela que los públicos americanos devoraron en sucesivas ediciones. Esta novela de amor y sufrimiento fué hecha para las generaciones románticas. Un alma ingenua confesaba allí sus sufrimientos, sus dudas, sus amarguras primeras, con espontaneidad desconocida en las letras americanas. El éxito fué inmediato y el libro pronto estuvo en todas las manos. Especialmente en las manos de todas las mujeres de estas tierras. Siguió a ese libro «Las Memorias de Mama Blanca». Inferior al primero, pero igualmente fresco y gracioso. Pero ya la primitiva fuerza parecía haber cedido el paso a un artificio de composición que los lectores no pudieron perdonar a la autora de «Efigenia».

La muerte de Teresa de la Parra ha cerrado el círculo para una escritora que tantos títulos tenía para la realización de una interesante obra literaria. La vida europea, quizá la ausencia del país natal, obturaron en ella las fuentes de esa frescura de imaginación que era en su primer libro, la promesa más efectiva de realización artística.

Claudio Rosales Y.

Disertaciones gramaticales



A Lógica y la Gramática no se han puesto jamás de acuerdo para denominar la palabra o frase de la oración con que expresamos lo que se piensa de una persona o cosa. La Lógica continúa manteniendo su teoría sobre la estructura orgánica de la sentencia—proposición, según su lenguaje—distinguiendo *sujeto*, *cópula* y *predicado*, sin tomar en cuenta los casos en que esta distinción no es posible, ni las aberraciones gramaticales que resultan de pretender justificar equivalencias como éstas: «el perro ladra» igual «el perro es ladrante» o «el perro es ladrador».

Bello acepta el término «predicado», pero le da una acepción diferente de la que le da la Lógica. Para él «es la palabra o frase que modifica al verbo y se refiere a un sustantivo inmediato, que generalmente es el sujeto». Dice «generalmente», porque puede también referirse al complemento directo. No admite, por lo tanto, que la oración conste de tres partes, sino pura y simplemente de dos: llama a la primera «sujeto» y «atributo» a la segunda, y en los casos en que aparece en la oración un verbo «copulativo», *cópula* y *predicado* constituyen el atributo.

En resumen, su terminología no coincide con la de la Lógica, ni con la de la Academia de la Lengua, porque esta sabia corporación aplica también la denominación de «predicado» a lo que Bello llama «atributo» en oraciones que no son de verbo copulativo.

El análisis que propone Bello de oraciones como: «el pizarrón es negro», es, por lo tanto, diferente del que admiten otros gramáticos. Según él, el adjetivo «negro» modifica al verbo «es», y para estos últimos el adjetivo «negro» modifica al sujeto «pizarrón».

La doctrina del gramático venezolano ha sido impugnada con acopio de razones, todas las cuales se hallan resumidas por el señor Carlos Vicuña en su «Tratado elemental de análisis lógico».

«En las proposiciones predicativas, dice este autor, el verbo no es el atributo, porque no contiene la idea que queremos decir del sujeto. Cuando digo «el león es fiero», no quiero decir del león *que es*, sino que deseo expresar de él la idea de *fierozza*. El verbo *ser* en tal caso es una mera cópula que une el sujeto con el predicado. La gramática tradicional no acepta este sencillo modo de ver y pretende que el atributo es el verbo *ser*, *modificado* por el predicado. Para convencerse de que esto es un error basta observar:

1.º Que el verbo *ser* en tales frases predicativas *no tiene ningún significado especial*, (fuera de los significados secundarios de tiempo, modo, número y persona, propios de todo verbo), y como el atributo es lo que se dice del sujeto, lo que nada dice no puede ser atributo;

2.º Que con el mismo verbo *ser* podemos poner los predicados más contradictorios: (Juan es bueno, Juan es malo, Juan es justo, Juan es injusto), lo que muestra claramente que no es el verbo *ser* lo que decimos del sujeto;

3.º Que puede estar tácito el verbo *ser*, lo que no podría ocurrir jamás si fuese atributo, porque el atributo contiene la comunicación que la primera persona hace a la segunda; el atributo es, precisamente, lo que se dice y no es posible suponer que lo que se diga se calle. «Nada encontré a mi placer: la casa abandonada, el huerto seco, los perros hostiles». Hay un libro

que se llama «Cada hombre un rey». Está tácito *es, será, debe ser, puede ser*, pero no podría estar tácita la frase «un rey»;

4.º Hay lenguas, como el hebreo, en que la cópula *ser* no existe;

5.º Porque «modificar» en Gramática significa alterar, cambiar o limitar el significado de una palabra, y no significando nada el verbo *ser*, mal puede el predicado *modificarlo*.

Este brillante juego de prestidigitación no es, sin embargo, convincente; todo él está basado en la premisa, no bien comprobada, de que el verbo «*ser*» no tiene ningún significado especial, postulado que no tiene más valor que una simple opinión, y que como tal, puede ser anulada con otras opiniones, —la de Cejador, por ejemplo, de la propia Academia Española— cuando no por la documentación que ofrece la propia lengua.

Prueban que usado como cópula este verbo no es un simple morfema: 1.º La interpretación en extensión o intención que los propios lógicos dan de proposiciones como éstas: *la nieve es blanca*;

2.º Que omitida la cópula, no se afirma ni se niega nada, esto es, el juicio desaparece; decir *nieve blanca* no significa sostener que la nieve tiene ese color;

3.º Que negándole su contenido conceptual, no habría comunicación alguna al decir *yo soy* cuando se pregunta, pongo por caso, *¿quién es el defensor de esta tesis?*;

4.º Que no se puede omitir sino en el mismo caso que los demás verbos, cuando se ha hecho mención precedente de él; en efecto, así como se dice: *tú saliste a las cuatro de la tarde y tu hermano, a las cinco*, subentendiendo *salió*, se puede también decir: *tú eres rico y tu amigo no*, callando *es*. En los títulos de obras o de libros, es posible callar no sólo el verbo *ser* sino cualquier otro. Frente a «Cada hombre un rey», se hallan, «Del rey abajo ninguno», «A buen juez mejor testigo», «Por la puente, Juana», etc., y nadie podrá decir que los verbos subentendidos carezcan de significado.

Bajo otros aspectos es dable advertir: 1.º Que si no tuvieran un significado en sí, los accidentes de número, persona, tiempo y modo, expresados por él, forzosamente tendrían que agregarse al predicado, con lo cual éste pasaría a tener el carácter de elemento de una forma verbal compuesta a la manera de las que resultan con el auxiliar haber y un participio;

2.º Que con decir que el verbo ser hace la función de cópula, no se aclara ni se resuelve la dificultad, porque las uniones lógicas no se hacen por el puro placer de hacerlas: ellas tienen una razón de ser, y la cópula une y da a conocer la naturaleza de la unión;

3.º Que la única relación puramente gramatical, sin contenido lógico, es la que se denota por la conjunción subordinante que—la que Bello llama relativo anunciativo—y el verbo ser no se halla en su caso;

4.º Que en las formas verbales pasivas, *estimado* tiene parcialmente el valor de morfema, pero su función no se limita a denotar los accidentes verbales del participio, sino además el sentido pasivo de la forma compuesta que resulta de la unión del auxiliar y el verboide;

5.º Que si bien es cierto que no es posible que se calle lo que se dice, es perfectamente hacedero que se subentienda lo que se quiere decir, como ocurre en el ejemplo: *tú eres rico, y tu amigo, no*, que se ha citado más arriba, con lo cual se deja establecido que el hecho de poder callarse una palabra no va ni en favor ni en contra de su significado conceptual;

6.º Que el poder relacionar los términos más contradictorios, no empece a su valor conceptual, porque otros verbos, v. gr. *estar, venir, etc.* desempeñan análogas funciones y bajo iguales relaciones lógicas: *estoy enfermo, estoy sano; venía alegre, venía triste*;

7.º Que no es siempre evidente que el predicado modifique al sujeto cuando a él se refiere; si se dice: *mi hermano es un abogado distinguido*, no se divisa que el predicado modifique, li-

mite o restrinja la significación del sujeto. Este aparece con mayor relieve probando que la concordancia entre ambos no es siempre necesaria, como se ve en estos ejemplos: *vosotras sois mi herencia más preciada, el solo bien que encuentro en mi aflicción; los desertores eran gente desalmada*. Si a pretexto de que la cópula es palabra insignificante, se la suprimiese, el predicado sustantivo pasaría a ser frase en oposición al sujeto, y por lo tanto no modificaría sino que explicaría o desenvolvería el significado del sustantivo a que se refiere;

8.º Por último, huele a tradición inveterada sostener que el predicado modifica al sujeto. Modificar significa «determinar» el contenido conceptual de un término, y el predicado no ha tenido ni tendrá jamás esa función. Si digo: *las flores son apetecidas*, no expreso que sólo algunas flores lo sean, sino que todas ellas producen apetencia. La restricción del significado no se halla en parte alguna. Pero si digo: *las flores olorosas son apetecidas*, el adjetivo «olorosas» sí que modifica a «flores».

Como no basta probar que el verbo «ser» tiene contenido conceptual en la oración predicativa, y que el predicado nominal no modifica al sujeto, para establecer que este predicado ha de referirse necesariamente al verbo, la lógica exige nuevos argumentos sobre este asunto.

a) Si no hubiera otro género de prueba, podríamos en este caso recurrir al método de los residuos. En efecto, no existiendo en las oraciones copulativas nada más que tres partes, si se ha demostrado que el predicado no modifica al sujeto, queda de hecho establecido que se refiere al verbo, siempre que, por otra parte, se acepte que todo elemento conceptual orgánico de la oración ha de modificar necesariamente a otro concepto, si él mismo no es sujeto o verbo. Como bien pudiera ocurrir que tampoco modificara al verbo, conviene establecer por otros medios que esto es realmente así.

b) Tal parece con clara evidencia si se recuerda que el verbo «ser», usado como copulativo, se asemeja a los verbos

transitivos, los cuales necesitan completar su significado con una palabra o frase que hace el oficio de complemento directo. Y aun pudiera decirse que la presencia de esa palabra o frase es más imperiosa tratándose del verbo «ser» que de los transitivos, porque éstos pueden alguna vez usarse como intransitivos: «el que ama, desea y teme, y por consiguiente padece»; en tanto que el verbo «ser» sin cambiar de significado, no puede usarse solo. La razón es clara. Toda persona, toda cosa, todo fenómeno debe tener necesariamente alguna cualidad y la palabra o frase que la denota modifica el sentido del verbo, que establece su existencia.

c) Esta función del predicado aparece de realce si se le reproduce por un pronombre. Si digo: «soy rico y aparentemente no lo soy», el pronombre «lo» modifica lógicamente y gramaticalmente al verbo. Sostener que el sujeto tácito «yo» está modificado por «lo» parece contrario a todo principio lógico.

Si se insistiera que «ser» no significa nada y lo que nada significa, no puede ser modificado, sería imposible explicar la función que aquí desempeña el adverbio «no», cuerpo extraño dentro de la oración que no pudiendo modificar al verbo no podrá referirse a ninguna de las otras palabras concurrentes.

d) Pero la prueba más concluyente se halla en los casos en que el verbo «ser» se usa como impersonal. No habiendo sujeto a que el predicado pueda modificar, forzosamente tiene que referirse al verbo. No existe ninguna otra posibilidad. En «cuando se está rico, se es cruel con los desvalidos», «rico» y «cruel» son predicados que modifican a «está» y «es», respectivamente, sin que sea posible ni aceptable referirlos al reflejo «se» que es una palabra de significación desvanecida y de función obscura.

Con lo dicho basta para demostrar que la doctrina de Bello es la más lógica y la más ajustada al contenido intrínseco de la oración predicativa.

Guillermo Koenenkampf

Temporal

I

Casi siempre, la primera aventura amorosa es obra de la pura casualidad. Es decir, aparentemente, y en el hecho mismo. En el fondo, una fuerza subconsciente, o mejor diríamos, inconsciente, ha movido la hélice de nuestra voluntad hacia la conquista del hecho inesperado.

Pero no era esto precisamente lo que pensaba el joven Lerma al pasearse por los oscuros entrepuentes y recovecos del «Florindo». Mientras miraba a ratos las constelaciones que, al fuerte balanceo del barco, desarrollaban incomprensibles geometrías en la pizarra colgante de la noche, iba pensando en cosas muy distintas y muy lejanas. Cabeceadas de recuerdos, de recuerdos encontrados y en sucesiva intermitencia—de acá, la visión cada vez renovada, de «la casa», viva, luminosa, como braserada de invierno, y de acullá, el regusto de peripecias y aventuras prematuras, insípidas, como aguas resacadas—le golpeaban el pensamiento. Bajo el faro!

de popa se paró un instante, y encendiendo un cigarrillo Villar y Villar, echó a flotar sus pensamientos sobre la estela fosforescente de las aguas movidas por la hélice. Alguien se deslizó sigilosamente junto a las bordas, hasta su lado.

—¿Pensando en la Clara Barcic, no?—le dijeron a media voz, tocándole con suavidad en las espaldas.

Se enderezó a medias, y volvióse hacia el interpe-lante. ¿En la Clara Barcic?... No; no era eso, precisamente. Es decir, también había pensado en la rubia hermana de su amigo Mateo Barcic, como en tantas otras cosas. Como en la señorita de los grandes ojos castaños, que venía sola en el «Florindo»... Pero, era en su madre, a la que pronto volvería a ver, si Dios lo quería, en quien pensaba en esos instantes.

—¿Y usted, compañero, durmió ya?...—le interrogó a su vez al recién llegado

—Sí. Hacía días que no dormía tan bien. Muchas gracias... Alguna vez podré pagárselo, compañero...

Lerma se quedó observando a la luz amarillenta del reflector, el rostro hambreado y simpático del otro. Era un jovencito de ademanes vivos y cuajados ya de aventuras—ahora algo indecisos—y venía de «pavo», en el vapor. Se llamaba Juanito Bezanilla, hijo de un médico politiquero de Antofagasta. Lerma le pasó un cigarrillo, y le indagó, otra vez:

—¿Y «Tirifilo»?

Se le apretaron un poco los rasgos desenfadados al jovencito, y contestó con voz resentida:

—En su camarote, «con llave», estará... O abajo, jugando póker.

—Buenas se las está haciendo su amigo «Tirifilo», compañero...

Los pasos parcos y medidos del primer oficial de a bordo, les turbó la conversación; y el futrecito Bezanilla se escurrió por las penumbras, dejándole a Lerma una llave de camarote, en las manos.

II

El balanceo del «Florindo» iba aumentando en forma algo inquietante para los pasajeros, y el joven Lerma, de espaldas en su lecho, no podía dormir. Habían salido, de recalada, la tarde anterior, de Coquimbo, y debían llegar al día siguiente, a Valparaíso. Debían... El vapor «Florindo» era un barco nuevo, de buen andar, con camarotes bien olientes y lustrosos, y con un buen comedor de primera clase, de reluciente ebanistería. En mares calmos, navegaba con la elegancia de un cisne; pero ahora iba adquiriendo paulatinamente un desordenado movimiento de péndulo, y el joven Lerma sentía a cada vuelta y revuelta como un vacío de neumática en el epigastrio. Prefirió enderezarse, y se quedó sentado en la cama estrecha, mirando por los ojos—insomnes, como los suyos—del camarote, hacia afuera, hacia el mar, que invisible y sensible en la obscuridad de la inmensa noche, sacudía sus lomos de animal cosquilloso.

Encendió otro cigarrillo (unos gruesos cigarrillos cabeceados a máquina y elaborados especialmente en La Habana, o en Matanzas, para la Compañía Salitrera Alemana, de Taltal); y con el humo aromático del buen cigarrillo, volvieron los recuerdos asustados a acurrucarse en el nidal de su memoria. Sí; esos cigarrillos los traía de la pampa, para fumárselos por los plácidos rincones de su terruño. Le convidaría con ellos a su padre—¡quién sabe si se atrevería!—después del té cordial de las once, o en las noches confidenciales, al contarle sus andanzas; a la familia reunida... ¿Sus andanzas? ¡psch! ¿qué tantas eran, sus andanzas?... Malandanzas, más bien serían. Fracasos por allá, enfermedades por acá, falta de decisión... Sí; falta de decisión, más que nada. Y mala suerte, también. Había salido muy arrogante, de la casa, y lleno de ilusiones, dispuesto a canjearlas en el norte por un saco de billetes. Y volvía lo mismo. Es decir, no volvía lo mismo: volvía sin ilusiones, y alicaído, y amarillo de nostalgias. Su entusiasmo había entusiasmado a la familia, a la partida; y él—cierto era—se había esforzado y se había batido allá valientemente y en todos los momentos, contra la mala suerte. Pero sin maña ni malicia. Un día, de simple «tiznado» en la Oficina Aurrerá, del cantón de Dolores; otro día, de cobrador de la casa Chinchilla, en Iquique; otro día, de pasatiempo en la Compañía Salitrera Alemana, de Taltal. De acá para allá. Hasta que, otro día, tundido por una pulmonía doble en la Oficina Moreno, sintió al sentirse morir, el de-

seo redivivo de volver a su casa; y al fin convaleciente, bajó al puerto con su amigo Mateo Barcic, y esperó vapor para el sur. Y ahí iba ahora, navegando impaciente y echando a cada rato a volar hacia el palomar paterno, la palomas anunciadoras de sus pensamientos . . .

Pero el sueño y las gaviotas perdidas del sueño, que revoloteaban en las sombras, se abatieron también sobre el mástil de su espíritu. Se quedó dormido; dormido en ese sueño vigilante que retrotrae todas las cosas vistas y recientes, y ve, reales y acaecidas, las cosas imaginadas. Así, andando hacia atrás, deshaciendo los nudos del tiempo recorrido, fué reconstruyendo las escenas y los recuerdos e imaginaciones simultáneos, de los días anteriores. Ahí, escurriéndose por las bordas, como una rata de a bordo, veía a Juanito Bezanilla; y ahí veía también a la señorita esquiva del camarote de proa, meciéndose en una mecedora, en un rincón de la cubierta, con un ramo de claveles en el pecho (los mismos claveles arrogantes que él la había visto comprar en Coquimbo); y ahí veía al hurano pasajero alemán; y al gordo «Tirifilo», jugando póker en la sala de fumar; y el puerto de Coquimbo, con su mar adormilada, en la que olas de ensueño hacían cabriolas jugueteando con delfines invisibles; y, más allá, la bahía de Taltal, y su amigo Mateo Barcic y su hermana Clara Barcic, que se alejaban en un bote fletero, haciéndole blancas señales . . . Sí; ahí estaba él, entonces, afirmado en la borda, mirando a los amigos que se quedaban . . . y mirando también los grandes avisos ciclópeos que

«alguien» había «escrito» en la abrupta pendiente de la montaña, cuando se le acercaba muy campante un jovencito de aspecto dudoso y distinguido.

—¿Linda la chiquilla, no?—le decía indicando el bote en que se alejaban Mateo y su rubia hermana.

—Sí, señor; linda . . .—contestaba él, sonrojándose y mirando con recelo al intruso.

—¡Bah! son amigos míos, señor . . .—agregaba el jovencito. Es hija de don Estanislao Barcic. Yo lo vi a usted anoche con ellas, en la plaza . . .

¿En la plaza? ¡Ah! cierto: había estado con las dos hermanas Barcic, la noche anterior, en la plaza. Pero eso ¿qué tenía que ver? El jovencito había callado, y detrás de él surgía, muy acicalada, una facha gorda de garitero.

—Mi amigo, el señor «Tirifilo»—le presentaba alegremente al recién venido. Ex mesonero del Bar Real, en Antofagasta, ¿no lo conoce usted? Después, con gravedad, agregaba: —Y yo, señor, me llamo Bezanilla, Juanito Bezanilla, para servirle a usted . . .

Una conmoción violenta de la nave, le despertó bruscamente, haciéndole tirar sus sueños por la borda. Después, otro trastabillón y otro más, seguidos del alarido espeluznante de la sirena. Fué así como cuando él iba corriendo a mataballos por los cerros enmalezados y llenos de torrenteras, de su infancia, y el animal, de repente, saltaba unos tras otros, con recios envionazos, que a él le sacudían hasta la médula, los obstáculos que se le ponían por delante. Y como el animal que después

de la áspera carrera retiembla fatigado, así el jadeo fatigoso de las máquinas hacía revibrar la sólida carpintería de los camarotes.

El joven Lerma se vistió apresuradamente y salió a los pasillos.

III

Si: ¿qué es lo que estaba pasando?... El contra-maestre, allá en la proa, hablaba con algunos pasajeros alarmados, que le interrogaban desde sus camarotes: «¿Que qué es lo que pasaba?... Nada, en realidad, todavía... ¡Vaya! no era cosa de alarmarse... pero, no estaba de más estar un poco «de» alerta...» Y seguía a atender la maniobra.

Pero algo, en realidad, estaba pasando. Efectivamente, habían salido esa tarde de Coquimbo, con una mar tenue y ligeramente rizada. Al dejar atrás, por sotavento, la punta de Guayacán, el mar se había ido picando progresivamente y ráfagas desbandadas de viento sur despeinaban a grandes manotadas las negras columnas de humo, de las chimeneas. No era cosa de asustarse, no; y con la noche, el mar y el viento se calmarían. Así había dicho el capitán, en el comedor; y nadie se había preocupado de eso. No obstante, después de la comida, mientras los pasajeros se arrellanaban en el salón o jugaban póker en la sala de fumar, el viento se había ido haciendo más compacto y agresivo, y las olas, encrespándose y caracoleando como animales

chúcaros, daban rebotes contra los costados de la nave. Por las cubiertas, sólo dos o tres pasajeros, demasiado curiosos o hiperestésicos, se cruzaban, atisbando al mar: el joven Lerma, y la señorita de los ojos grandes y castaños, y a veces, el huraño pasajero alemán de lentes dorados, con su pipa de ámbar en los dientes.

Pero el capitán del «Florindo» estaba alerta. Al hundirse el sol tras los límites del horizonte, el barco navegaba orzando contra el viento, desviado unos cuantos grados de la ruta de Valparaíso, rumbo hacia el sudoeste. Y, cuando en la noche el alarmado Lerma salió de su camarote, la obscuridad era aún señora absoluta de los espacios: sólo a occidente, las Pléyades, aferradas a los últimos extremos del firmamento, continuaban empecinadas la demostración de su pitagórico teorema. ¡Ah!... «No estaría de más estar un poco de alerta...» había dicho el contramaestre. ¡Miren qué cosa! Había que estar bien alerta: el «Florindo», como animal bisono y acosado, jadeaba, jadeaba, resoplando con sus calderas a gran presión. A ratos, fieros empellones—generalmente, eran tres—levantaban a alturas vertiginosas la proa de la nave, para en seguida hundirla en vértigos de abismo. Olas inmensas pasaban por los costados y dentro de las zonas iluminadas por los focos, sus convexidades glaucas brillaban siniestras, como irritadas pupilas del océano.

Afirmándose en las maderas, el joven Lerma se fué a buscar por los escondrijos donde solía cobijarle el camarotero turno, a Juanito Bezanilla. ¡Era valeroso

y entretenido, el Juanito Bezanilla! Al revés de ese sinvergüenzón del «Tirifilo», que se le estaba haciendo el lesa, al otro, muy encastillado en su camarote de primera, después de habérselo conquistado... ¡A lo mejor, tendría, él, que pagarle la pensión y los gastos, en Valparaíso!... Iba haciendo imperativos compases de vals por el pasillo, cuando, al pasar frente a la puerta de la señorita esquiva, vió el ojo de buey del camarote que le miraba, con una luz esquiva y oscilante. Y simultáneamente, se entreabrió la puerta del camarote y apareció en el hueco la señorita esquiva, precisamente, que miraba, con los grandes ojos asustados y los rizos arriscados y en rebeldía, hacia los despeñaderos vertiginosos de la noche... Sí: como una cabra de Galaad, con dos cabritos mellizos, medio ocultos, o medio descubiertos, bajo la bata que el viento descinó pícaramente. Se cerró con estrépito, la puerta, y el joven Lerma siguió por el pasillo, haciendo ahora emocionados pasecitos de vals, en busca del Juanito Bezanilla. Al doblar un recodo, se topó con el camarotero turno, que llevaba un jarro estañado en las manos.

—¿No ve, patrón—le dijo—cómo le cuido a su recomendado? Le llevo cafecito caliente, para los nervios... Además que ya era conocido mío, el futrecito...

Lerma le dejó pasar, sin decir nada. Al pasar el camarotero bizco, un olorcito tibio a café—aroma de nostalgias y de instancias—se le colgó a Lerma en las narices; y, no obstante, él, sin acordarse ya del jovencito

Bezanilla, volvió por el pasadizo, zigzagueando, pensando en la señorita esquiva, y en los dos cabritos mellizos...

IV

Al día siguiente, el temporal era ya un temporal deshecho. La surada—uno de esos terribles surazos de primavera en las costas del Pacífico—se le ponía por delante, con sus caballerías oceánicas, al valeroso «Florindo». Unas tras otras, las olas, azuzadas por el viento, acometían en cerrados escuadrones contra la proa de la nave y pasaban por sus flancos, veloces, disparando, como jinetes númeradas, las descargas de su iracundia.

El joven Lerma, aferrado a la borda, miraba por el lado de babor, perdidamente, los horizontes perdidos del continente, de la tierra firme. ¡Nada, nada, señor!... Ni una línea en el horizonte... ni siquiera un islote de pájaros en la inmensidad de las aguas embravecidas. Ni siquiera un pájaro petrel, tras la estela revuelta del «Florindo»... El no había visto, no recordaba haber visto un temporal tan pertinaz como ese. Cuando chico, cuando muchacho, allá en las costas de su tierra, había por los inviernos grandes tempestades de viento norte: se cerraba el cielo y nubes negras y apocalípticas, embestían contra las más altas cimas, como queriéndolas descabezar; y lanzaban de pronto la chispa del ataque y retumbaba el trueno, y, las nubes, desgarrado el propio vientre en los picachos, pasaban, dejando caer

sobre la tierra expectante, el copioso llanto de la derrota. Y el mar, ¡ah, el mar! como un tigre inmenso de pupilas verdes, se agazapaba, y enarcaba los lomos ondisonantes, y ¡zas!, se precipitaba rugiente contra las playas y los acantilados. El, con sus hermanos, miraban desde el promontorio más cercano a la casa, sobrecogidos de terror y entusiasmo, el espectáculo grandioso; mientras el impetuoso norte les golpeaba de frente los pechos con sus tibios puños invisibles. ¡Esas eran tempestades! Pero éste, éste... Este era una tempestad también, sin duda alguna; pero era de otra índole. Es decir, los otros, esos gloriosos temporales del norte, eran como de una sola personalidad, como si se dijera, un geológico Titán enfurecido; en cambio, este surazo parecía multiforme, ambiguo, de una pertinacia casi rayana en lo razonado... Ahí venían las olas en escuadrones, con las crines blancas de sus corceles desmeledadas por el viento, en agotadoras cargas contra el «Florindo».

Amarillo, ahora, de inquietud, se encerró en su camarote. ¡Caramba! haber escapado allá de la muerte, en ese Mar Muerto de la pampa, y venir a quedar ahora aquí, en este otro océano, sepultado quizá en el vientre de una ola, o de los tiburones... Ahora, que iba a volver a ver desde el alto recodo del camino los humos del hogar, que estaba próximo a abrazar a su madre, a su padre... Allá, en «la casa», estarían ahora, seguramente, mirando ese temporal, que pasaría dejando a un lado las sorprendidas costas de su tierra,

hacia el norte, hacia su encuentro. Ahí estaría su hermana, en lo alto del promontorio, con alguna amiga, (ella le escribía que tenía ahora una amiga, que le tenía, para cuando volviese, una hermosa amiga) allí estarían, pues, mirando el mar embravecido y overo, temiendo, lamentándose por él... ¿Una amiga? ¿Quién sería esa amiga?... ¡Ah! grato era, siquiera, en esos momentos angustiosos, estimular el pensamiento pensando en una amiga, en una mujer... ¡La mujer! El grande enigma, el gran deseo de sus veinte años aporreados y aventureros. ¡Tantas mujeres que había conocido ya, y que había amado o creído amar, y que había creído que le amaban, y después, ¡nada!... ¿Por qué? ¿Serían así, inasibles, todas las mujeres, o coquetas y esquivas...? ¿O sería él, el que...? No; él era tímido, es cierto; pero... no era porque él no quisiera, que... (se enredaba en sus pensamientos y trató, mejor, de recordar ejemplos). Zangoloteado por el balanceo y obstinándose en chupetear el cigarrillo que se le deshacía taimadamente, recordaba, entre otras cosas, cierta aventura o aventurilla, o lo que hubiese sido, que había tenido en Iquique, con una morenita boliviana. Era una morenita buena moza, querida de un mecánico italiano, ausente casi siempre en la pampa; y una tarde, él, envalentado por unos amigos, la había metido en su pieza y ahí la había tenido durante dos horas, o tres horas, acariciándola... Y sin embargo, nada: ella «no había querido», decía que «no quería», la tonta, y... no hubo nada, pues. Y así, o algo así parecido le había

pasado siempre. Todas eran inasibles, esquivas, como la señorita de los grandes ojos castaños que iba sola en el camarote de proa...

Hacia la tarde, salió a la cubierta y zigzagueando y haciendo geometrías, como las Pléyades, se fué hacia la popa y se quedó mirando otra vez la hélice, que, a instantes, a las fogosas cabeceadas del barco, salía de las aguas y seguía girando en seco, a varios metros de la superficie vertiginosa. Por las miradas del joven Lerma; el miedo le caía, la caía hacia el abismo, tiranteándole las fibras del estómago, retorciéndole la médula de sus pensamientos... Más allá, aferrado también con ambas manos a la borda, estaba el pasajero alemán, con su pipa de ámbar en los dientes.

De pronto, ¡Dios sabe como fué!—sería probablemente alguna sacudida violenta y sorpresiva del «Florindo» o algún manotazo del viento—se le cayó al pasajero alemán la pipa de ámbar, de la boca, al mismo tiempo que exclamaba y tendía los brazos, viéndola caer:

—«¡Ach, mein Gott!»

El joven Lerma, que no sabía alemán, pero que había leído «La copa del rey Thule», creyó que el pasajero alemán se refería a Goethe y que había dejado caer premeditadamente, en un arranque de emulación romántica, como el rey romántico del poema, su pipa de rica espuma del Báltico, en las espumantes aguas del Pacífico.

Este mero incidente fué como un reactivo moral para

sus nervios oprimidos por el temor y la inquietud, y continuó andando por la cubierta, aferrándose a las bordas, afirmándose en los pasillos. Allá, más allá del camarote de la señorita esquiva, junto al palo de trinquete, miró, más valeroso ahora, las olas que atropellaban en hordas incansables, la proa y los flancos del «Florindo». Era espectáculo curioso e imponente: algunas, casi todas, antes de llegar a la nave, erguían de pronto la cabeza y deteníanse un momento, en ademán de acometer, y reventaban después en mil fragmentos blanquizcos, como si debajo de sus vientres hubiese estallado alguna bomba lanzada desde algún castillo de proa. El ventarrón, entonces, barría esos fragmentos y los desmenuzaba a su vez en el aire, en otros millares de fragmentos atómicos y compactos, tal una hiperbólica regadera que regase de un golpe las extensiones de las aguas, y le rociase a él el rostro y los ojos expectantes... ¿Y la señorita de los grandes ojos asustados, por qué no vendría ahora por la cubierta?...

El viento se hizo insoportable; y en el horizonte inflamado, el sol removía su roja cresta de gallo sobre las crestas revueltas de las olas. El joven Lerma subió a su camarote, mientras llegaba la hora de comida. Habría ido de buenas ganas a la sala de fumar, donde estaría, probablemente, el «Tirifilo», o al salón; pero no quería: él era poco sociable, algo esquivo también, y además, todos andaban con unas caras amarillas de miedo, que daban miedo... Siquiera ese alemán taciturno sabía disimular y desafiar, el miedo. ¡Ganas le

daban de hablarle, de conversar con él, de recordarle a Goethe!...

V

Cayó de bruces, como un piquero, dentro del camarote; y ahí quedó tumbado en el piso, sin sentido. Un terrible sacudón de babor a estribor le había tirado de improviso contra las bordas, desde donde, otro barquinazo consecutivo, de estribor a babor, le fué a estrellar contra una puerta, que, al choque, se abrió violentamente.

Tenía una herida en la sien derecha. La señorita de los grandes ojos castaños, le miraba estupefacta, desde un rincón. Había visto abrirse la puerta con estrépito y caer casi simultáneamente ese bulto largo a sus pies. Se quedó la joven sin dar un grito, sin hacer un movimiento, paralizada por el terror. Después, sin darse cuenta bien de lo que pasaba, al ver que el hombre no se movía, fué acercándose y vió la sangre que le chorreaba de la frente. Reaccionó entonces su instinto de mujer: ¿estaría muerto ese hombre, Señor?... Quiso llamar, para que viniese algún camarotero o algún médico; pero repentinamente, no se atrevió, pensando en otra cosa. Se inclinó entonces sobre el herido, y cautelosa, tímidamente, le tomó las manos y miró la herida. Era una herida no muy grande: el golpe, seguramente, le había aturdido. Al conocer, al reconocer al joven tímido que se paseaba desvelado por los pasillos, le cos-

quilleó, un poco emocionadamente, el corazón. ¡Había que curarle de alguna manera al pobre joven! Le alzó la cabeza con cuidado y le puso debajo una almohada de la cama. ¿Agua de colonia?... Sí; le lavaría con agua de colonia la herida y le vendaría de cualquier manera, para estancarle la sangre. ¡Pobre muchacho!

Cuando le estaba limpiando con un pañuelito empapado en la loción, el herido suspiró levemente, y ella se estremeció. Después de curarle, equilibrando como podía los sacudones del barco, vertió algunas gotas de colonia en un vaso de agua azucarada y se las hizo tragar. El joven Lerma abrió los ojos y miró, alucinado: delante de él, una señorita hermosa, una señorita de grandes ojos dorados, se inclinaba solícita... ¿Que se había muerto, él, Señor...? ¿Que se habrían ido a pique y estaría él ahora en el Paraíso...?

Ella, al verle volver en sí, se había enderezado instintivamente, ajustándose la bata hasta el cuello; pero después volvió a inclinarse ante el herido.

—¿Le duele?—le interrogó.

El herido se quedó callado, mirándola, volviendo en sí en su entendimiento; y, al fin, el eco de la voz dulce de la joven le hizo estremecerse. Se puso de pie, atontado, palpándose la cabeza, mirando las manchas de sangre en la almohada, y se le avergonzó el pensamiento...

* * *

El temporal parecía haber amainado algún tanto. La señorita de los grandes ojos castaños había hecho sentarse a Lerma, en el lecho, y ella se había sentado en un ángulo, sobre una maleta. Después de comentar el accidente, se habían puesto a hablar de la tempestad. ¡Qué susto tan grande había tenido ella! No dormía, en las noches... A veces, entre el fragor del huracán y las sacudidas del «Florindo», le sentía pasar... ¡Claro! tampoco él dormiría, ¡quién sabe!...

—¡Qué olas tan enormes! Yo creí que íbamos a naufragar...—exclamó, aliviándose del mal recuerdo.

Lerma, que sentía llena de ruidos la cabeza, recordó de golpe todas las peripecias y vicisitudes pasadas durante el temporal.

—Sí; ¡qué olas tan enormes...!—repitió, mirando ensimismado unos claveles que se mecían gallardamente en un vaso aprisionado sobre una repisa. Pero su pensamiento se había detenido ante una visión... ante «otra» visión que era «la misma», sin embargo, que estaba ahí delante...

La señorita de los grandes ojos asustados, parecía seguir con su pensamiento, los pensamientos del tímido Lerma, y una rosa pálida se ruborizó en sus mejillas. Se puso de pie y dijo, disimulando:

—Usted tendrá debilidad, con la pérdida de sangre, ¡no se me había ocurrido!

Abrió una caja de viaje y sacó un paquetito de galletas.

—Coma . . . para que se reponga y pueda volver a su camarote . . . Y mientras Lerma, con pulso indócil, sacaba una galleta de champaña, del paquete, la mano linda de la señorita de los grandes ojos asustados, comenzó a su vez a temblar, traicioneramente . . .

Después . . . ¡Nunca supo el joven Lerma cómo había sido «eso», después . . . ! Se había comido, a pequeños mordiscos, la galleta, y ella, con el paquete en la mano, de pie, esperaba, acaso para ofrecerle otra. Al fin se había ido a sentar, en el ángulo, y cada vez que Lerma se comía una galleta, ella volvía a pararse, a ofrecerle el paquete. Así, varias veces, sucesivamente. También ella comía: después del miedo y la distensión nerviosa que le causara el temporal, una agradable debilidad le avivaba ahora el apetito. Cansada de ir y venir a cada rato hasta su rincón, se había sentado al fin, con un movimiento inadvertido, en la cama, cerca del herido. Ahí siguieron conversando y a cada barquinazo rezagado del «Florindo», habían ido acercándose insensiblemente. Ella, hablaba casi sin mirarle, mirándole quizá por el rabillo del pensamiento; y él la escuchaba, sintiendo un aroma desconocido, mezclado al ámbar del agua de colonia, darle vueltas la cabeza. Escuchaba y contestaba balbuceando y con los sentidos en éxtasis, las conversaciones de la señorita. Y poco a poco, una sensación rara, un hipo nervioso, le fué angustiendo, ahogadamente, en la boca del estómago: así,

algo así como la sensación de vértigo que le causara el miedo a la tempestad...

Le tiritaban las rodillas, y de pronto suspiró, sin querer. La señorita le miró un instante, con sus grandes ojos de ámbar oscurecidos bajo la suavidad de los párpados. Después, ella se echó a reír, con una risita nerviosa, relumbrándole la húmeda blancura de los dientes. Al fin, la señorita de los grandes ojos dorados, levantándose, sin saber a qué, había vuelto a preguntarle:

—¿Le duele, todavía?...—y le acomodaba con cuidado la venda, que sus manos inexpertas le habían atado, mal atada, a la cabeza.

Al hacerlo—¡no lo hiciera, mejor!—sus brazos levantados le echaron encima, al alucinado Lerma, de golpe, el aroma agudo y desafiante de su carne, al mismo tiempo que el movimiento le desceñía traidoramente las vueltas de la bata, y...

Y... ¡nunca supo, pues, el tímido Lerma, cómo pudo haber sucedido «eso»...! Afuera, el temporal seguía amainando y el «Florindo», con el pulso firme de sus máquinas, navegaba ahora rumbo a Valparaíso...

El problema del lenguaje en América

POR AMADO ALONSO



DE Amado Alonso, filólogo, poeta, investigador y avanzada en nuestra lengua de esa reciente disciplina crítica la estilística, conocíamos la traducción y las excelentes guías que aporta al conocimiento de Karl Vossler, Leo Spitzer, y Helmuth Hatzfeld en la «Introducción a la estilística romance».

Pero a Amado Alonso lo hemos conocido más de cerca en las magníficas disertaciones—Categorías Gramaticales—con que nos regaló en los Cursos de Verano organizados por la Universidad de Santiago.

Recordemos sus disertaciones sobre el uso del pretérito imperfecto y sus resultados estilísticos en algunos pasajes de «Don Segundo Sombra», de Güiraldes; el pretérito perfecto en «Doña Inés», de Azorín y su clase final sobre el diminutivo, que constituyó una aplicación de todo el sistema gramatical que Alonso propicia—ante nosotros formados con Bello y Lenz: «cabezas

fuertes, muy fuertes; demasiado logicistas el primero, más psicologista el segundo, aunque sin entender a Wundt», sistema que tiene en gran parte su base en la fenomenología de Husserl, («Investigaciones Lógicas», II tomo. Colección Revista de Occidente).

Amado Alonso y Dámaso Alonso—el redescubridor de Góngora—son los únicos españoles del nuevo equipo que se han dedicado a estos estudios. En Argentina tendríamos que citar a Raimundo Lida—colaborador de Amado Alonso en la «Introducción a la estilística romance»—y a Rosemblat, y entre nosotros a Yolando Pino Saavedra.

La estilística es el sistema crítico que mejor permite establecer no sólo la autenticidad poética del poeta, sino sus aportaciones de estilo, lenguaje y técnica; todo ello perfectamente contabilizado, lo que facilitará al crítico del futuro—que alguna vez dejará de ser impresionista—una plataforma más alta y segura para sus valorizaciones y un riesgo más reducido de arbitrariedades.

Un alarde interesante de lo que puede obtenerse con los nuevos procedimientos nos hace Amado Alonso en «Jorge Guillén, poeta de la esencia»⁽¹⁾.

Amado Alonso enlaza la poesía «pura» de Guillén con la fenomenología de Husserl y Martín Heidegger. No es que la poesía de Guillén sea la de un lector de las «Investigaciones Lógicas», por ejemplo, sino que

(1) «La Nación» de Buenos Aires, 21 de abril de 1929.

en su comarca poética ha llegado a la esencia de su objeto, en una forma equivalente a la que operan los fenomenólogos en otras zonas del espíritu.

Veamos:

«Salvar lo perdurable y esencial del seguro naufragio que es el azaroso existir temporal ha sido una exigencia sentida con vario rigor y diferente claridad por otros poetas, desde Mallarmé, y prosistas desde Proust y por las artes plásticas; y definida e impuesta por la fenomenología a las disciplinas filosóficas y a la Historia, lingüística, sociología: a todo lo que sea ciencia del espíritu».

El artista, el filósofo, el historiador, el lingüista, el sociólogo se sentirán atraídos por distintos sectores y aspectos de lo real: admitamos también, sin inconvenientes, que la esencia y unidad instuídas por el artista, serán de otra especie que las alcanzadas por la filosofía y por la ciencia. Y aunque el análisis filosófico podría aproximar esta perseguida estructura más bien a la «idea» platónica, que a la «esencia» de la fenomenología, siempre quedará en esta necesidad de diferenciar lo que «existe» de lo que «es», un trazo nuevo y común, un rasgo fisonómico que da cierto aire de familia a todas las manifestaciones de la más alta cultura actual, y que la diferencian a la vez de las precedentes. Y lo más personal de la poesía de Guillén no es sólo la obligatoriedad con que ese blanco se impone, sino su instalación en otro mucho más amplio: esta red de descubrimientos sólo se ve saciada al quedar lograda

la venturosa fusión de la unidad parcial en la serenidad cósmica:

«¡Oh concentración prodigiosa!
Todas las rosas son la rosa:
Plenaria esencia universal.

En el adorable volumen
Todos los deseos se unen
¡Ahinco del gozo total!

... Y ese mismo afán de perseguir en lo real, efímero y azaroso, su significación extratemporal y exacta, viene a saturar hasta las últimas células de este organismo poético: su vocabulario. Por lo que falta o escasea, por ejemplo, el verbo «zeitwort» en alemán, y por lo que hay: «colmo», «cima», «sima», «extremo», «plenitud», «plenario», «exactitud», «intacto», «rigor», «preciso», «sazón», «perfecto», «justo», «presencia», «evidencia», «unidad», «claridad», «desnudez», «círculo», «cerco», «sumandos», «multiplicar», «volumen», «centro», «perfiles», «relieves», «rectilíneos», «geometría», «ángulos», «curvas», «rectas», «vértices», «aplo-
mo», «equilibrio», «rayas», «esfera»... (La geometría tenía que dar a este poeta sediento de exactitudes sus más seguras referencias, con lo cual Jorge Guillén cumple la aspiración recientemente expresada de otro poeta: Miguel de Unamuno).

Pero volvamos al libro que ha originado esta nota:

«El problema del lenguaje en América». Comprende cuatro ensayos: 1) «El problema argentino de la lengua». 2) «Ruptura y reanudación de la tradición idiomática en América». 3) «Preferencias mentales en el habla del gaucho». 4) «Hispanoamérica, unidad cultural».

En los dos ensayos iniciales aborda Alonso el problema de la relación—dependencia e independencia—entre el castellano que se habla en España y el que se habla en Hispanoamérica. En primer lugar enrostra nuestro autor, la actitud de cierto tipo de escritor sudamericano—un tanto escaso—que no encuentra en el idioma propio todos los matices para expresarse y envidia una lengua extraña—el francés, casi siempre—⁽¹⁾ donde se encuentra con una riqueza inmerecida, con un lenguaje literario totalmente hecho y logrado, transmitido de generación a generación, en el que cualquiera puede expresarse bastante bien.

Eluden o quieren eludir la labor difícil, pero la más interesante que se levanta a todo escritor de raza frente a su idioma:

«El conflicto más doloroso y frecuentemente sentido es el del escritor ante la resistencia de su medio de expresión. Ahí centra el poeta todo posible problema de la lengua. Ya que las gentes hablan como les viene a la boca, y se entienden». (Pág. 11).

(1) «El francés se deja escribir por cada francés: para escribir bien en castellano, se necesita ser un genio». (Jorge Luis Borges). (Ver el ensayo de Amado Alonso. «Paul Groussac, estilista». Revista «Síntesis», agosto 1929).

«Fray Luis de León declaraba haberse encontrado con una lengua inhábil y tosca; pero no para excusar sus propias tosquedades y chapucerías, sino para destacar con justificada satisfacción, el haberla dejado muy perfeccionada». (Pág. 31).

«Al ser el lenguaje al mismo tiempo naturaleza y espíritu, ha de buscar el genio lingüístico del poeta, nuevo metal para su voz, y para este sonido nuevo, nuevo sentido» (Julio Stenzel), «Filosofía del lenguaje». Colección Revista de Occidente, 1935).

Alonso insiste una y otra vez, en que el escritor argentino debe, como el escritor español, mejorar y aumentar los matices del idioma sin pretender formar una lengua distinta o incorporarse a otra que no sea la propia. Esto se ha producido de preferencia en Argentina, porque sus escritores han tomado más en cuenta el diccionario de la Real Academia Española que los propios peninsulares.

«Por último, un idioma nacional literario, independiente del castellano general, sería un contrasentido, no sólo por motivos prácticos de conveniencia, sino por razones teóricas y de conocimientos (pág. 44).

«En ruptura y reanudación de la tradición idiomática en América», Alonso explica históricamente el contenido de su primer ensayo, y sostiene que la pobreza del castellano hablado y escrito en América, tiene su primer causante en el español que emigró a estas tierras.

«Pasa el español a América y se rompe el equilibrio de aquellos valores sociales. Cambia radicalmente

el sentido de la vida. Tanto el individual como el social. Cosas que en el concierto social de España eran valiosas al individuo español, aquí son ociosas, va a cambiar su ideal de lengua—¡su ideal, que es en muchos su necesidad!—y, por consiguiente, su lengua misma, como cambia su ideal de vida» (Pág. 130-131).

«Preferencias mentales en el habla del gaucho», es una explicación psicológica del gaucho y una aplicación estilística a la literatura argentina protagonizada por aquél.

El gaucho carece de discriminación y ama a su caballo. El pampeano—no así el serrano—tiene una visión económica de la naturaleza vegetal: toda ella cabe en cuatro términos: «pastos, cardos, pajas y yuyos», en cambio es abundante la expresión en lo que se refiere a su cabalgadura: «pingo, flete, petiso, parejero, matungo, zoco, mancarrón, cimarrón, crédito, rocinante, redomón, bagual, bichoco; gateado, lunarejo, picazo, gargantilla, testerilla, mascarilla, chorreado, blanco porcelana, gateado goma, huevo de pato, malacara, mala cara cruzado, pangaré, yaguané, pampa, aporotado, tobiano o tubiano, etc.

«Hispanoamérica, unidad cultural», el último de los ensayos que contiene el presente libro, es una consecuencia y posición final de los ensayos anteriores: «La lengua común es lo que determina que Hispanoamérica tenga un modo común de ver el mundo, un modo de ser común, una cultura específica, nivel sobre el cual alzan

sus desiguales estaturas las regiones, las capas sociales y los individuos». (Pág. 188).

«Llega a ser el que eres», recomendaba Píndaro. Este sentido me parece el único vitalmente decoroso para nuestro hispanoamericanismo: un sentimiento de grupo humano, más que a base de comunes recuerdos sentimentales, a base de comunes esperanzas y obligaciones; más que por lo que juntos hemos hecho, por lo que juntos tenemos que hacer; una conciencia colectiva de que somos y una voluntad panhispánica (excluya el lector toda asociación belicosa que le traiga el vocablo) de llegar a ser. Hispanoamericanismo de proyectar más que de recordar, de futuro más que de pasado». (Pág. 194).

Hemos hecho aquí un pequeño bosquejo de algunos aspectos de la obra de Amado Alonso, joven español de lujo que ha adquirido por algún tiempo la Argentina y cuyas escapadas a Santiago van siendo cada vez más fecundas y valiosas.

Ciro Alegría

La canción de la vida

*Canción de la llegada y la partida, canción del viaje permanente;
canción del labio siempre nuevo hacia el oído siempre atento.*

*Canción de amor y de dolor, canción de lucha y esperanza,
por los caminos de los ojos y por los caminos del alma.*

*Canción por sendas siempre tercas, canción por rutas inholladas;
canción entre sombras tremantes y olas marinas multialadas.*

*Canción por el ahogado llanto y canción por la risa clara;
por la sien triste, el pecho cruento y las dos manos mutiladas.*

*Por lo que hemos esperado y no ha sido, por lo que no es y hemos
[de esperar;
canción por lo vivo y lo muerto, por lo que mañana ha de llegar.*

*Canción por mí, canción por ti, canción que amengua la tardanza;
entre el bien y entre el mal, canción: ¡única bienaventuranza!*

Itinerario de la búsqueda

Pienso en lo que no pudo ser. En lo incierto.
Y una obscura filosofía, que tiene un dejo gris de bello yerto,
radiografía
mi final de esqueleto.

¡Ah, panida optimista! Hoy se abufanda en niebla una pena ras-
[trera

y caen gotas de un vinoso llanto.
¡Embriaguez de los tristes!
Un quebranto
de caminos raídos es la señal del alma.

Cerebro y corazón queman como una llaga.
¿Cómo sabré si vivo en este azul de ausencias?
¿Quién me dirá si muero junto a lo que he sembrado?
Y tengo las dos manos
pálidas de enjugar llanto que no he llorado.

Yo me iré cualquier día a buscarme en la vida
o a perderme en la muerte. A encontrar mi lugar.

Está zumbando el viento la palabra lejana.
¿O es que la canta el sol? ¿O es que la reza el mar?
Yo, Simbad sin bajel y Aladino sin lámpara,
voy dentro de mí mismo a encontrarla en mi sombra.

El caballo fraterno

Viento puneño se trenzó en sus crines
y en sus cascos chispeaban pedernales.

Cedro y nieve le hicieron la color reluciente.

Caballo hermano,
bueno cual retazo de viento.

De un relincho domaba cuanto cerro saltaba al paso
y los caminos eran hechos polvo por sus ojos tatuados de relámpa-
[gos.

Se hacía acompañar de espuelas
para marcar mejor el trote franco.

Juntos atravesamos mil caminos,
pasamos hambres,
equilibramos nuestra angustia en los desfiladeros
y nos envolvieron soledades donde era sombra la única presencia.

Los dos vivimos sobre la amplia puna
fría y enhiesta,
queafilaba peñascos, batía truenos y aguaceros.
cavando precipicios a un lado y otro de los cerros.

Se llamaba «Canelo»,
Y era todo él un corazón latiendo.

Caballo hermano,
ahora es más grande que nunca tu recuerdo
Ahora que voy a pie por los caminos
y escucho tu relincho como un largo lamento.

El Faraón cristiano (1)



SINGULAR caravana atraviesa las calles de Constantinopla, en dirección al Palacio Patriarcal.

Cincuenta hombres, de todas edades, muchos de ellos en la más proveyda ancianidad, cubiertos con pieles de cordero, desnudos los brazos y los pies, extenuados por la fatiga y la miseria, caminan penosamente en busca de Crisóstomo.

A su cabeza marchan tres figuras venerables, de talla gigantesca, que atrae de modo especial la curiosidad de la multitud. Insensibles al medio que los rodea, avanzan con la vista lejana, como aplastados bajo el peso de honda preocupación.

Sólo el día anterior han desembarcado en Constantinopla y vienen desde los desiertos de la Nitria, entre el Nilo y las montañas de la Libia.

Son perseguidos que acuden al Patriarca en demanda de justicia.

(1) (Capítulo de la obra «Crisóstomo», próxima a publicarse)

Muchos centenares de monjes vivían en la paz cristiana, entregados al estudio y la penitencia, en el corazón del Egipto.

La entereza de algunos de ellos, para defender la inocencia de Isidoro, limosnero mayor de Alejandría, contra la calumnia del Patriarca Teófilo, atrajo sobre esos santos solitarios la ira y terrible venganza del poderoso jefe de la Iglesia egipcia.

Una viuda rica se arroja un día a los pies del Gran Limosnero del Patriarcado, y al hacerle entrega de una gruesa cantidad de dinero para los pobres, le exige el juramento de invertir esa limosna de acuerdo con sus deseos, sin permitir que el Patriarca tome un solo óbolo para gastarlo en otras cosas.

La fabulosa riqueza de Teófilo, sus grandes palacios, los tesoros que guarda misteriosamente en ignorados subterráneos, en una palabra, su avidez de dinero, despierta en los fieles el temor de ver sus limosnas incorporadas al patrimonio personal del Patriarca. Tal es la explicación del proceder de la viuda con Isidoro.

El Gran Limosnero cumplió su juramento y nada dijo de la suma recibida; pero Teófilo lo supo por otro conducto, pues tenía exploradores de cuanto se decía y hacía a su alrededor (1).

No obstante su orgullo y violencia de carácter, el Patriarca prefirió disimular al principio, pero luego in-

(1) Utpote qui haberet factorum et dictorum exploratores, ne aliter eos apellem. (Diál. 21).

terrogó a su subalterno y le manifestó viva indignación.

Dos meses después, el anciano Isidoro, ante un Consejo de Eclesiásticos, era acusado por el Patriarca del delito de sodomía, cometido veinte años atrás; y sin prueba alguna, fué depuesto de su cargo. Es útil recordar, para apreciar la buena fe del acusador, que ese culpable del horrendo crimen de sodomía había sido candidato de Teófilo para la sede patriarcal de Constantinopla, a la muerte de Nectario, cinco años antes.

El santo Limosnero, antiguo monje en los desiertos de Nitria, tomó de nuevo el camino de la soledad, y allá se refugió entre sus amigos y hermanos, para terminar sus días en paz.

Relata Sozomeno otro incidente, de naturaleza semejante al anterior, que habría colmado el furor contra el integérrimo Isidoro.

Una hermana de Teófilo ha sido favorecida con una donación testamentaria, y se duda con fundamento que las intenciones de la testadora hayan sido beneficiar personalmente a la insaciable señora.

En otra oportunidad, el Patriarca ha insinuado a personas caritativas el nombre de su hermana, como intermediaria de las limosnas para los pobres. Es una indigna maniobra para acrecentar su fortuna y quedarse con los bienes de los necesitados.

Teófilo no dudó de la finalidad del dinero y se apropió sin más trámites de él, asegurando que muchas

veces y en presencia de varias personas la generosa donante había repetido ser su heredero el Patriarca, como persona privada. Citó como testigo al Gran Limosnero, Isidoro, quien, emplazado a declarar sobre la materia, negó haber escuchado semejante especie.

¿Cuál no sería la ira del Patriarca contra los monjes que así acogían a un enemigo suyo?

Ordenó primeramente que fuese expulsado de los monasterios el culpable, y en seguida, los responsables de haberlo recibido.

Ammonio, uno de los monjes, bajó hasta Alejandría, para interrogarlo sobre los motivos de su determinación. Como única respuesta obtuvo del iracundo Teófilo fuertes golpes, que lo dejaron sangrando (1).

No satisfecho con esta intemperancia y aprovechando el terror que inspiraba entre sus subordinados, convocó a sus Obispos sufragáneos, y acusó a los monjes del delito de Origenismo.

Acusar a alguien de Origenismo en esa época era atraer sobre la cabeza del culpable todas las iras y maldiciones. Nada se detestaba tanto, por lo mismo que nada era tan atrayente y contagioso. La vida y escritos del gran Orígenes subyugaban los corazones e inteligencias; pero desgraciadamente, muchos no sabían distinguir entre la sublime doctrina del gran Maestro de Alejandría y algunos errores que involuntariamente se habían deslizado en sus escritos.

(1) Diálogo de Paladio, página 22.

Todo resultó naturalmente a sabor del Patriarca. Fueron anatematizados los presuntos culpables.

Pero este hombre vengativo y audaz, ejemplar típico del cacique religioso, no está contento aún.

Señor de horca y cuchillo, resuelve asaltar los monasterios, y solicita con ese fin el auxilio de la fuerza pública.

¿Podría el Prefecto de Alejandria negarse a las exigencias de ese potentado, cuya influencia avasalla todas las esferas, civiles o religiosas de Egipto?

A la cabeza, pues, de soldados y malhechores reclutados *ex profeso*, según Paladio, el propio Patriarca marcha en dirección a los monasterios.

Para facilitar la obra de pillaje, asesinato e incendio, la expedición punitiva llega a esas moradas de oración y paz, cuando las tinieblas de la noche todo lo envuelven con su manto.

Los foragidos a quienes Teófilo había previamente envalentonado con libaciones copiosas ⁽¹⁾, se arrojan sobre los conventos, como si fueran ciudades enemigas. Echan abajo las puertas de celdas y aposentos, destruyen sus rudimentarios menajes, y so pretexto de requisar infolios heréticos, todo lo registran y saquean.

En medio de la confusión producida por lo sorprendente del ataque, los monjes corren en todos sentidos, sin atinar a explicarse lo que sucede, y mucho menos, a

(1) *Cum prius pueros qui secum erant, vino ingurgitasset.* (Paladio. Diálogo, página 23).

buscar su seguridad. Huyen unos en dirección a las montañas, mientras descienden otros hacia el valle, pudiendo así escapar al furor de los asaltantes.

Los jefes de la Comunidad, los *hermanos gigantes*, son salvados por personas caritativas, que los inducen a esconderse en el fondo de unos pozos cercanos, a fin de burlar a los forajidos, que de modo especial desean encontrarlos.

Personalmente, el Patriarca se acerca al pequeño edificio, en que viven los jefes de la Comunidad, y experimenta gran furor al cerciorarse de que sus huéspedes han huído. Ordena en su insensatez aplicar fuego a la construcción, y pronto consumen las llamas cuanto perteneciera a los *hermanos gigantes*, sin excluir valiosos infolios de la biblioteca y las sagradas formas eucarísticas, que según costumbre de la Iglesia primitiva, conservaban ellos en sus habitaciones privadas. En el holocausto pereció también un pobre muchacho, que habian dejado al cuidado de las celdas.

Semiaturdidos aun por la pesadilla de la noche anterior, se reúnen, al despuntar el día, alrededor de trescientos cenobitas, dan gracias a Dios, que los ha salvado del peligro, miran por última vez hacia el azul del cielo, incendiado ya por los primeros rayos del sol, y siempre bajo la dirección de los *hermanos gigantes*, emprenden viaje hacia tierras más propicias. ¿No son, por ventura, todos los rincones del mundo dominios del Señor?

A través del valle del Nilo, caminan día y noche, peregrinos del ideal, como los israelistas de otro tiempo, en busca de la Tierra de Promisión.

El hambre, la fatiga, el desaliento y la incertidumbre diezman las huestes durante el viaje; muchos ancianos se ven obligados a suspender la peregrinación, y asilarse en monasterios o grutas del camino.

Cuando los hermanos gigantes contaron su legión sagrada, después de la travesía del Mar Rojo, y libres, por tanto, de la férula de Teófilo, vieron sus filas raleadas. Eran solamente ochenta.

Tras breve consejo, resolvieron dirigirse a Jerusalén, tomar allí algún descanso, y marchar en seguida a Constantinopla, para vivir bajo la égida paternal de Crisóstomo.

El Faraón cristiano, según llaman sus enemigos (1) a Teófilo, no ha cesado de fulminar con sus anatemas a los infelices fugitivos. Los ha excomulgado y ha escrito a los Obispos de su jurisdicción y regiones vecinas que no los acepten en su comunión, pues son herejes peligrosos e hipócritas.

Y las súplicas o simples advertencias del Patriarca son verdaderas órdenes para cuantos conocen su poder y arbitrariedades.

¿Qué Obispo se atreverá a discutir siquiera las medidas u opiniones de Teófilo, sin verse expuesto a un

(1) Paladio.

cambullón peligroso, en que la propia mitra rueda por los suelos?

No obstante, el Obispo de Jerusalén los recibe con los brazos abiertos y cordiales manifestaciones de caridad cristiana.

En vista de acogida tan cariñosa, los cenobitas conciben el proyecto de establecerse bajo la protección de tan generoso pastor; y fijan sus miradas en la región de Scitópolis, favorecida con bosques de palmeras y agua cristalina, para clavar allí sus tiendas en forma definitiva. Pero una lacónica misiva de Teófilo a los Obispos de Palestina hace fracasar las ilusiones de los cenobitas.

«No os conviene, le dice el Patriarca, que aceptéis
« a esos monjes en vuestras diócesis contra mi volun-
« tad. Como no conocíais mi determinación, yo os per-
« dono. En el futuro, tened cuidado de no recibirlos
« ni en lugar privado ni eclesiástico». (1).

El Obispo de Jerusalén comunicó a sus huéspedes la mala noticia, rogándoles al mismo tiempo que abandonasen cuanto antes el territorio de su jurisdicción. No era prudente ni siquiera dilatar la partida.

El viejo lanchón, anclado en el puerto de Cesarea, se amontonan los pobres monjes, con escasos víveres; y se entregan a las olas del mar, confiados en la protección del cielo. Los vientos, más piadosos que el Faraón

(1) Diálogo de Paladio, pág. 22.

cristiano, empujan la embarcación, bordeando las costas de Fenicia y del Asia Menor, hasta dejarla en el Bósforo, término de la peregrinación.

Extenuados por el hambre y peripecias del viaje, semidesnudos, desembarcan esos veteranos de la fe; y tras breve descanso, emprenden la última jornada desde los arrabales de la ciudad a la residencia Patriarcal.

Los tres personeros de los monjes e Isidoro, que han subido a hablar con el Patriarca, no son desconocidos para Crisóstomo. La fama de su ciencia y santidad ha volado por todo el mundo cristiano.

Eran cuatro hermanos, designados en el Oriente bajo el nombre de los hermanos gigantes, por su talla extraordinaria, acrecida más aun por su flacura y demacración de sus semblantes. Eran cuatro espectros humanos.

Hijos de una misma madre, se había acrecentado su espíritu fraternal con la más perfecta comunidad de ideas y sentimientos. Desde los albores de la razón, la preocupación de Dios y su alma había trabajado sus espíritus, preludio de la resolución que después habían de tomar los cuatro: abrazar la vida monástica.

Impuestos a la consideración y respeto generales por sus conocimientos teológicos y santidad de su vida, pronto los hermanos gigantes se ven asediados de discípulos espirituales y señalados como futuros pastores del rebaño cristiano.

Si no rehusan ellos poner sus conocimientos y consejos al servicio de quienes los consultan, en cambio,

huyen de cuanto puede herir su modestia, como el episcopado u otras dignidades eclesiásticas.

El mayor de los cuatro, Amnonio, se defendió en forma heroica contra quienes pretendieron hacerlo Obispo. Cuando sus aprehensores llegaron hasta él, para conducirlo forzosamente a Alejandría y someterlo en seguida a la imposición de manos, les mostró la mutilación de su oreja derecha, doloroso procedimiento a que poco antes recurriera, voluntariamente, para evitar la dignidad episcopal. (1)

Eutimio y Eusebio, no menos resueltos que su hermano mayor, rehuyeron también el episcopado y nada pudo apartarlos de su amor a la soledad y vida oculta.

Uno solo de los cuatro, Dióscoro, rompió la consigna, aceptando la pequeña diócesis de Hermópolis, cuya jurisdicción se extendía sobre varios monasterios de Nitria, entre los cuales se contaba el suyo. Semi-solitario, por tanto, y semiobispo, ejerció casi siempre sus funciones pastorales desde el fondo de su celda monástica.

De los cuatro hermanos gigantes, Dióscoro, por su oficio y dignidad y posiblemente por ciertas complacencias hacia su jefe jerárquico, había podido escapar a la ira del Faraón cristiano y permanecer frente a su pequeña grey. Los tres restantes, Amnonio, Eutimio y Eusebio habían emigrado a Constantinopla en demanda de justicia y protección.

(1) Según Derecho Canónico, ningún mutilado podía recibir las órdenes sagradas.

De los labios veraces y lacónicos de esos tres monjes, escucha Crisóstomo el relato de su peregrinación a través de océanos y montañas, y la petición de ayuda contra quien tan inicuaamente los ha perseguido. Añaden los hermanos gigantes que tienen redactado el libelo de acusación contra Teófilo y sólo esperan la venia de Crisóstomo para presentarlo al Emperador.

Por solidaridad con su colega de Alejandría y temeroso al mismo tiempo de entrar en dificultades con hombre tan resuelto y poderoso, Crisóstomo se empeña en tranquilizar a los monjes y disuadirlos de presentar su querrela al Emperador, asegurándoles que todo se arreglaría para bien de ellos y sin perjuicio de la caridad cristiana. Interiorizado de la estricta ortodoxia de los monjes, calculó que la acusación de origenismo recaída sobre ellos sólo podía explicarse como una mala inteligencia de la posición dogmática de los acusados. Profesaban ellos profunda admiración y simpatía hacia el gran pensador cristiano de Alejandría, pero muy lejos se hallaban de concordar con él en todas sus afirmaciones.

En frase afortunada, el propio Teófilo había condensado años atrás una posición admirablemente justa y ortodoxa con relación a Orígenes, posición aceptada por los grandes doctores y teólogos de la Iglesia.

Presionado Teófilo por Epifanio, para condenar públicamente los escritos de Orígenes, replicó el venera-

ble Obispo de Salamina: «Los libros de Orígenes son para mí una pradera magnífica: cojo en ella las hierbas medicinales y dejo a un lado las venenosas».

Crisóstomo se negó a admitir en su comunión a los monjes excomulgados, pero no pudo dispensarse del precepto humano y cristiano de proporcionar techo y alimento a esos infelices, extenuados por el desamparo y el hambre. Dispuso que se hospedasen en los claustros de la iglesia de Santa Anastasia, y encomendó a varias diaconisas su cuidado y alimentación.

A fin de evitar ruidosos comentarios y escándalos les recomendó la mayor reserva sobre lo sucedido y les pidió se presentasen en público lo menos posible.

Y sin pérdida de tiempo, escribe una conceptuosa comunicación a Teófilo, dándole cuenta de su proceder e implorando su benevolencia para los monjes en desgracia. Le hace presente el grave peligro que puede entrañar para la Iglesia y su prestigio una presentación de ellos al Emperador, pidiéndole amparo. Le ruega, en consecuencia, levantar más bien la excomunión y terminar el odioso asunto. En caso contrario, le anuncia la convocación de un concilio para absolver a los excomulgados.

La respuesta del Patriarca de Alejandría no se dejó esperar mucho tiempo. Breve y cortante, ella refleja el estado de ánimo de Teófilo y presagia un recio conflicto.

«Supongo, le dice, no ignorarás el decreto del
« Concilio de Nicea, que prohíbe a los Obispos juz-
« gar un pleito de otra diócesis. Si lo ignoras, aprén-
« delo y abstente de recibir libelos en mi contra. Si
« yo debiera ser juzgado, mis jueces serían los obispos
« egipcios y de ningún modo tú, que te encuentras a
« setenta y cinco días de camino».

A la severa advertencia, hecha al Patriarca de Constantinopla, añadió Teófilo otra medida de mucha importancia. Envió rápidamente a la Ciudad Imperial una comisión, encargada de informar al Emperador del litigio y solicitar la inmediata expulsión de los monjes rebeldes.

Los emisarios, para triunfar en sus propósitos, contaban con la intriga, la calumnia y algo más poderoso aun: inmensas cantidades de dinero.

Los monjes abandonaron su silencio ante la violencia del ataque; se defendieron, y nada fué capaz de contenerlos en su defensa. No satisfechos con satisfacer las calumnias de magia y herejía, de que los acusaban ante el Emperador los representantes de Teófilo, ellos tacharon de calumniadores a sus denunciantes, y de modo especial, a quien los había enviado.

Crisóstomo, según Paladio, censuró a los monjes el paso dado, pues arrastraban ante tribunales laicos al propio Patriarca de Alejandría. Desde ese momento se separó de ellos en forma definitiva. Pero los monjes no cesaron en su afán de obtener justicia completa por

cualquier medio, y lograron interesar hondamente en su favor a la Corte y sobre todo a la Emperatriz.

Legión magnífica de suplicantes acecha el paso de la Emperatriz en el momento de dirigirse a una ceremonia religiosa. De rodillas ante ella imploran su protección.

La augusta señora mira compadecida y respetuosa a esos veteranos de la virtud, y asomada a la portezuela de su carro, dice a los monjes: «Dadme vuestra bendición, hermanos, y rogad por mí, por mis hijos, por el Emperador y el Imperio. En breve haré convocar un Síno-
do y el Patriarca Teófilo deberá comparecer ante él».

Días más tarde firmaba el Emperador la orden convocatoria de un Síno-
do, y salía apresuradamente de Constantinopla un mensajero, encargado de notificar al Patriarca de Alejandría, de la obligación de comparecer cuanto antes.

La augusta palabra había sido cumplida.

Mal informado o cegado por la envidia, el Patriarca Teófilo formó una sola resolución al recibir la notificación: vengarse inexorablemente del Patriarca de Constantinopla.

Su temperamento avasallador y combativo hallaba finalmente oportunidad de embestir contra ese hombre, a quien odiaba y envidiaba. Nada lo detendría en su propósito de eliminarlo del escenario de la Iglesia orien-

tal, donde lo tenía reducido a él a categoría de personaje secundario. ¿Qué importaban a Teófilo esos cincuenta harapientos de la Nitria, a quienes bastante había ultrajado ya, en comparación del nuevo rival que se le presentaba?

Como recluta el caudillo a sus compañeros de intereses o ideales, el furibundo Patriarca hace resonar entre sus amigos y subalternos el grito de combate. La voz de orden, hipócrita, pero bien calculada para engañar a muchos incautos, es la defensa de la ortodoxia católica, gravemente amenazada por la recrudescencia del Origenismo. ¿No significan eso las actividades de los monjes de Nitria, asilados en Constantinopla, y la protección que les dispensa el Patriarca de esa ciudad?

Es preciso ir a la Ciudad Imperial, acudir al Sínodo convocado, pero no en calidad de reo, sino de guardián y defensor de la pureza de la fe.

A veintiocho de sus Obispos sufragáneos ordena embarcarse con rumbo a Calcedonia, donde se les juntará él más tarde, para iniciar desde allí las operaciones contra Juan.

A fin de ganar adeptos a su causa, marchará Teófilo por tierra y hablará personalmente con los obispos de Palestina, Fenicia, Siria y Asia Menor.

Impuesto minuciosamente de las rivalidades y odios existentes entre los eclesiásticos, sabe a las mil maravillas sacar partido de esas pasiones. A través del Asia Menor, se presenta ante las cristiandades, sacudidas

aun por las enérgicas resoluciones tomadas por Juan en su visita a Efeso, como reparador de las injusticias cometidas; y a su alrededor se agrupan los obispos depuestos y cuantos sacerdotes o diáconos han recibido perjuicios con las reformas de Crisóstomo.

Para aumentar el prestigio de su empresa, Teófilo ha ganado para ella la autoridad moral de personajes como San Epifanio y San Jerónimo, lumbreras de la Iglesia por su ciencia y santidad. Por medio de comunicaciones hábilmente redactadas, ha impresionado a esos santos varones en forma por demás adversa a la ortodoxia y disciplina de Juan.

Tan seguro avanza el Faraón cristiano, que en muchas oportunidades durante el viaje, olvidando tal vez los consejos de la astucia para dar paso a las insolencias de la jactancia, repite en forma categórica a cuantos desean oírle: «Voy a la Corte para deponer a Juan» (1).

Sólido punto de apoyo para los planes de Teófilo es el Obispo de Calcedonia, un tal Cirino, egipcio de nacimiento, y por tanto, paisano del Patriarca. A pesar de su condición de subalterno inmediato de Crisóstomo, se expresaba de él en términos deplorables, sin respeto alguno a la jerarquía. El porfiado, el soberbio, el impío llamaba Cirino indistintamente a su jefe

(1) In comitatum proficiscor ut Joannem deponam. (Paladio, Diálogo, pág. 29).

religioso y su lengua se desplegaba maldiciente para interpretar todas sus acciones.

Su cargo de Obispo de Calcedonia, punto geográfico obligado para quienes acudían por tierra a Constantinopla desde el Asia, lo convertía en poderoso instrumento de la causa de Teófilo. Cuantos llegaban a la ciudad eran prontamente informados e impresionados por el tenaz enemigo de Crisóstomo. Luego, según sus tendencias, eran atraídos a las reuniones permanentes, en que Teófilo y sus Obispos preparaban el futuro concilio.

Más de un momento desagradable tuvo que sobrellevar Cirino en medio de sus cábalas e intrigas, no figurando entre los menores un pisotón, que inadvertidamente le propinó un tal Marutas, Obispo de Mesopotamia, de resultas del cual debió sufrir más tarde la amputación de la pierna, gangrenada a causa del golpe. Demás está decir que este inofensivo pisotón de Marutus imposibilitó a Cirino para tomar parte en el Concilio contra Juan. Teófilo perdió por esta circunstancia al más audaz e intrigante de sus secuaces.

Acercándose la fecha del Concilio (había sido convocado para julio del año 403), Teófilo y sus huéspedes acordaron cruzar el Bósforo, para desembarcar en Constantinopla; y una mañana, brillante de sol, el Patriarca y sus veinticinco obispos, en barcas lujosamente ataviadas, se deslizaron sobre el azul del estrecho, escoltados por muchos curiosos y personas de su séquito.

Una vez en tierra, el imponente cortejo, presidido por el Faraón cristiano, se puso en marcha hacia el palacio de Placidia, alojamiento ofrecido por el Emperador al Patriarca y a su comitiva.

El fiero semblante de Teófilo más parecía adecuado a un general victorioso, entrando a una ciudad rendida, que a un Obispo cristiano, y acusado todavía ante un Concilio próximo a reunirse.

De paso a su residencia, la comitiva egipcia enfrentó el Palacio y la Basílica Patriarcal.

Crisóstomo esperaba allí a sus hermanos de episcopado, a fin de invitarlos a su casa, o por lo menos, a la Basílica, para dar acción de gracias, según era vieja costumbre. Teófilo rehusó ambas invitaciones ⁽¹⁾ y sin mayores explicaciones, continuó el cortejo hacia el barrio de Perasma (hoy Pera), donde se hallaba su alojamiento.

Con suntuosidad de príncipes orientales, el Patriarca de Alejandría y los Obispos de Egipto quedaron instalados en el Palacio de Placidia.

Cortos momentos después de su llegada entraban por las puertas de servicio los equipajes de Teófilo, consistentes más que en infolios y viejos pergaminos, en ricas telas de la India, aromas y perfumes de Arabia, destinados a las damas y oficiales de la Corte. Bien conocía el Patriarca la influencia de las dádivas y el

(1) Paladio, implacable enemigo de Teófilo, da como razón de la negativa del Patriarca egipcio a entrar en la iglesia los remordimientos de conciencia: *sed ab ecclesia eum arcebat sua conscientia*. (Diálogo, pág. 26).

dinero en toda suerte de acontecimientos humanos. Por tal motivo traía consigo esos argumentos decisivos para triunfar en la lucha.

Los campos se hallan perfectamente deslindados.

En el Palacio de Placidia, donde se celebran día a día suntuosos festines y reuniones secretas, se dan cita los enemigos públicos y disimulados de Crisóstomo. Allí desfilan Obispos fallidos en sus pretensiones, sacerdotes y diáconos reprendidos por Juan, mujeres sospechosas por su vida y capaces de toda clase de calumnias e intrigas.

¿Será necesario añadir que la más estrecha camaradería se ha establecido entre el Patriarca Teófilo y el empedernido aspirante a la Sede de Constantinopla, Severiano de Gabales?

Vínculo de unión entre los conjurados y la Emperatriz es la cortesana Eugrafia, implacable en su resolución de perder a Crisóstomo,

Frente al campamento del Faraón cristiano, se encuentran las masas populares, cubriendo guardia alrededor de su Obispo y tribuno, resueltas a hacerlo respetar en su vida y dignidad.

Una secreta inquietud advierte a los amigos de Juan que la jornada por desarrollarse será decisiva para la suerte de su caudillo religioso; de modo que se aprestan a la lucha con el entusiasmo y resolución de la partida suprema.

Manifestaciones de piedad en los templos y frecuen-

tes procesiones por calles y plazas tonifican el fervor de los fieles, dándoles al mismo tiempo oportunidad de comunicarse sus temores y confirmarse en sus propósitos de defender a su Obispo hasta la muerte. Cantos de letanías, salmos e himnos religiosos resuenan en todas partes y a todas horas, como en días de rogativas por grandes peligros o calamidades públicas. Ni siquiera en las noches cesan estas actividades, permaneciendo los templos abiertos y las calles constantemente animadas con desfiles de suplicantes.

A la sagacidad de Teófilo y sus Obispos no se oculta el peligro de tales manifestaciones piadosas; y en previsión de posibles atentados contra sus personas, solicitan guardias especiales, que de noche y día vigilan los alrededores del Palacio de Placidia. Creen también urgente la inmediata celebración del Concilio, antes de que la masa popular los ataque en forma violenta e indecorosa para su dignidad. Juzgan que la reunión episcopal dentro de los muros de la ciudad es peligrosa para la libertad de los conciliar, por lo cual solicitan del Emperador les conceda reunirse en Calcedonia, al otro lado del Bósforo, estableciendo así un brazo de mar entre los deliberantes y esa masa popular, fanatizada por el amor a Crisóstomo.

Una dificultad se presenta, no obstante, a este proyecto de los egipcios.

Siendo Calcedonia una diócesis independiente, puede resistirse Crisóstomo a comparecer ante un Concilio

reunido fuera de su jurisdicción; pero representantes de la Corte garantizan a los conjurados que el Emperador lo obligará a presentarse ante los jueces, en cualquier sitio donde hayan establecido su tribunal.

Arcadio, ignorante de todo, y bajo la influencia irresistible de la Emperatriz, concede el palacio llamado de la Encina, en los suburbios de Calcedonia, para que allí se reúna el Concilio. Junto a la magnífica construcción, se alza el *Apostoleum*, o basílica consagrada a los Apóstoles Pedro y Pablo, y el espacioso claustro, que servirá de residencia a los Obispos.

Hallándose todo previsto y calculado, Teófilo atraviesa con los suyos el Bósforo, a mediados de julio, y va a establecer su campamento en el Palacio de la Encina.

Crisóstomo y los suyos permanecen en la Ciudad Imperial.

Frente a frente, separados por una banda de azul intenso, se aprestan los dos Patriarcas a la batalla.

Composición

I

*¡Qué trágico designio
para tus brazos ávidos de espacio,
engarzó en cruz el doble signo!
¿a qué juego de sombras, milagroso,
se vió expuesta tu cara
que dos sombras se vieron?
(narciso que se riega
en la plata del río).
Pero el milagro estaba en ti.
Asomado a ti misma,
el impulso de eternidad
hizo suyos los vientos de las dos latitudes
y en pacto de misterio
marcó su itinerario.
Inútil el estruendo anunciador
de alarmas. Porque la red echada
y repleta de peces
y tus fuerzas ausentes.*

II

*En la divina obscuridad del trance,
no hubo lluvia de fuego en lenguas vivas*

y en el límite justo
hizo nudo el prodigio de azahares
(mundo turbio de brujas
en gritos y tropel,
parece a Macbeth un ajeno mundo).
Presencia presentida.
Horror del cuerpo en vela
ante el cuerpo sin líneas.
Estremecido capté su voz.
Era en clamores antiguos
y en la hostil letanía del minuto.
Afán de pensamiento y de belleza,
todo confuso y vano
a la luz de esa luz que limita y ofusca.
(Macbeth, las brujas danzan por tu cuerpo,
sus ojos reposan en tus cuencas,
sus voces llenan toda tu garganta).

III

Reposo de vaso y transparencia
para el florecimiento de las rosas
bajo este sol de pulso suave.

Mansas ovejas, desgranando
sus copos de tibieza, dan el clima de paz
para la afinidad sutil de toda cosa,

y ríen entonces, las ventanas, al sol
que llega, cuando el desencanto
en la afilada espera y contenida.

León Trotsky y la dinámica revolucionaria



EXILADO de Rusia desde hace algunos años, León Trotsky, o Lev Davidovich, como le llaman sus íntimos, dedica sus días a escribir. Constreñido, en estos últimos tiempos, a no moverse geográficamente e impedido de tomar parte activa en la política de Rusia y del mundo entero, su formidable vitalidad ha encontrado, felizmente, un noble cauce donde vaciarse. Y digo felizmente porque, si la causa activa del proletariado revolucionario ha perdido en él, hasta cierto punto y por ahora, un excelente caudillo, las letras, en cambio, han ganado un escritor de primera fuerza y de gran calidad. Orador, agitador, panfletista, su aporte a la revolución rusa fué decisivo y definitivo. Su inteligencia y su dinamismo hicieron posible el desarrollo normal del movimiento que culminó en octubre; y después de esta culminación, cuando lo menos estaba andado y lo más estaba por andarse, su genio organizador y su inagotable energía contribuyeron a afianzar, en un porcentaje muy alto, lo que ya se había conquistado. Pero llegó el momento—ese momento que llega en todas las revoluciones y que no podía dejar de presentarse en la rusa—en que al ímpetu revolucionario sucedió la reacción revolucionaria, es decir, el temor de que la revolución sea un fenómeno de potencialidad ilimitada que llegue a sobrepasar la capacidad de los que la manejan, escapando así a su control, y Trotsky, menos feliz que

Lenin, que murió tal vez a tiempo, fué echado de Rusia. Sus proyecciones revolucionarias eran demasiado extensas, y su teoría de la revolución permanente, a pesar de su origen marxista, atemorizaba a los que, muerto Vladimiro Ilich, no tenían ya sino sus propias fuerzas y su propia inteligencia para desenvolverse con la pesada herencia de octubre.

Sin embargo, fallecido Lenin, debía reemplazarlo, si es que los méritos servían para algo, Trotsky, presidente del Soviet de Petrogrado en la revolución de 1905, organizador y director de la revolución de octubre de 1917 y creador y generalísimo del ejército rojo, que luchó y triunfó en catorce frentes distintos y a través de una línea de combate de siete mil millas de largo. Pero Trotsky, por otra parte antiburocrático por construcción íntima, no era, desde el punto de vista de la reacción revolucionaria, el hombre adecuado para el cargo. Era hombre hecho para la carrera y no para el tranco burocrático. Su puesto estaba en la agitación, en la lucha; pero ya no había a quien agitar: las masas estaban apaciguadas; ya no había a quien combatir: los enemigos armados estaban vencidos. En buenas cuentas, estaba demás y aun así era peligroso. La revolución era una cosa y el partido otra.

A este respecto, sería interesante saber la opinión que Trotsky tiene de su situación actual. ¿Preferirá la que tiene en el exilio a la que pudo haber tenido en Rusia? Las siguientes palabras de Lunacharsky hacen sospechar algo:

... Trotsky se contempla a menudo. Adora, sin duda, su papel histórico y es capaz de cualquier sacrificio—incluso el de su vida—para quedar en la memoria de la humanidad con la aureola de un genuino líder revolucionario... (*Siluetas revolucionarias*, 1923).

Despedido de Rusia, rechazado de toda Europa Occidental y obligado a tener las manos quietas en el campo de la política militante, Trotsky, el incansable, se encontró, en el declinar de una existencia riquísima en fuerzas, privado de lo que había

constituído su vida desde muchos años. Era para él la muerte; pero Lev Davidovich, con una facilidad asombrosa, con una desenvoltura que sólo se da en hombres de su género, giró su existencia de un golpe. Escribiría.

Y de esta manera, Trotsky, que en otras circunstancias habría sido un hombre perdido para la literatura biográfica e histórica, se convirtió, sin trabajo alguno y en un espacio mínimo de tiempo, en lo que a muchos hombres cuesta decenios: en un escritor. Y dedicado a escritor, como en otro tiempo a agitador, su actividad ha sido igualmente prodigiosa (1).

En pocos años Trotsky ha escrito libros que a otro hombre le habrían llevado toda una vida (2). Ciertamente es que ha trabajado con materiales recientes, escribiendo, en la mayoría de los casos, sobre hechos en que él mismo ha actuado y sobre ideas que están en su ambiente y que él maneja muy bien. Pero lo primero no le ha sido útil sino desde el punto de vista de la narración pura. El hombre que actúa en una revolución, y más si lo hace en una forma tan completa como Trotsky lo hizo, no guarda sino los recuerdos de su propia trayectoria y apenas si algunos detalles marginales. El conjunto de la marcha de un movimiento de

(1) El socialista Sujánov, enemigo político de Trotsky, dice en sus *Memorias*: «Abandonando la labor que realizaba en el Estado Mayor revolucionario, Trotsky volaba de la fábrica de Obujov a la Trubischnaya, de la de Putilov a la del Báltico, del Picadero a los cuarteles, y parecía como si hablara simultáneamente en todos los sitios. Cada soldado y cada obrero de Petrogrado le conocían personalmente. Su influencia, tanto entre las masas como en el Estado Mayor, era aplastante. En esos días era la figura central y el héroe principal de esa notable página de la historia». (Pág. 274, t. II).

(2) He aquí la lista de algunos de sus principales libros: *La revolución desfigurada*; *El gran organizador de derrotas*; *La situación real en Rusia*; *¿Y ahora?*; *Mi vida*; *La única salida de la situación alemana*; *Lenin, tres tomos*; *La revolución permanente*; *Historia de la revolución rusa, dos tomos*; *La revolución española*; *¿Qué es la revolución de octubre?*; *Desde octubre rojo a mi destierro*. Además, folletos e innumerables artículos de toda índole.

grandes proporciones históricas, sobre todo si, como en este caso, se desplaza en un país de tan vasta extensión geográfica como Rusia, es cosa que sólo el tiempo puede destacar. Y una vez destacado, es necesario estudiar cada hecho aisladamente primero, y en conjunto después, sacando de todo ello las conclusiones particulares y generales. Esto no es ya un trabajo sencillo; es necesario consultar, relacionar, aclarar y, más que todo, estudiar lo que fué antes, lo que fué en el momento y lo que fué después. Si tomamos en cuenta que Trotsky, durante mucho tiempo, no gozó de inmovilidad geográfica ni de paz, tendremos que reconocer que su obra literaria es considerable.

Uno de los frutos más espléndidos que han salido de su pluma es, sin duda, la *Historia de la revolución rusa*. La edición española consta de dos tomos de trescientas sesenta y seis páginas cada uno. Hay, además, ocho capítulos que andan sueltos y con los cuales se formará, seguramente un tercer tomo.

No es este un libro anecdótico. Es, más bien, una historia ideológica de la revolución, una exposición y un estudio de los acontecimientos sociales, espirituales y morales que hicieron posible ese extraordinario hecho. Ya lo advierte él en el prólogo:

«La historia de la revolución, como toda historia, debe, ante todo, relatar los hechos y su desarrollo. Mas esto no basta. Es menester que del relato se desprenda con claridad por qué las cosas sucedieron de ese modo y no de otro. Los sucesos históricos no pueden considerarse como una cadena de aventuras ocurridas al azar ni engarzarse en el hilo de una moral preconcebida, sino que deben someterse al criterio de las leyes que los gobiernan. El autor del presente libro entiende que su misión consiste precisamente en sacar a luz esas leyes».

* * *

De entre los capítulos que forman el primer tomo debemos destacar el que se titula *¿Quién dirigió la insurrección de febrero?*

Es, sin duda, el más interesante de todos, y lo es no tanto por lo que dice como por lo que sugiere. En efecto, ¿quién dirigió la insurrección de febrero? Al final del capítulo Trotsky reclama para «los obreros conscientes, templados y educados principalmente por el partido de Lenin», el honor de esa dirección; pero eso es demasiado vago. Una insurrección no puede ser dirigida por personas innominadas, por muy conscientes que sean; necesita jefes y esos jefes deben llamarse de algún modo, ser conocidos por las masas que actúan y tener influencia sobre ellas. Nada de esto hay aquí. Respecto al partido bolchevique, entre los cuales estaban o debían estar esos obreros de que habla Trotsky, podemos leer en la página 117 (t. I) de este libro lo siguiente:

«Los principales dirigentes de la organización bolchevista clandestina, que actuaba a la sazón en Petrogrado, eran tres: los ex obreros Schliapnikov y Zalutski, y el ex estudiante Molotov. Schliapnikov, que había vivido durante bastante tiempo en el extranjero y que estaba en estrecha relación con Lenin, era, desde el punto de vista político, el más activo de los tres militantes que constituían la oficina del Comité Central. Sin embargo, las *Memorias* del propio Schliapnikov confirman mejor que nada que el peso de los acontecimientos era desproporcionado con lo que podían soportar los hombros de este trío. Hasta el último momento, los dirigentes entendían que se trataba de una de tantas manifestaciones revolucionarias, pero en modo alguno de un alzamiento armado. Kajurov, uno de los directores de la barriada de Viborg, a quien ya conocemos, afirma categóricamente: «No había instrucción alguna de los organismos centrales del partido... El Comité de Petrogrado había sido detenido y el camarada Schliapnikov, representante del Comité Central, era impotente para dar instrucciones para el día siguiente».

Tenemos, pues, que Schliapnikov, que había vivido durante

bastante tiempo en el extranjero, que estaba en estrecha relación con Lenin y que por todo esto debía ser uno de los obreros más conscientes, templados y educados, no sabía qué hacer con la insurrección de febrero y, lo que es peor, no sabía qué sucedía. Lo que sucedía era superior a su conciencia, a su temple y a su educación de obrero revolucionario.

Algo más grave sucedía en los otros partidos. León Trotsky dice:

«Uno de los líderes del ala izquierda de los social revolucionarios, Mstislavsky, que se pasó posteriormente a los bolcheviques, dice, hablando de la revolución de febrero: «A los miembros del partido de aquel entonces la revolución nos sorprendió como a las vírgenes del Evangelio: durmiendo». No importa gran cosa saber hasta qué punto se les podía comparar en justicia con las vírgenes; pero que estaban durmiendo todos es indiscutible, (pág. 116, t. I.).

Pero si vago y caprichoso resulta querer dar a esos obreros el honor de dirigir la insurrección de febrero, más lo es suponer, como muchos lo pretenden, que ella se produjo espontáneamente. Los acontecimientos sociales no se producen espontáneamente, y los que así se pudieran producir no tendrían significado ni trascendencia alguna, y no serían, en consecuencia, acontecimientos sociales (!). Desde el momento en que se habla de acontecimientos sociales, se presupone que hay actuación de masas o de clases y hasta ahora ni las clases ni las masas se han movido, por lo menos socialmente, porque sí. Algo hay que las hace moverse y ese algo tampoco puede surgir de repente, como la paloma del carpintero José, sino que es el producto de un proceso tenaz, psicológico o ideológico, o de ambas órdenes a la vez, que se ha venido operando en ellas desde tiempo, desde un tiempo que puede ser largo o corto, no importan su dimensión, y que revien-

ta, a veces inoportunamente y fracasa, y a veces oportunamente y triunfa.

No hay, pues, en la insurrección de febrero nada de espontáneo, si con esta palabra se quiere dar a entender que surgió porque sí y sin que nadie la empujara o dirigiera; como no hay tampoco, pese a los bolcheviques, nada que indique que fueron ellos los que la organizaron y dirigieron. Y los hechos están a la vista.

¿Quién dirigió, entonces la revolución de febrero?

Trotsky comenta:

«Todo lo que sucede en el seno de las masas se les antoja, por lo general, a los políticos fanfarrones del liberalismo y del socialismo domesticado, como un proceso instintivo, algo así como si se tratara de un hormiguero o de una colmena», (pág. 122, t. I).

¿Querrá esto decir que se tendrá por fanfarrones liberales o socialistas domesticados a los que se atrevan a negar que fueron los bolcheviques los dirigentes de esta insurrección? Mucho nos lo tememos. Pero, a riesgo de pasar por tales—cosa, por lo demás, nada agradable—, lo negamos.

La teoría de lo inconsciente colectivo podría explicar, aplicándola a las revoluciones, el proceso que ocurrió en las masas (podríamos agregar: o que ocurre en las masas). Es lo que vamos a ensayar aquí.

Para empezar deberíamos hacer una somera exposición de lo que se entiende por lo inconsciente personal y lo inconsciente colectivo. Pero dado que esas ideas, sobre todo las que se relacionan con lo primero, han llegado a ser comunes, lo juzgamos inútil. Preferible nos parece hablar de sus diferencias. Las de-

nominationes, en primer lugar, expresan claramente su principal diferencia: personal y colectivo, es decir, que se refiere a la persona la primera y a la colectividad la segunda. Pero esta explicación perogrullesca no es suficiente; es necesario agregar que no sólo hay una diferencia de cantidad sino que también otras más complejas, entre las cuales debemos destacar la siguiente: refiriéndose lo inconsciente personal a una persona, se entiende que con esa persona nace y muere su inconsciente personal (salvo el caso de una herencia patológica), cosa que no ocurre con lo inconsciente colectivo, que persiste, y se transmite y hereda, en aquellos sectores de la colectividad que presentan condiciones especiales de receptividad para éste o aquél proceso inconsciente colectivo. Esas condiciones especiales de receptividad pueden ser mentales o sociales, según el carácter del proceso, u otras menos especificadas y más sutiles. Por otra parte, hay también entre lo inconsciente personal y lo inconsciente colectivo una diferencia de resultados. Los fenómenos que resultan de uno no resultan del otro; sus hechos son esencialmente diversos. Queda aún otra diferencia: la mecanicidad; pero esta diferencia, que puede no ser tanta, requeriría un estudio que sale de los límites de estos ligeros apuntes. Añadiremos que lo que fué un proceso inconsciente colectivo puede tener su expresión exterior en una persona, sin que esto quite que se trata de un proceso inconsciente colectivo. Esa persona, como lo veremos más adelante, no es sino el último receptáculo de éste o aquél proceso.

Estos procesos son bilaterales, por lo menos los que tratamos de establecer: subjetivos y objetivos. Deberían su origen a un hecho acaecido y captado por la conciencia, en la que produce un pensamiento, un sentimiento o una imagen que la conciencia, no pudiendo traducir en acción inmediata, rechaza. (¿Por qué lo rechaza, en este caso? Recordemos que hablamos de una revolución y que los pensamientos, sentimientos o imágenes revolucionarios, sobre todo los que se refieren a una acción revolucionaria, no son siempre oportunos). Rechazado aquello, y como nada de lo

que ocurre en la conciencia desaparece totalmente, pasa a formar parte de lo inconsciente, donde vegeta o prospera según su vitalidad y la intensidad de relación que guarda con los acontecimientos que se suceden y que tienen su misma índole.

Eso constituye el sedimento, la primera capa, la base del proceso subjetivo, que estará ya condicionado por el objetivo y sin el cual no podrá existir. Marchan entonces a parejas. Los hechos exteriores, económico-sociales, en este caso, alimentan el proceso subjetivo y son su estímulo. Si éste desaparece, desaparecerá también aquél. Podríamos decir: si los acontecimientos de cualquiera índole que originaron un pensamiento o una aspiración revolucionaria, desaparecen, es decir, no se repiten o los problemas que provocaron esos acontecimientos se solucionan, la aspiración o el pensamiento desaparecerán también, o, por lo menos, sólo tendrán un carácter pasivo. Pero si no ocurre eso, si, por el contrario, se suceden y aumentan de temperatura, el proceso crece y se irrita; y sólo se detendrá, entonces, cuando los hechos que lo estimulan desaparezcan. En otras palabras, cuando triunfe la revolución.

Trotsky dice, dándonos la razón, aunque no del todo:

«El pensamiento que agitaba a la masa obrera era incomparablemente más audaz, penetrante y consciente que las indigentes ideas de que se nutrían las clases cultas. Es más, aquel pensamiento era más científico, no solamente porque *en buena parte* había sido engendrado por los métodos del marxismo, sino, *ante todo*, porque se nutría constantemente de la experiencia viva de las masas, que pronto habían de lanzarse a la palestra revolucionaria. El carácter científico del pensamiento consiste en su armonía con el proceso objetivo y en su capacidad para influir en él y dirigirlo.» (pág. 122, t. I).

Que el pensamiento de la masa era científico, nos parece mucho decir; sería más adecuado anotar que era lógico y que,

siéndolo, marchaba conforme a las leyes establecidas del pensamiento. Igualmente exagerado nos parece decir que había sido engendrado por los métodos del marxismo; sería más natural expresar que seguía la trayectoria prevista por Marx o por alguno de sus discípulos. En las masas ocurren muchos hechos que no han sido engendrados por Marx ni por sus métodos y que, en consecuencia, no son hechos marxistas, lo que no quita que aceptemos que en los métodos del marxismo esos hechos estén tal vez contemplados y predichos. Es la misma cosa, pero distinta.

Pero estos son razonamientos de otro carácter. Lo que queremos destacar en el párrafo transcrito son las locuciones que hemos subrayado: *en buena parte y ante todo*. No hay duda que la primera ha sido incluida gracias a la buena voluntad y al exceso de partidismo de Trotsky. Se puede, aun en el texto, prescindir de ella; pero no podemos prescindir, en modo alguno, de la segunda, que es el hecho real: *ante todo*. Es decir, que en la masa, independientemente de los métodos del marxismo, ocurría lo que venimos explicando: un proceso inconsciente colectivo revolucionario. ¿De dónde venía o de dónde surgía este proceso?

Los demagogos y los gobernantes, o sea, aquellos que excitan, en provecho suyo y de su partido, la parte más grosera de las masas, estiman que éstas son bloques humanos sin reacciones progresivas, moldeables siempre y, lo que es peor, sin memoria. Psicológicamente, esto es un error; políticamente, es algo más grave: es una desgracia, no para las masas, felizmente, sino para ellos. La masa tiene memoria, no sólo como masa sino que también como organismo compuesto de individuos que tienen, a su vez, memoria. La humanidad, mirando el asunto desde un punto de vista general, ha heredado, en la estructura misma del cerebro, infinidad de imágenes que tienen tanto de sentimiento como de pensamientos, imágenes que subsisten aún o que ya han sido realizadas, pues una imagen que se guarda no es sino una representación a realizar.

Tomemos, por ejemplo, uno de los más grandes pensamien-

tos que el siglo XIX ha dado a luz: la idea de la *conservación de la energía*. Roberto Mayer es el verdadero creador de esta idea. Era Mayer un médico y no un físico o filósofo naturalista, a cuyo alcance hubiera estado más fácilmente la creación de semejante idea. Y es importante saber que la idea de Roberto Mayer no fué *creada*, propiamente hablando. Tampoco resultó por la confluencia de representaciones entonces existentes o de hipótesis científicas, sino que se formó en su creador y le condicionó por completo. Roberto Mayer escribía lo siguiente a Grietsinger en 1844: «Yo no he imaginado la teoría en la mesa de escritorio». (Y luego informa sobre ciertas observaciones fisiológicas, que había hecho siendo médico de barco en 1840-1841). «Si queremos explicarnos—prosigue en su carta—ciertos puntos fisiológicos, es imprescindible el conocimiento de los procesos físicos, a no ser que se prefiera resolver el asunto por el lado metafísico, cosa que a mí me disgusta enormemente. Así, pues, me atuve a la física y me apliqué al asunto con tal predilección, que no me preocupaba apenas del mundo lejano, aunque alguien pueda reírse, sino que sentía el mayor gusto en permanecer a bordo, donde podía trabajar incesantemente, y donde me sentía a ciertas horas, por decirlo así, *inspirado*, como no recuerdo haberlo estado nunca, ni antes ni después. Estando en la rada de Surabaja, cruzaron por mi mente unos relámpagos, que perseguí luego con solicitud, y me llevaron a nuevos objetos. Aquellos tiempos han pasado, pero la tranquila contrastación de lo que entonces emergió en mí me ha enseñado que es una verdad, no sólo sentida subjetivamente, sino que puede también ser demostrada objetivamente; prescindo, naturalmente, de que esto pueda hacerse por un hombre tan escasamente conocedor de la física».

Helm expone en su *Energética* la opinión de que «el nuevo pensamiento de Roberto Mayer no se desprendió lentamente de los conceptos tradicionales de fuerza, mediante profunda meditación sobre ellos, sino que es una de esas ideas percibidas por

intuición, que, naciendo en otras regiones de la naturaleza espiritual, se apoderan, por decirlo así, del pensamiento y le obligan a transformar los conceptos tradicionales».

Pero la cuestión es ésta: ¿De dónde procede la nueva idea, que con fuerza tan elemental avasalla la conciencia? ¿Y de dónde toma su fuerza, que de tal manera puede señorear la conciencia, que la abstraiga de las variadísimas impresiones de un primer viaje a los trópicos? No es fácil contestar a estas preguntas. Pero si aplicamos nuestra teoría a este caso, encontraremos esta explicación: *La idea de la energía y de su conservación tiene que ser una imagen primordial que dormitaba en el inconsciente colectivo.* Esta conclusión nos obliga, naturalmente, a demostrar que esa idea existió en efecto y ha obrado durante milenios en la historia del espíritu. (C. G. Yung, *Lo Inconsciente*, págs. 125-127).

De esta manera queda demostrado, si aceptamos la teoría de las imágenes primordiales, que no sólo la masa, núcleo parcial, sino que también la humanidad, núcleo total, tiene memoria, y, lo que es más decisivo, una memoria inconsciente. Ahora, si nos apeamos de las alturas en que viaja el pensamiento de Yung, a quien, por otra parte, no haría gracia saber que utilizamos sus ideas para explicar movimientos que a él, integrante hoy del partido N. S. alemán, hacen menos gracia todavía, si nos apeamos de esas alturas, decimos, y descendemos al modesto campo de la dinámica revolucionaria, veremos que, en este orden de fenómenos, los hechos suceden de idéntica manera.

En efecto. Si en lugar de milenios ponemos centenios, decenios, o aun quinquenios, pues no es el tiempo lo que tiene importancia, sino el hecho, y si llenamos esos años, aunque sea de distancia en distancia, de pensamientos y de acontecimientos revolucionarios, como ser, en Rusia, el populismo, el decembrismo, el nihilismo, el socialismo, el liberalismo, el anarquismo; las huelgas, las represiones, la revolución proletaria de 1905, las deportaciones, los atentados, los regicidios, las ejecuciones, los

quinientos veintiséis motines de labriegos habidos de 1826 a 1854 y los seis millones cuatrocientos once mil obreros que tomaron parte en movimientos sindicales desde 1903 a 1917; si agregamos a esto las insurrecciones de las nacionalidades oprimidas por Rusia y las tradiciones y las leyendas revolucionarias, entre las que sobresalen, sin ser meramente leyendas, aunque tienen caracteres de tales, las de Stenka Rasin y la de Pugachev, y si recordamos, al mismo tiempo, que todo acontecimiento o pensamiento social no emerge y desaparece sin dejar huellas más o menos profundas en las sociedades, empezaremos a vislumbrar la posibilidad de que en las masas rusas existiera lo que venimos afirmando: un proceso inconsciente colectivo revolucionario, nutrido principalmente y *ante todo* de la *experiencia viva* que esos hechos producían.

(Con esto nos exponemos a que nos digan que existe gran diferencia entre el descubrimiento de la conservación de la energía, hecho por Roberto Mayer y explicado por medio del inconsciente colectivo, y la revolución de febrero, que queremos explicar por el mismo medio. Es un absurdo, dirán, explicar por el mismo medio dos hechos tan desemejantes. Sin duda que existe gran diferencia: uno es un hecho científico; social el otro. Además: ni Roberto Mayer habría podido hacer solo la revolución de febrero ni las masas habrían podido descubrir la conservación de la energía. Pero el uno y las otras, aunque actuaban en campos distintos, debían realizar lo que estaba condicionado y a punto en su inconsciente. Si los hechos son distintos, el proceso es el mismo: fueron necesarios miles de años y millones de pensamientos dispersos y confusos, para que un hombre llegara a descubrir, no lo que buscaba, sino lo que antes de él otros hombres habían vagamente pensado o soñado, pensamientos y sueños que él, debido a su especial estructura cerebral, heredó y que en un instante imprevisto se manifestaron en su mente por medio de unos *relámpagos*. Del mismo modo, aunque en otro orden, fueron necesarios todos los acontecimientos y pensamientos que

hemos enumerado en el caso de Rusia, para que llegara a formarse en las masas una conciencia revolucionaria, una predisposición a la revolución. Los dos hechos, entonces, aunque desemejantes en sus resultados y en su condición, son semejantes en su proceso y en su aparición: no se produjeron espontáneamente ni tampoco fueron dirigidos por nadie. Por otra parte, y respondiendo a la posible objeción, debemos decir que la teoría de lo inconsciente colectivo no se refiere sólo a los descubrimientos científicos. Se refiere también a la religión, a la raza, a Dios, al Diablo, etc. Nosotros hemos agregado la revolución, para que no falte nada).

Al mismo tiempo sucedía otra cosa: un proceso inconsciente colectivo revolucionario no puede ser eternamente un proceso inconsciente colectivo revolucionario. Alguna vez deberá surgir del fondo en que fermenta y aparecen en la superficie de la conciencia, como en el caso de Mayer, para convertirse en acción. Todo lo guardado reaparece algún día. En el caso de las masas rusas ocurría que los acontecimientos exteriores no tenían siempre el mismo sentido: cambiaban, evolucionaban; las ideas sucedían a las ideas y éstas engendraban hechos distintos a los engendrados por aquéllas. Estas ideas no eran de la masa; la masa sólo veía y sentía los hechos, sacando de ellos la experiencia que traían, sobre todo de aquéllos que, sin ser engendrados por las ideas de los hombres, sino por el desarrollo histórico de Rusia, se relacionaban con su condición: los hechos económicos. Y así como los hombres heredaban y superaban sus ideas entre ellos, las masas heredaban y superaban sus sentimientos. (Lo mismo, aunque en otro orden, lo repetimos, sucedió en el caso de Mayer: cada nueva vislumbre o relámpago que aparecía en el cerebro de los hombres acerca de la conservación de la energía, se sumaba a los anteriores y preparaba el definitivo, el que permitió a Mayer realizar su descubrimiento). Pero esto avanzaba: de la masa surgían, sobre todo de la masa del proletariado industrial, que era la más cercana a los hechos, y debido a la presión psicológica,

individuos que se convertían en militantes de este u otro partido revolucionario. Eran la primera expresión de ese proceso, que abandonaba, impulsado por el ritmo de los hechos, su carácter inconsciente, para transformarse en consciente. La segunda expresión fué la masa. Y aquí debemos recordar la última frase de Trotsky que hemos citado:

«El carácter científico del pensamiento consiste en su armonía con el proceso objetivo y en su capacidad para influir en él y dirigirlo».

El pensamiento, sentimiento o imagen, guardado y fomentado durante tantos años en lo inconsciente, refluía y se transformaba en acción consciente. La masa tenía ideas, sugería, proyectaba, hacía, insinuaba.

El Soviet, al tomar sobre sí la misión de armar a los obreros, debía buscar el medio de encontrar armas, cosa que no pudo conseguirse de un modo inmediato. *Eran asimismo las masas las que sugerían las iniciativas prácticas.* (Subrayado por M. R.). A ellas se debía cada paso que se daba hacia adelante en este respecto. Bastaba tan sólo con prestar atención a sus proposiciones. Cuatro años después de estos acontecimientos, Trotsky, en una velada conmemorativa de la revolución de octubre, decía: «Cuando se me presentó una comisión de obreros a manifestar que tenía necesidad de armas, les dije: «¿Acaso no sabéis que el arsenal no está en nuestras manos?» Contestaron: «Hemos estado en la fábrica de armas de Tsestroretsk». «Bien, ¿y qué?» «Pues allí nos han dicho: si el Soviet nos lo ordena, daremos armas». Di orden de que les entregaran cinco mil fusiles, y aquel mismo día los recibieron. Era la primera experiencia», (pág. 292, t. II).

Y podríamos citar innumerables ocasiones semejantes a ésta.

* * *

Estos apuntes, bastante deshilvanados, no tendrían mayor valor si sólo se refirieran a la revolución realizada en febrero de 1917 por las masas rusas. Pero como las revoluciones sociales tienen todas el mismo proceso de formación, aunque no de realización y de resultado, podemos decir que las ideas que hemos expuesto pueden tener, y efectivamente tienen, una aplicación universal. Todo país que haya alcanzado un desarrollo industrial cualquiera, lo cual implica un desarrollo capitalista cualquiera, está destinado a sufrir hechos semejantes a los estudiados. Es una fatalidad histórica, determinada precisamente por su crecimiento económico y por las reacciones que este crecimiento paulatino provoca en las masas, reacciones invisibles e inconscientes al principio, pero no por eso menos reales y eficaces cuando llega el instante de ajustar las cuentas. La industrialización no se alcanza sin revoluciones, y la industrialización misma, ya que el capitalismo, que es su base, no puede ni debe ser un estado social y humano definitivo, será superada por otra revolución.

Luis Alberto Sánchez

La literatura del Perú republicano

(*Conclusión*)

Su credo fué anticlerical y liberal y su tono áspero y punzante. Los diarios hicieron el vacío al morir el heresiarca. Quien pronunció el discurso necrológico en nombre de la Corte Suprema fué parco en el elogio. El Arzobispo impidió que se le sepultara en sagrado: Gallarda vida y consecuente muerte la de don Francisco Javier.

V. M. Villavicencio, «D. Francisco Xavier Mariátegui», en «El Comercio», 6 de agosto de 1926, Lima.

Don Benito Laso (1783-1862) fué el más recio adversario del conservatismo y coadyuvó con Mariátegui y Vigil en la campaña de resistencia a los avances del clero. Desde 1810 estuvo en contacto con los patriotas que se sublevaron en Buenos Aires y amagaron el Alto Perú; en 1814 ayudó al cura Muñecas y a Pinelo en su expedición sobre el Altiplano, a raíz de la sublevación de Pumacchahua; en 1815 yacía confinado en Tacna. Desde 1811 había escrito un poema en pro de la causa independiente titulado «El Perú Emancipado», que sólo se publicó en 1825. Redactó la proclama invitando a San Martín a venir al Perú. Coadyuvo a la Campaña de Intermedios, en 1821, y fué «Se-

cretario del General en Jefe del Ejército Libertador». Le gustaba que le llamaran «el Robespierre peruano», por su intransigencia y ánimo libertario. El seudónimo anagramático «Tobías León» ocultó su nombre en muchas publicaciones.

Sufrió prisión de los españoles hasta 1824, y poco después conoció a Bolívar, en el Cuzco, consagrándole desde entonces, tenaz admiración.

Diputado por Puno el abogado arequipeño Laso, fué de los más fervorosos «persas», es decir, de los defensores del Libertador en el Congreso, y de la Constitución Vitalicia o Boliviana. Ocupó altos cargos en el Poder Judicial, presidiendo Corte Superior de Arequipa, y Corte Suprema de Lima, plenipotencias y ministerios, que no hacen al caso en este libro. Nos interesa de él su aliento liberal y la forma cómo se opuso a las ideas conservadoras de Bartolomé Herrera con quien polemizó rudamente. Colaboró en «El Pensador» de Arequipa (1834), discutiendo con el demagogo Deán Juan Gualberto Valdivia. Cuando la Confederación, desorbitado Laso, «fué ministro de tirios y troyanos», es decir, de Orbegoso y de Gamarra. Colaboró en «El Correo» de Lima (1840), y a pesar de sus ideas liberales, confió en 1842, el Convictorio de San Carlos a don Bartolomé Herrera, y la Escuela de Medicina de San Fernando, al famoso médico peruano Cayetano Heredia.

En 1846, Laso atacó a Herrera a propósito de la tesis de éste sobre «la soberanía de la inteligencia». Desde «El Correo del Perú» Laso, y desde «El Comercio» de Lima, Herrera, discutieron ambos sobre este tópico, resaltando al acento liberal de Laso, adverso a las ideas oligárquicas del Rector de San Carlos. Alentaba en don Benito el ímpetu romántico de Mariátegui y el Vigil, si bien desprovisto de la austeridad inmarcesible de éste. Adverso al concordato que propugnaba Herrera (1853) y de Castilla (1858), cuando éste viró hacia la reacción, resultó más radical en la vejez que en la madurez, acompañando a los Gálvez, Mariátegui, Paz Soldán y Vigil. En Laso se da el caso

curioso, pero no raro, del liberal en materia eclesiástica, pero autoritario en política. Es la encarnación del liberal de entonces, más anticlerical que liberal. Su obra está desperdigada en periódicos y folletos, el más importante de los cuales es «Exposición que hace Benito Laso, diputado al Congreso», Lima, 1826, la polémica con Herrera.

J. C. Leguía, «Bibliografía de don Benito Laso», en «Bol. Bibl. de la Universidad de San Marcos», vol. III, diciembre, 1928, N.º 6, p. 294.—B. Herrera, «Escritos y discursos», tomo I, Lima, 1928, Ed. Rosay; Bol. del Museo Bolivariano, Magdalena, Lima, noviembre, 1928.—J. Basadre, «La Iniciación de la República», Ed. Rosay, Lima, Tomo I, 1928; tomo II, 1930.

Francisco de Paula Vigil (1792-1875), tacneño y sacerdote, encarna el primer movimiento liberal peruano, de que fué eco y precursor F. X. Mariátegui, y que luego recogerían, como ineludible mandato, Manuel González Prada hacia 1885, Haya de la Torre en 1923 y José Carlos Mariátegui hacia 1926. Vigil fué maestro en Arequipa. Espíritu inquieto y rebelde no transigía con los avances autocráticos y caudillistas, ni con las pretensiones de los conservadores ultramontanos. La escolástica fué estadio para su entendimiento agudo y su clarividencia democrática. Pertenece de espíritu a los próceres. Lo fué en la más cumplida acepción de la palabra. Al intervenir en la realidad peruana era ya un hombre. En 1812 se doctoró en Teología en la Universidad del Cuzco; en 1815 decidió ordenarse de clérigo; luego se arrepintió de ello, pero en 1818 se ordenó en Arequipa de presbítero. En 1823 se retiró a Tacna. En 1826 era diputado por Arica; se opuso a Bolívar y tuvo que expatriarse a Chile; volvió el 27, diputado por Arica, y combatió a Vidaurre que defendía a Santa Cruz. Se doctoró en Jurisprudencia en 1832. 1834 mar-

ca la hora cenital de su beligerancia y su oratoria política; 1836 la de su patriotismo contra Santa Cruz; 1848, la de su visión doctrinaria; 1863, la de su polemismo. Desde 1836 hasta su muerte, en 1875, ejerció la Dirección de la Biblioteca Nacional. Combatió sin cesar los principios de la Curia Romana defendiendo los de los gobiernos; atacó a los autócratas y a los jesuítas por ser los naturales aliados de aquellos. Su voz fué escuchada con veneración. Aquel viejo, erguido y terrible, como F. X. Mariátegui, ganaba a éste por su pureza indudable. Jamás se manchó en intrigas ni transacciones. «Murió de simple bibliotecario», dice González Prada, glosando su figura como «solitaria columna de mármol a orillas de un río cenagoso».

González Prada, «Vigil», en Páginas Libres, París, 1894.

«F. de Paula Vigil», por J. G. Leguía, «Boletín Bibliog. de la Universidad», Vol. I, Lima, 1924, N.º 2, p. 4.

¿Qué representa Vigil? ¿Qué pensó? ¿Cómo se expresaba? «Yo acuso» tituló a su peroración de 1832 contra Gamarra—aun no se presentía a Zola—que estaba apoyado por Pardo y los conservadores. Bilbao, al transcribir en su *Historia de Salaverry*, el discurso de Vigil, proclama a éste «el primer hombre del Perú por sus virtudes, sus talentos y su vasta capacidad». Vigil expresó entonces conceptos perdurables. «Siempre—dijo—he venerado al hombre en cuyas manos está el poder que le conceden las leyes, y respeto a la autoridad hasta en su sombra», pero, más vale el respeto a la Constitución porque, en ésta «nada hay pequeño, que todo en ella es grande y sagrado, porque todo es constitucional». Así se perfiló el futuro constitucionalista y liberal: «Los peruanos no son vasallos de un rey cuyas órdenes se ejecutan sin réplica y cuyo disgusto hace temblar; somos ya ciudadanos de un pueblo libre: somos el primer poder, y nuestras resoluciones se cumplen; mandamos que vengan los ministros, y los

ministros vienen; decretamos que el Presidente de la República mande ejecutar alguna cosa, y el Presidente así lo hace o debe hacerlo; y nosotros los individuos de esta Cámara tenemos por la Constitución el especial encargo de atisbar la conducta del Ejecutivo, en cierta clase de materias, y somos los principales celadores de la inviolabilidad de nuestra Carta. Mas, desde luego que se descubran las infracciones de ésta, es deber nuestro acusar sin que por esto se menoscabe la dignidad del jefe de la Nación...». «¡Desengañémonos, señores! la respetabilidad del Jefe de la República, no puede apoyarse en ningún punto que se halle fuera del círculo de sus atribuciones constitucionales...». «Yo entiendo» señores, que el magistrado no obra mal, pues él es la obra de las leyes; el que se sobrepone a ellas es el hombre, y ese hombre en tal caso es un tirano, y decid entonces que le rodea el terror y el despotismo, pero no le deis el nombre de respetabilidad, porque la respetabilidad no puede nacer de la infracción de las leyes. La paz: ¿puede haber paz en el desorden? ¿O puede haber orden en el olvido de las leyes? Quien mantiene la Constitución puede turbar la paz... «Señores, yo he subido a la tribuna para romper una paz mala, y para perturbar esa inacción y ese silencio sepulcral; yo he venido, valiéndome de otras palabras del mismo Señor nuestro, yo he venido a encender fuego y ¿qué queréis sino que arda?».

Bilbao, «Hist. de Salaverry», 1.^a edición, Lima, 1858, p. 91-100.

Este discurso de firme doctrina y bélico acento no fué aprobado por la Cámara. Vigil fué atacado por Gamarra. Luego se vería combatido por Santa Cruz. Pero su mayor nombradía y actividad las alcanza en «Defensa de la Autoridad de los Gobiernos» (1848) condenada y combatida por el propio Papa Pío IX, en el célebre Breve de 10 de junio de 1851. Vigil abandonó entonces los hábitos talares. El periodista que en 1834 colaborara en «El Genio del Rimac»; hacia 1840, 46, 51 y 54 en «El Co-

reo»; en 1858 en el ya nombrado «Constitucional»; en 1862 en «La América», y de 1871-75 en «El Correo del Perú», fué, ante todo, un nacionalista sin cuartel y un fervoroso de la libertad por sobre todas las cosas. De estilo desmañado, «aliterario», su fuerza está en la sólida argumentación y en su conducta inmaculada. Incorruptible y macizo, pero sin gracia. «Es además—dice Leguía—uno de los más abnegados y sabios propagandistas de la idea panamericana. Cuando México gemía bajo el poder de Maximiliano, y los países occidentales de la América del Sur eran amenazados por las naves de Isabel II, el Nuevo Mundo escuchó la evangélica palabra del insigne peruano, consagrada por una de las más puras vidas que jamás alentó en estas tierras de Indias».

Este hombre, escribió «Defensa de la Autoridad de los Gobiernos contra las pretensiones de la Curia romana» (3 vols.), que mereció el aplauso de Gladstone, el elogio de Emile Girardin, y la excomunión del Papa. La respuesta de Vigil provocó otro Breve papal. En 1852, Vigil insistió con el «Compendio de la Defensa de la Autoridad, etc.», a la que siguieron las «Adiciones a la Defensa» (1852); una nueva edición de la obra toda, en cuatro volúmenes (1856); nueva edición del *Compendio* etc. Fué la gran pasión de Vigil defender el Patronato contra Roma. En 1861, publicó su «Compendio» de la obra titulada «Los jesuítas» que salió en cuatro volúmenes, el año 1863, y en la que ataca ferozmente a la Iglesia. Escritor de Derecho, defendió la «Paz Perpetua en América o Federación Americana» (Bogotá, 1856) que alcanzó cuatro ediciones: la «Soberanía Nacional» (1857), el «Gobierno Republicano» (1857), la «Educación Popular» (1858), la «Educación del Bello Sexo» (1858), la del clero y la «Tolerancia de Cultos», (1861 a 1862). Fué un vehemente enemigo de la pena de muerte (1862) y atacó a Pío IX, «en defensa a la Iglesia Católica»; polemizando luego con el P. Gual. Sus escritos políticos sobre «La Consolidación», su conducta en 1833, 39, 55; su ataque a los conservadores; su «Catecismo» patriótico (1858)), todo hace de

Vigil una figura de primer orden: agitador, suscitador, hombre libre, mal escritor, gran pensador; tronco de grandes escritores—Prada, Montalvo—y de hombres libres.

Mientras así coincidían los retoños del neoliberalismo (Vigil) y los del roussonianismo prócer (Mariátegui), proseguía, por otro lado, la tarea conservadora. Don José María Pando y don Felipe Pardo Aliaga contaban ahora como aliado implícito con don Manuel Lorenzo Vidaurre, el pintoresco autor de las «*Cartas Americanas*», convertido en contradictorio padre del «*Vidaurre contra Vidaurre*». En el seno de este movimiento caminaba el talento de Bartolomé Herrera, gran orador y campeón del conservadorismo peruano; pero, como venganza, al abrigo de Herrera, se incubaría el liberalismo de Laso y los Gálvez, al radicalismo encendido de los antiesclavistas y el radicalismo convencionalista del año 55.

Los liberales recibían la ayuda de Sebastián Lorente, mientras los conservadores se robustecían con la de José Joaquín de Mora, ambos españoles avecindados en el Perú. Testigo de la iniciación de toda aquella agitación, Flora Tristán publicaba sus impresiones sobre el Perú.

FLORA TRISTÁN

Es curioso ver cómo inciden en torno a la figura de Gamarra, los tres brotes más significativos del pensamiento peruano de ese período: Vigil, del liberalismo; la Tristán, del socialismo; Herrera, del conservantismo. Pando y Pardo fueron ministros de Gamarra; Vigil y Mariátegui sus adversarios; Herrera su admirador; la Tristán su cronista. Gamarra por diversas circunstancias debió ser un fuerte tipo de caudillo, pero le faltó ductilidad. Dió dos Constituciones, dirigió dos guerras desgraciadas contra el extranjero, cooperó a dos expediciones contra otro Gobierno del Perú, actuó en dos campañas por la libertad: el número 2 preside la vida de Gamarra: tuvo dos

esposas, y ante él se formaron sólo dos frentes. Basadre dice de él: «Era indígena por la resistencia física, por la reserva y por el disimulo; era mestizo por la sagacidad, por la ductilidad y por la actividad; y era blanco por la actitud reflexiva y consciente. En él se operaba la transformación caudillesca y militar del descendiente de labriegos, que en casos corrientes, se convierte en tinterillo o en comerciante. Solapado y tozudo como un campesino, era también listo como un tinterillo, y sórdido como un comerciante. Del militar tenía la experiencia en las campañas, la capacidad de actuar, el conocimiento del territorio, el afán de usar de la fuerza para la gloria personal o del país; pero no tenía la marcialidad decorativa, el valor heroico, la disciplina rígida. A todo esto unía la ciencia de un viejo; más de cincuenta años bien vividos tenía en 1839. La nota más resaltante de su carácter es la ambición. Pero una ambición acompañada por un gran disimulo».

Basadre, «La Iniciación de la República», Lima, 1930, tomo II, p. 407.

Flora Tristán, la «Paria», estuvo en el Perú el año de 1833: un año antes del «Yo acuso» de Vigil, cuando se iba a precipitar el país en la guerra civil, reaccionaria, colonialista. Flora venía herida de amor y desengaño, en plena juventud. Había nacido el 7 de abril de 1807. Su padre era el arequipeño Mariano Tristán, acaudalado y noble; su madre una francesa, Teresa Leisneys, con quien aquel casó clandestinamente en España. Bolívar la conoció ahí y la tuvo entre sus brazos. Contaba Flora cuatro años cuando el padre murió en París. La madre y sus dos hijos.—Flora y un hermano—fueron a vivir al campo: ahí murió el hermano. Flora tenía quince años; poco más tarde, era obligada por su madre a casarse con Andrés Chazals, grabador, a quien ella no amaba. Apenas estuvo tres años unido el matrimonio. Cumplía los veinte Flora, y ya estaba separada de su esposo. A raíz de tal desenlace, entró en correspondencia con su familia del Perú.

«Peregrinations / d'une Paria / (1833-1834) / par Mme. Flora Tristán / Dieu Franchise, liberté / Tome premier / Paris / Arthur Bertrand, Libraire Editeur, Rue Hautefenill, N.º 23, 1838». El tomo II tiene igual portada.

Flora tenía dos hijos, fruto de su casorio, y, usando indistintamente el título de «viuda»—que no lo era—o «señorita»—que tampoco lo era—se convirtió en una auténtica *paria*, perseguida por los prejuicios sociales (tomo I p. XXXVII). Su esposo, en tanto, no desmayaba en el deseo de reconciliarse con ella. Flora, cansada de sufrir, pensó en matarse. No lo hizo. Chazals no descansaba en su persecución. Flora, con sus dos hijos, llevaba una vida mártir, y ello se agravó cuando al cumplir ocho años su hijo varón, el padre lo pidió para educarlo. Cansada y triste, la *Paria* le entregó al hijo, a fin de no soportar más las obstinadas buscas de Chazals. Para olvidar un poco, se fué, con su hija mujer, a Angulema: usaba ya como apellido, el peruano de su padre: Tristán y no el de su esposo. Conoció por esos días a Madlle. Bursac y a ella le entregó su hija. Fué a Burdeos. Ahí encontró a Mariano de Goyeneche, quien por amistad a su padre y creyéndola soltera, la ofreció ayuda embarcándola en «Le Mexicains», comandado por M. Chabrier quien había conocido a Flora como «viuda». «El 7 de abril de 1833, día de aniversario de mi nacimiento fué el de mi partida» (I, p. 1). M. Chabrier hubo de conocer el secreto familiar de la *Paria*. Dolida e indignada, Flora maldijo «esta organización social que, en oposición con la Providencia, substituyó la cadena del forzado al lazo de amor, y divide la sociedad en siervos y patronos» (tomo I. p. XLIV).

Durante la travesía, realiza Flora serios progresos *espirituales*. Creía hasta entonces que los hombres de diversos países eran extranjeros, y sólo entonces supo que «tous les hommes sont freres et que le monde est leur commune patrie (I, p. 29). M. Chabrier se insinuaba, y el romanticismo del viaje resquebraja-

ba la coraza de la Paria. Ella observaba atentamente a los marineros: «Le vrai matelot doit être comme le limason qui porte tout sur lui» (I, p. 91); un diálogo entre Chabrie, David y Briet le inspira una página hermosa (136 y sig.). Flora se siente y se dice peruana (I, p.31), roto el anclaje que la retenía en Europa. De temperamento sanguíneo (I, p. 151), y fiero, se ahinca en su obra. Pero, antes iba en pos de un millón de soles que constituía su herencia paterna.

A los 131 días de viaje llegan a Valparaíso, donde todos hablaban el francés, que estaba de moda (I, p. 164). Para su desgracia, ahí conoce la noticia de la muerte de su abuelo, que era su más fuerte esperanza para obtener lo que le correspondía por herencia. Queda desamparada en adelante.

El carácter de los chilenos le pareció frío; sus maneras duras y altaneras; sus mujeres, tenían «de la roideur», hablaban poco, eran lujosas en sus toilettes, pero de aspecto desprovisto de gusto (I, p. 184). Zarpan hacia el Perú. El capitán Chabrie era galán romántico, y Flora, vibrante de amor romántico y ultraterreno. ¡Qué contraste el de la costa peruana, cuya aridez la llena de congoja! (I, p. 201). Rompiendo tamaña sequedad, escribe una carta a su tío Pío Tristán: en ella refiere Flora que Bolívar, Bompland y Robinson (Simón Rodríguez) conocieron mucho a sus padres. «Il (Bolívar) m'a vu élever par non père». (I, p. 206). Al llegar a Arequipa, la fué a saludar Luna Pizarro, «petit Lammenais peruvien», «chef du parti republicain» (I, p. 227). El tío Tristán era candidato a la Presidencia de la República: al libertarse del sortilegio lírico del viaje en «*Le Mexicain*», la coge el sortilegio polémico de la política peruana.

Flora en Arequipa no encuentra sino sorpresas, y, luego, sinsabores: sorpresa por la pequeñez del pie de su prima Carmen (I, p. 282), sorpresa por un temblor de tierra (I, p. 292), sorpresa al presenciar, en la plaza de las Mercedes, la celebración de un «Misterio» que le recuerda el de «Notre Dame» de Víctor Hugo; sorpresa ante el poder del clero, que explotaba la creduli-

dad pública, poder que «ils le conservent long temps encore». «L'église perusienne exploite au profit de son influence, le goût de la population» (36..). Los arequipeños son «de fácil elocución» (I, p. 370). Y en esto llega a Arequipa M. Chabriré buscando a su dama platónica, a Flora la Paria.

Comienzan los sinsabores con el tomo II, apenas Flora insinúa sus pretensiones. El tío Tristán con su avaricia extrema se opone a la viveza del carácter de Flora. Ella no confía en la justicia: su desencanto le dicta ya esta amarga sentencia: «dans un pays où la justice se vend» (II, p. 24). El ambiente político la gana. Su descripción de la revolución de 1834; del deán Valdivia; de los cupos de Nieto, las dudas de Althuaus y el «ancien president Gamarra» son interesantísimas. Pero el desengaño ha puesto de relieve la angustia de su espíritu. Una cita de St. Pierre (II, p. 37) delata el amor pugnante. Flora empieza su cuita: «je ne vivais pas: vivre c'est aimer, et je n'avais conscience de mon existence que par ce besoin de mon coeur que je ne pouvais satisfaire» (II, p. 99).

«*Mon coeur!*». Queja romántica de esta alma atribulada y sin amparo. Ya no tiene fe, Flora. «A cete époque—dice—sans croire au catholicisme, je croyais á l'existence du mal; je n'avais pas compris Dieu, sa toute puissance, son amour infini pour les êtres qu'il cree; mes yeux ne s'etaient pas encore ouverts. Je ne voyais pas que la souffrance et la jouissance sont deux modes d'existence inseparables de la vie; que l'une amene l'autre inevitablement, et que c'est ainsi que tous les êtres progressent, que tous ent leurs phases de développement par les quelles ils doivent passer, et qu'avengles agents de la Providence, tous aussi ont leur mission a remplir, de la quelle nous ne pouvons supposer qu'ils puissent s'écarter sans revaler la puissance divine» (II, p. 104).

Esta alma acongojada ascendra ya un descontento trascendental. Resbala sobre ella la anécdota de las diferencias entre el Deán Valdivia y la señora Gamarra, la Mariscalá. El propio

paisaje la inspira observaciones de pesimismo: él, el paisaje «laisse l'ame des Arequipeniens froid, sterile; jamais que je sache», le dice su prima Carmen; y Flora aconseja leer previamente a Homero, Virgilio, Racine y Byron.

Hay una tregua al subjetivismo. El espíritu de Flora es ganado por los acontecimientos. Y observa y anota: «*l'Indien préfère se tuer que d'être soldat*» (II, p. 123). Retrata a Escudero, el secretario de la «reina», doña Pancha Zubiaga de Gamarra; vitupera las guerras civiles peruanas. Luego, Flora, viene a Lima, huyendo de la tentación que es el amor frenético de Escudero

Se aloja, bajo los consejos de su tío Manuel, en un hotel francés perteneciente a una ex actriz. Lima se le presenta como «*encore une ville tonte sensuelle*» (II, p. 343). Se entretiene oyendo música de Rossini y discursos políticos; el presidente Orbegoso le parece una «nulidad completa» (II, p. 345), y el deán Valdivia, el «Marat del Perú». Flora observa a las limeñas, y si a las chilenas las juzga frías, a la mujeres de Lima las considera así: «no son bellas generalmente, pero su fisonomía graciosa subyuga con irresistible ascendiente». (II, p. 365). La limeña es seductora, sí; su atuendo—la provocativa saya—enloquece a los hombres (II, p. 371-72); pero, adentro de ese aparato frívolo y brillante, Flora descubre las taras: la conmueven las desventuras de la Princesa Looz de Rivagüero, mas es mucha mayor la angustia humana de los siervos. En el Chorrillos aristocrático, percibe la tragedia del colonialismo; la hacienda de caña de Lavalle le muestra el horror de la esclavitud (II, p. 403); luego, la misma sensualidad limeña (II, p. 423) prodúcele fastidio, y Flora se va. Pero, antes, simbólica entrevista, conversa con la Mariscal Gamarra. Doña Pancha está en su ocaso de poderío; en su plenitud de vida. La sombra del vehemente Escudero las une y desune. El dolor derriba murallas. Flora se irá a Europa, sin fortuna y con dolor (15 de julio de 1834). Se irá y a los cuatro

años—1838—aparecerá su libro: «*Peregrinations d'une Paria*». En la dedicatoria se lee: «*Aux Peruvians*».

Se ha despertado la luchadora social. Del amor romántico de M. Chabrié tan sólo quedan cenizas. Flora analiza, fría y dura: «*j'ai dit, après l'avoir reconnu, qu'au Perou, la haute classe est profondément corrompue, que son égoïsme la porte, pour satisfaire sa cupidité, son amour du pouvoir et ses autres passions, aux tentatives les plus anti-sociales; j'ai dit aussi que l'hantissement du peuple est extreme dans toutes les races dont il se compose*» (I, VII). Flora pide que se creen escuelas en el Perú y que a ello se consagren los bienes de los conventos; es preciso amparar al pueblo, al proletario, porque «*l'homme qui a un métier n'est plus un proletaire; a moins que des calamités publiques ne le frappent; il n'a jamais besoin d'avoir recours a la charité de ses citoyens*» (I, IX). La esperanza de la revolucionaria Flora está en que América se arraigan los prejuicios muchos menos que en Europa. antes de firmar «*votre compatriote et amie*», en París, agosto de 1836, afirma con orgullo: el Perú «*était de toute l'Amérique, le pays le plus avancé en civilisation*». Ya Flora ha ampliado el conocimiento y el sentimiento del mundo. Borra fronteras su incipiente socialismo, y se aferra a la tierra misma: «*Los hombres—dice—son necesarios a la tierra en que viven*» y, «*cada uno de ellos tiene una misión para la que la Providencia lo llama*» (14). Todavía cree en los «*hombres iluminados*», pero ya afirma que el pueblo más adelantado será aquél en el que haya hombres capaces y que confundan el interés propio con el colectivo (XVI). Para ello se requiere que el hombre no sólo sea instruído, sino que haya sufrido «*y sufrido mucho*» (XXII). Flora cree en el dolor fecundo. Es verdad que su vocabulario está inundado de ciertas frases hechas como «*la religión del progreso*», «*la opinión, reina del mundo*»; más ya afirma—eco del 30—la necesidad de renovar la «*organización social*» y «*el estado moral de los pueblos*», sintiéndose ella misma *Paria*, es decir, uno de esos esclavos o siervos estigmatizados por «*los prejuicios religiosos*

y demás»; parias cuya conducta debiera ser mirada con indulgencia, reprobándose en cambio al opresor. La mujer es el paria más triste de cuantos existen. Esclavizada, oprimida por todos los prejuicios, hay que libertarla. Flora proclama la urgencia del divorcio, a pedido de una sola de las partes, y yergue su pendón revolucionario social.

Publicado su libro, ha roto las amarras con el pasado. En adelante su vida es de lucha. De su estancia en Inglaterra nos deja el libro «*Paseos en Londres*», crítica aguda a la sociedad sajona. Luego se lanza a la propaganda socialista. En 1843 publica un folleto sobre la unión obrera: «*L'Union Ouvrière*».

Lewis L. Lenom en el tomo I de su «*Historia del Internacionalismo obrero*», Edición Ercilla, Santiago de Chile, 1934, I, p. 28, resalta que Flora quería sobre todo una organización internacional y que los trabajadores franceses formaron una *clase*.

Se tiraron 20,000 ejemplares en tres ediciones de «*L'Union Ouvrière*».

Defendía la organización sindical, el derecho al trabajo, las prerrogativas de la mujer. Su novela *Memfis* tendría el mismo objetivo de protesta social. «Actuó—escribe Jorge Basadre—en mítines, provocó huelgas y tumultos, recorrió provincias en prédica de rebeldía, preparando así la revolución del 48. Muerta en 1844, su entierro fué popular y solemne». (Al margen de un libro olvidado, «*Boletín Bibliog. de la Univ.*» Vol. I, N.º 2, p. 11, Lima 1923). En el Cementerio de Chartreaux, un monumento elevado por suscripción popular, recuerda a esta luchadora infatigable, extinguida a los 37 años de su edad. De su estirpe habría de nacer otro gran inconforme y precursor: Pablo Gauguin, padre del expresionismo contemporáneo.

F. Cossio del Pomar, *Vida y Arte de Paul Cauguin*, París, 1928.—Puech, «*Vie et Oeuvre de Flora Tristán*», París, 1928.

HACIA EL DEBATE IDEOLÓGICO

Eran los años de definición. Flora vió un Perú que trataba de abandonar sus hábitos coloniales, pero en el que subsistían demasiado rezagos del virreinato. Los hombres que gobernaban el Perú pertenecían a la rancia aristocracia colonial. Justamente el año de 1834, se perfila la autocracia de Gamarra, pero Vigil pronuncia también su célebre discurso en el Congreso, y Pando se aleja del país. Este alejamiento de Pando encierra cierto significado. Pertenecía al grupo conservador de Felipe Pardo y J. Joaquín de Mora, profesor éste en España de Martínez de la Rosa, el pseudo-liberal Martínez de la Rosa, en realidad conservador moderado y emboscado.

Luis Sosa. «Martínez de la Rosa, «*El Político*», Madrid, 1930, p. 39.

Riva Agüero, «*El Perú histórico y artístico*».

Mora, Pando, Pardo, Olmedo representaban al conservantismo. A ellos se uniría Vivanco, el «Presidente bonito», y Bartolomé Herrera. Contra este grupo luchaban los liberales, a cuya cabeza estaba Vigil. Adversario de la autocracia bolivariana, que le desterró a Chile; enemigo de la dictadura gamarrista; fervoroso de la libertad, Vigil contrastaba con aquellos intelectuales, partidarios de la autoridad férrea, personal, inflexible de uno sobre los demás; cantores de Bolívar dos de ellos—Olmedo y Pando—, partidarios de Gamarra todos y defensores de la esclavitud, Pardo y Pando, como se ve en la «*Reclamación de los vulnerados derechos de los hacendados de las provincias litorales*

del *Departamento de Lima*» contra la manumisión de los esclavos (1833) de Pando, y en las poesías de Pardo. Nació entonces Ricardo Palma. Pardo escribe «Don Leocadio». Más tarde, se ubicaron en diversos campos. La aristocracia intelectual pudo más que el Presidente del Congreso, Vigil. En 1834, Gamarra, fugazmente, asentó su mando. Ese mismo año, sufría un duro revés en Maquinhuyo, encaramándosele entonces el feble Orbegoso, quien llamó a Vigil a la Biblioteca Nacional; a la vez Santa Cruz tendió sus redes para pescar la libertad del Perú.

Pando, el de la «Epístola a Próspero», se alejó de América. Ex Ministro de Gamarra, en 1833 había ido a la sierra y, luego, se dirigió a Europa, por la vía del Sur. Tenía entonces 47 años. Hacía diez que había regresado al Perú. Desde Valparaíso, Pando le escribía a Pardo el 27 de octubre de 1834: «siempre temblaré por lo futuro y deploraré la necesidad que encadena a Ud. en un país tan poco análogo a su honradez, pundonor y talento».

(Bol. del Museo Bolivariano, I, p. 356, Magdalena, 1928).

Así correspondía el conservador Pando, el renegado Pando, a las generosidades del Perú. Nacido en Lima en 1787, se educó en Madrid y fué diplomático de S. M. desde 1802, en que se le envió a Roma, donde conoció a Bolívar y en «donde adquirió el amor a las bellas letras y la pasión por el estudio, que no lo abandonaron toda su vida».

(F. Pazos, art. en el Bol. Bolivariano, Magdalena, 1928, I, p. 221).

Su juventud no auguraba aquella transformación final. En Roma estuvo preso por haber rehusado homenaje a José Bonaparte; por ello el Rey Fernando VII—como ya se ha dicho—le llamó a su secretaría en 1818, con facultad de dar decretos. En 1822 estaba en la 1.^a secretaría de Estado. Luis XVIII le expulsó

de París; en 1823 tornó al Perú. Rodil le permitió, en 1824, venir a Lima. Bolívar le nombró su Ministro. En 1827 redactó «El Mercurio Peruano». Los bolivarianos estaban de capa caída; pero Gamarra sacó a Pando del olvido y le nombró nuevamente Ministro. A la caída de Gamarra emigró. ¡Y así pagaba tantas mercedes! Mas España no olvidaba al absolutista Secretario de Fernando VII, trocado en emancipado Ministro del Libertador. El Presidente del Consejo de Ministros, Calatrava, le negó su condición de español. Pando, en 1837, protestaba contra la *suposición* de haber renegado de su país, «por una miserable agrupación de hombres de todas castas, viciados, desenfrenados, oprimidos, divididos en bandos feroces, envueltos en perpetua anarquía».

(Juan de Arona, «Páginas Diplomáticas,» Lima, 1891, p. 92 y 97).

Pando fué aceptado en España. El año 37, este hombre inescrupuloso publicaba en Cádiz sus «*Pensamientos y apuntes sobre moral y política*». En 1840 murió. Después se publicó el célebre «*Derecho Internacional*», en que se funda la fama de Pando.

LA CONFEDERACION Y LA MUSA POPULAR

Recapitulo tales hechos para dar idea del ambiente y la calidad del conservadorismo. Frente al nacionalismo intransigente de Vigil, aparecen el derrotismo de Pando, el sectarismo de Pardo y la indiferencia de Mora. En tanto, Santa Cruz preparaba la intervención boliviana en el Perú, conocida con el nombre de «Confederación Perú-boliviana».

Vigil censuró a Santa Cruz. El joven Herrera escribía algunos sermones sin importancia. Segura copiaba todo aquel ajetreo, deformándolo, pero sin acritud, preparando sus comedias

Pardo apoyó al caudillo Salaverry, tipo seductor, pero sin consistencia. Mora defendía a Gamarra en Chile.

Pocas veces surgió la musa popular como entonces. Salaverry, el caudillo de 28 años, escribía también versos. Bilbao, su exégeta, los ha recogido. En «El Conciliador» se reproducían proclamas, versos y canciones. Sacudido el Perú de Norte a Sur por la guerra civil y por la guerra internacional, florece en himnos y declamaciones. Los poetas populares cooperan con versos a la defensa de sus ideales. Salaverry, vibrante—padre de poeta, del mejor poeta romántico del Perú—escribe fogosamente los siguientes versos que musicalizados alcanzaron popularidad:

CANCIÓN

*Vuestras armas, valiente guerrero,
En honor de la patria envainad,
Que no deben brillar los aceros
Donde reina feliz libertad.*

Ya el Perú necesita el reposo:
Que Minerva y Astrea le dieran,
Y que Marte con plácido gozo
Miles veces falaz le ofreciera.

Tornad, pues, vuestra lanza en azada,
Grandes surcos abrid a la tierra
Y esperad que esta madre olvidada
Os dará lo que no os da la guerra.

El honor militar no es herir
Los derechos de un pueblo inocente.
¡Qué un ejército cría valiente
Porque sepa por ellos morir!

El honor militar no prescribe
 A la ley de un tirano ceder,
 El honor militar sólo pide
 En el campo morir o vencer.

La carrera de gloria que hicieron
 Los valientes en otras regiones,
 Ellos mismos también la perdieron
 Por quererse erigir Napoleones.

*Libre América detesta tiranos,
 Quiere leyes y constituciones.
 Militares que sean ciudadanos
 Y héroes que sean Washingtons.*

(Bilbao, «Historia de Salaverry», Lima, 1858, p. 89. Lo subrayado es por mí).

Pardo sirve a Salaverry en Chile. Segura sigue estrenando comedias, sin ambiciones. Mariátegui habla de libertad, B. Lazo vacila entre uno y otros, Vigil censura a Santa Cruz. Los músicos también se exaltan. Para animar al constante ataque en Uchumayo, las bandas de guerra salaverrinas tocan «al ataque» de ese nombre, única música vibrante, guerrera, belicosa, entusiasta, de nuestra historia. Los ámbitos recogen aquellos acordes marciales, y la musa popular ensalza a Salaverry, fusilado en Socabaya (1836). Una marcha fúnebre nace más tarde; fúnebre, solemne, lamentosa: la *Marcha Morán*. Basadre las comenta así: «Nuestra historia republicana sólo podía producir dos clases de marchas militares: el «Ataque de Uchumayo» y la «Marcha Morán»: la una nació después del fugaz triunfo obtenido en la campaña de Arequipa sobre el ejército de Santa Cruz en 1835. Encarna la improvisación, el entusiasmo breve, el arrebatado de

la esperanza. Sólo clarines y tambores la tocan: marcha vibrante y agresiva como una proclama, acaso nació después de una loca jarana con arpa, guitarra, cajón, dicharrachos, mujeres y alcohol: transformación guerrera de la zamacueca. La «Marcha Morán» encarna el homenaje tardío, el inútil respeto póstumo, la postergación del bueno y del apto, la tristeza de nuestra república invertebrada...».

(J. Basadre, «La Iniciación de la República», II tomo, Lima, 1930, p. 372).

Sobre la tumba de Salaverry se establece la Confederación Perú-boliviana, con Santa Cruz a la cabeza. En su corto y azaroso período (1836-39) todas las preocupaciones se vieron canalizadas hacia la política. Sin embargo, de entonces data una importante disposición: la reforma educativa. El 9 de noviembre de 1836 quedaron delimitadas las funciones de la Universidad y las de los Colegios Mayores. Se estableció ahí que en el Colegio de San Carlos, cuyo plan duraba ocho años, y al cual se ingresaba al terminar los estudios de Gramática Castellana y Latina, se estudiase Aritmética, Geografía, Matemáticas, Ciencias Naturales, Historia y Literatura, Lenguas vivas, Latín y Filosofía, Derecho Natural y de gente, Constitucional, Romano, patrio y canónico, Economía Política y Diplomacia. No se exigía edad alguna para el ingreso. Las letras recibieron impulso, pero fué fugaz. La guerra, reencendida en 1837, no cesa hasta que en 1839, derrotado Santa Cruz, como antes lo había sido Orbegoso, cae la Confederación. En esta lucha entre santacrucistas y antisantacrucistas, Pardo, a partir del 36, abrazó el partido de éstos. En sus letrillas de «*La Jeta*» (Lima, imp. Tadeo López) que publicó bajo el seudónimo de «Mr. Alphonse Chunga Capac Yupanqui», atacaba al boliviano por su afán napoleónico y por su proverbial «jeta». Pardo se ensaña contra el «*jetón Santa Cruz*» del siguiente modo:

A Lima vuelvo, limeñas.
 El cielo me hace propicio
 tan singular beneficio.
 Dadme los brazos, risueñas,
 que no los dais a un veleta
 pues mi sexo
 tiene aplomo con el peso
 de mi jeta.

.....
 Vestido con elegancia
 de guerra está don Jinés.
 Penacho ostenta y arnés;
 más la cruz del Rey de Francia
 (para él la honra más completa)
 que al pecho lleva colgada
 va tapada
 con la jeta.

(Basadre o. c. II, 43).

Pardo se dedica desde «*El Intérprete*» a zaherir a Santa Cruz, y los amigos de éste le respondían desde «*El Eventual*» y «*El Barómetro de Chile*». Para acallar el ataque, el ministro boliviano, Juan de la Cruz Méndez, denunció judicialmente al satírico, a la vez que «de acuerdo con órdenes superiores» le respondía por medio de letrillas. Grave yerro buscar a Pardo en su terreno: la letrilla. Imitando el modo de hablar andino, decía el limeño en una de sus sátiras:

Mustio y mohino don Mendo
 así explica su dolor:
 «Viracocha, protector
 que el conquista estás regiendo

«anda la Chile dejeste,
don Mendo embarca al momento».
Mas no deste la talento
coando el credencial me deste.
Con credencial nada saco
ni diplomacea estoy diestro.
Hombre; cuando haces menestro
¿por qué me dejas guanaco?

Otro periódico, «La Aurora», de Andrés Martínez, reemplazó a «El Intérprete» de Pardo, y luego «El popular» de Bonifacio Lazarte y la «Bandera bicolor de Bujanda». Una coplilla popular aludía a Santa Cruz con acento macabro:

Tirón, ton ton
que viene, que viene
el cholo jetón.

Basadre, o. c. II, p. 51.

Se desarrolla la guerra. Llega la expedición de Bulnes y derrotan a Orbegoso en Guía. El hecho de que fuesen tropas chilenas las que apoyaran a Gamarra, y que éste—autócrata del 34—viniese en la llamada «Restauración», acarrearón la impopularidad de los vencedores. Un poeta anónimo se lamentaría desde las fortalezas del Callao:

Desde estos muros
sobre estas torres
lamento y lloro
de noche y día,
de los peruanos
la sangre ilustre
que el araucano
derramó en Guía.

¡Gamarra impío!
 mira ese suelo
 que el vil chileno
 pisa atrevido.
 Esta es tu patria,
 traidor cobarde
 dó haces alarde
 de felonía.
 Ya tengo el rayo
 que a tu cabeza
 en mil fragmentos
 convertirá;
 y a esos lamentos
 de viudas tristes
 que causa fuistes
 se vengarán.

(«Eco de Pachacutec», 12 de dic,
 1838; Basadre, o. c. II, p. 278).

Una tenaz «campaña de papel» saluda tales acontecimientos. «El Periodiquito» ataca valiéndose de apodos, chistes, versos, diálogos; frecuentemente circulaban boletines anónimos: una corrosiva literatura popular intervenía en la política. Lima en poder de los «restauradores» repetía la copla anónima:

Desde estos muros
 sobre estas torres...

Se clausuró el teatro. Un silencio pretoriano epilogó el triunfo sobre la Confederación (1839).

Ese mismo año, Segura estrena su primera comedia: «El Sargento Canuto», Vidaurre publica su dolido «Vidaurre contra Vidaurre»; se edita el primer número de «El Comercio»; Pardo prepara «El Espejo de mi tierra». En 1841 se funda el Colegio de

Guadalupe (7 de febrero), con sólo 40 alumnos, bajo la dirección del marino don Ramón Azcárate, y por iniciativa de don Domingo Elías y don Nicolás Rodrigo, español. Gamarra emprendía, poco después, la trágica aventura de Bolivia, en la que encontró la muerte, y sobre su tumba nació a la vida pública don Bartolomé Herrera (1842). Entretanto, los gestores de Guadalupe se dirigían al joven maestro español, don Sebastián Lorente, quien se embarcó rumbo al Perú a fines del 42. Ya se había desencadenado la anarquía en el Perú, Dos, tres, cuatro presidentes se disputaban a la vez el mando. El año 43 llegaba el primer ejemplar de las poesías de Zorrilla, a la librería de Poppert. El romanticismo sobrevenía nítidamente. Pero, contemplemos antes la iniciación de la lucha entre conservadores y liberales, entre clásicos y románticos.

Sánchez, Breve noticia de la Facultad de Letras 1918, Lima. Herrera, Escritos, «Discursos», Lima, 1929. Elvira Rodríguez Lorente, «Sebastián Lorente», en Boletín Bibliográfico de la Universidad, Lima, I, p. 73.

IV

EL TEATRO Y LA POLÍTICA

Al recuperar el Perú la libre disposición de sus destinos, en 1839, trató de darse una nueva forma política ya que su mentalidad se había modificado. No es exacto que se definiera entonces un agudo sentimiento nacional, pero, sí, que se fortaleció el nacionalismo merced a la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, a la que el público denominaba, simplemente, *boliviana*. A su vez, los orbegosistas, auxiliares de Santa Cruz, denominaban a la expedición chileno-peruana de Bulnes y Gamarra, nada más que «los chilenos». Ambos bandos se ampara-

ban en el nacionalismo para atacar a sus opositores, pero, ambos bandos estaban complicados con «extranjeros». En realidad, el peruanismo puro sólo estuvo representado por Salaverry: fusilado éste en Socabaya, 1836, se ahogó la auténtica esperanza peruana. Los partidarios de Orbegoso continuaron apoyando a los bolivianos de Santa Cruz, mientras los partidarios de Gamarra se echaron en brazos de los chilenos. Huyó, derrotado, Santa Cruz. El niño Ricardo Palma le vió pasar, fugitivo, a caballo por la calle de Aldabas, a la indecisa luz de los mecheros: ahí nació su vocación de tradicionista, y sobre aquella escribió su última tradición. Deshecha la Confederación, ciertamente se avivó el espíritu peruanista, pero no libre de toda complicación vecinal. Verdad es que, entonces, el concepto de nacionalidad no excluía tanto como ahora a las naciones americanas unas de otras: todavía se conservaban en algunas constituciones un artículo según el cual eran ciudadanos de cada país los nacidos en cualquiera otra región de América.

Pero entonces, se perfiló un nuevo concepto que, por desgracia identificaba conservadorismo con nacionalismo. Para los hombres de Gamarra, Perú y tradición fueron una sola cosa. Así nació la Constitución conservadora de Huancayo, 1839, en cuya confección aparecieron la mano aristocrática y oligárquica de don Felipe Pardo, el autocratismo de Gamarra, el autoritarismo de Vivanco, el eco de Pando. Frente a ellos, siempre aislado e irreductible, el puro e implacable Vigil.

Fué entonces cuando Manuel Ascensio Segura dió principio a su carrera literaria con la comedia «*El Sargento Canuto*» y con un conato de novela «*Gonzalo Pizarro*»: aquélla en el teatro, ésta en el periódico: en ambos casos aparece patente su volcamiento hacia el público, en reacción contra las aristarquía y capillas literarias. Justamente, así, se perfila su diferencia con el grupo que, proveniente de la Colonia, prolongó la tradición conservadora y de *élite* de ésta en la Universidad de nuestros últimos años republicanos. Se vincula, pues, íntimamente esta

circunscrita evolución del pensamiento y la expresión en el Perú con el teatro y el diario: el Teatro Principal de Lima, se inauguró en la noche del 12 de septiembre de 1839 y «*El Comercio*» de Lima, fué fundado por el chileno M. Amunátegui y por Alejandro Villota, el 4 de mayo del mismo año.

El teatro había vivido hasta ahí oscuramente. Ya hemos visto (Cáp. VI, t. II, «Literatura Peruana») cómo, durante la Colonia, realmente no hubo teatro hasta que Amat dió impulsos a la comedia y ello en buena parte por su tardía pasión hacia la comiquilla criolla apodada *la Perricholi*. Antes, se habían realizado algunas representaciones. Mugaburu habla de un drama *Santa Rosa* en el siglo XVII, pero, generalmente, hubo teatro sólo en ciertas festividades y entonces la farsa tenía por escenario un carro en cuya plataforma se presentaba la «Loa» circunstancial, dedicada a ensalzar al Virrey que entraba aquel día, al Santo a quien se festejaba, al Arzobispo cuya exaltación conmovía a la grey o al Príncipe recién nacido o al recién exaltado Monarca, para quien eran todas las alabanzas de los cómicos trocados, pasajeramente, en encarnaciones de «la Fama», «la Gloria», «la Bondad», «el Arte». No había, pues, teatro en un sentido estricto. Amat fué su creador. Se abrieron nuevos locales. Mezclando recitación y música, atraían al público que se interesaba ya vivamente por tales farsas. Pero no había autores teatrales. Y apenas se fué Amat, decayó el arte dramático, limitándose a representar piezas del teatro español, y aun algunas de éstas fueron prohibidas por la Inquisición, como en el caso de «*El Sí de las Niñas*», de Moratín. Luego, los escritores se interesan exclusivamente en problemas nacionales, investigaciones geográficas, estudios económicos, ensayos de climatología, etc. El Teatro no se abría ya, puesto que el café, la plaza y el sarao, servían de albergue a chismes, noticias, comidillas, cantos, bailes, conspiraciones: toda la gama de fines del siglo XVIII. Con la Independencia, tampoco desarrolló el arte dramático, excepto

ciertas pequeñas farsas laudatorias, dedicadas a los próceres, y algunas obras de autores españoles, como Ramón de la Cruz, los Moratín y más tarde, el Duque de Rivas. Los años aquellos se desenvuelven con un áspero compás guerrero. El teatro se hallaba en el campo de batalla. Por eso, solo mucho después surgieron Segura y los románticos. Segura observador, paciente, cachazudo y tierno; los románticos, imitadores, buscadores de aplausos. «*El Sargento Canuto*» encierra una sátira aguda a los militares. *El Sargento Canuto* representa—¿lo he dicho ya?— al soldado rápidamente ascendido, merced a acciones «guerreras», rebeliones y chara muscas; luego ¡quién sabe!, coronel, y, después—¿por qué no?— Presidente de la República. Segura, sin amargura, irónico y sin hiel, refiere los cuadros de su tiempo: época: cuadros de una época, tornada feble después de haber sido de bronce; por eso, pone en boca del Sargento Canuto, estos versos:

¡Vaya! ¡vaya! un militar
que ha llegado ya a Sargento,
no se debe acobardar
porque un paisano mugriento
se la quiere barajar.
Un militar tan sin tacha
no recula ¡voto a brío!
Si ese amorcillo me empacha,
yo llamaré en desafío
al amante y la muchacha;
y de mi acero el rigor
ha de despacharlos ¡cuernos!
a los profundos infiernos
a que allí sigan su amor

.....

Si alcanzo con más pericia
a atrapar a mi Sempronio
los talegos, la milicia
bien puedo darla al demonio
que es para mí una pigricia.

(Segura, «Artículos y comedias»,
p. 107).

Pero, ya al iniciar Segura su carrera teatral, trataba de imitar el romanticismo incipiente de entonces. Así como Larra escribió al par que artículos de costumbres, la novela histórico-romántica «*El Doncel de don Enrique el Doliente*», así, Segura quiso también tener una obra análoga—«Gonzalo Pizarro»—y la publicó en «El Comercio».

EL PERIODISMO: «EL COMERCIO»

«El Comercio» representó entonces una innovación en el arte periodístico del Perú. Antes de éste, habíanse sucedido muchas hojas efímeras. Raúl Porras, que ha trazado un bosquejo sintético del periodismo peruano, enumera y comenta:

«En 1839 «*El Comercio*» era un diario de avisos, de muy pocas noticias, tan falto de secciones informativas como «*El Mercurio*» o «*El Telégrafo*», cuyo tipo periodístico copiaba. Su poco sentido periodístico era tal que por la falta de secciones apropiadas, hubo vez que se ocupó de los toros en el folletín y de la crítica de las obras teatrales en el editorial. Su fortuna original estuvo en los comunicados. Sección repulsiva y amenazante, palestra del insulto y del anónimo, liza a veces de agudos contrincantes, los comunicados fueron la crónica que faltaba al periódico, crónica escandalosa y desvergonzada que exhibía como un calidoscopio inmoral, impudores y bajezas que debieron quedar ocultos. Pero los comunicados no fueron la razón

de su persistencia; otros diarios podían haberle arrebatado el monopolio deslustrado. Editado por un extranjero, «El Comercio», ya fuera por la nacionalidad de aquél, ya por un reflexivo principio de independencia, se mantuvo al margen de nuestra siempre accidentada controversia política. Su lema de los primeros años era *Orden, Libertad y Saber*. Sus editoriales rara vez rozaban la candente actualidad política, que desmenuzaban los comunicados. Desde 1840 en cambio, su voz se levanta con prestigio para defender la dignidad nacional herida por la impertinencia humillante de los cónsules de las grandes potencias, constituyéndose en nuestro vocero internacional ante el periodismo americano. En esta imparcialidad de «El Comercio», en su primera época, y en su preocupación de asuntos de más efectivo provecho que la política de partido para el país, estuvo la razón de su éxito.»

(R. Porras, «El Periodismo en el Perú», Lima, 1921, en «Mundial» 28 de julio).

Ahí, en «El Comercio», escribió Segura mucho. No era el diario, entonces un orientador, sino un espejo. Mientras las demás publicaciones reflejaban la ideología de sus redactores, «El Comercio» representaba sólo las pasiones de sus lectores. Literariamente, sirvió de vehículo a muchas polémicas. En la sección «Comunicados»—previo pago o no—exponía sus ideas y ventilaba sus predilecciones y rencores: el diario no editorializaba. Se limitaba a *informar* y dejar que los demás opinasen. Este género de periodismo, sin la pasión sectaria de los anteriores órganos de prensa, constituyó una novedad en el ambiente; novedad poco apreciable desde el punto de vista literario, pero mucho desde el escuetamente periodístico e informativo. Aquella semi-imparcialidad contribuyó a dar confianza a los lectores. Desde 1839, en «El Comercio» aparecen estudios y polémicas literarias interesantes como «Gonzalo Pizarro» de Segura; «Defensa de los carolinos de la doctrina de «La soberanía de

la inteligencia» (1846), las cartas de «El Hombre del pueblo» (1853), de Domingo Elías, las de Bilbao, Lorente—«a quienes ataca duramente la inteligencia conservadora»,—Gregorio Paz Soldán y otros.

De toda suerte, «El Comercio» significó entonces un acercamiento con el público. Y Segura se puso a cooperar en semejante empresa. Bajo la firma de «*El Corresponsal*» escribió muchos artículos sobre la vida provinciana, especialmente de la provincia de Pampas.

LIBERALES Y CONSERVADORES

Mas no era «El Comercio» el único periódico. En 1840 apareció «*El Espejo de mi tierra*», de don Felipe Pardo, y Vigil proseguía su obra liberal en «*El Correo*» en compañía de Mariátegui, Benito Laso y otros. *El Espejo de mi tierra* representó el pensamiento conservador frente a la política y a la costumbre: el *Niño Goyito*—crema del limeño engreído—asoma entonces su inconfundible silueta. En cambio, Vigil y Mariátegui atacan la nueva autocracia, propagan ideas liberales, se esfuerza por defender la autoridad del pueblo contra los déspotas, y al clero peruano contra las pretensiones de la Curia Romana, lo que culminaría ocho años después con la célebre obra de Vigil sobre la *Defensa de los Gobiernos* (1848).

«*El Espejo de mi tierra*», Lima, 1840.

«*El Correo*», Lima, 1840.

Viejos actores de viejas luchas definen su actitud. El teatral Vidaurre, combatido por Vigil en 1827, publica entonces su «*Vidaurre contra Vidaurre*».

«*Vidaurre / contra Vidaurre /*. Volumen 1.º / curso de derecho eclesiástico / dedicado / al señor doctor don José Manuel Pasquel, canónigo / y vi-

cario general de esta santa iglesia metropolitana de Lima /. Por L. M. Vidaurre / etc. / Lima / Imprenta del Comercio, por J. Monterola —* 1839».

Y ¡qué es lo que nos revela el desmelenado y declamatorio autor de «*Cartas Americanas*» y el «*Plan del Perú*»! Aparte de la confirmación de su inestabilidad y de su afán de exhibición que él confiesa, nos demuestra la ausencia de rumbo firme en la ideología de muchos hombres de entonces: los Vigil, los Sánchez Carrión, los Rodríguez de Mendoza, las Flora Tristán, los Pardo, los Melgar. En cambio, ¡cuántos Pandos, Larrivas, Olmedos y, el más representativo de la versatilidad, Vidaurre! Romanticismo enfermizo, vanidad hiperestésica, confesionalismo insistente como el de las «*Cartas Americanas*» (1823), tristeza—fingida o cierta—siempre vocinglera: «*Vidaurre contra Vidaurre*» es un mosaico de frases sonoras: «Embriagado en el tormento; queriendo aniquilarlo a fuerza de sentirlo» (p. 7) dice y agrega; «Me determino a abandonar el centro de Lima, y retirarme a una quinta. Jaula de cristal con vistas diversas al campo y los montes, descubriendo por un engaño óptico, como muy a lo lejos, las elevadas torres de la capital. Mil quinientos volúmenes todos selectos, y que contenían lo más exquisito de la literatura hasta el año treinta» (p. 9), etcétera... Vidaurre, en su insensata vanidad, al retractarse de su liberalismo de otrora, atribuye a las almas de Juliano, de Spinoza—«el mal judío»—y de Voltaire el que le «obligaron a escribir lo que ellos con sacrílega audacia dictaban. No, no es obra mía—no la reconozco, la niego. Me retracto de cuanto en ella se halla escrito contra el antiguo y nuevo testamento» (p. 19). Todo este fervor sospechoso podría ser enjuiciado, tal como el propio Vidaurre comentaba su liberalismo antañero, con sus propias palabras: «Eco de protestantes y libertinos, no por racional convencimiento, sino por frívolo y pasajero placer de que se me tuviera por un filósofo a la moda, adornado de buen sentido» (p. 42). Un hombre que escribe «Queden tranquilos Bos-

suet y Fenelón: las doctrinas de ellos no varían un punto de las mías» (171), y al final entrega su libro al dictamen de Jesús diciendo «Cristo va a dictar la sentencia» (p.195), no pasa de ser un ser pintoresco y baladrón. Sin embargo, se advierten en él huellas de involuntaria evolución hacia una nueva herejía, hacia el antiromanismo, cuando escribe: «en el concilio, y no en el Papa sólo, está la infalibilidad y la soberanía. En una República si la soberanía está en la nación, no está en el jefe por sí solo. *Lo que este jefe haga contra la voluntad de la Nación es un crimen*» (p. 71). Se acerca así el pensamiento de Vidaurre al de Vigil y los liberales peruanos: *antiabsolutistas, antiautocratistas, antipapistas.*

En la época del auge de la Mariscalía, del máximo desarrollo de la autocracia, mientras, al par, fermenta la inquietud liberal. Los años de revueltas y motines que se inician en el Perú en 1829, no permitieron aquilatar el sentido de los movimientos europeos de 1830. Pero, con todo, indirectamente—«eco de ecos, reflejo de reflejos», como diría de nuestra literatura, Riva Agüero—se insinúa la renovación que aquella reforma trajo consigo. En 1840 se plantean las premisas del futuro conflicto ideológico. De un lado, el conservadorismo se robustece con el joven clérigo Bartolomé Herrera; del otro, el liberalismo recibe refuerzos y orienta conciencias juveniles. Frente al San Carlos conservador se yergue el liberal Colegio de Guadalupe.

(Valdelomar, «La Mariscalía». Lima, 1915. Herrera, o. c. t. I y II; Vida J. G. Leguía, «El Perú en 1842». revista «Estudios», Panamá).

En efecto don Domingo Elías, rico hacendado de Ica, y político de emergencia, en unión del español don Nicolás Rodrigo, resolvieron establecer en Lima un Colegio que remozara las directivas educacionales. Confiando su dirección al marino don Ramón Azcárate, abrió sus puertas el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, el 7 de febrero de 1841. Este año fué decisivo

y funesto para los conservadores. Impulsado por sus rencores y ambiciones, Gamarra se lanzó a una absurda aventura guerrera contra Bolivia, y en el primer encuentro, en Ingavi, cayó muerto. Se produjo instantáneamente el desconcierto. Perú pagaba los errores de su Presidente: los pagaría a muy subido precio. En primer término, la herencia de Gamarra promovió motines sin cuento. Menéndez, Torrico y Vidal se alzan en armas en los años del 41 al 43; ¡Pintoresco cuadro!: ¡presidencias efímeras, entrada de bandoleros al Palacio de Gobierno; un Presidente arroja la banda presidencial por el balcón al pueblo enardecido; dos pretendientes, después de una batalla, huyen el uno del otro, creyéndose mutuamente derrotados; coroneles que son presidentes de un día, prefectos que resultan presidentes: Tristán, Lavalle, Figuerola, el negro León!.. Desde su retiro, Segura anotaba todo lo que veía: colaboraba en «La Bolsa» y hacía representar «La Moza Mala» y «La Saya y Manto». Cuchichean por los Portales tapadas pintorescas. Se puebla de pregones pícaros el ambiente. En los teatros actúan actrices importadas, Pardo, ya inmovilizado por la enfermedad, escribía versos agudos. Cierta desencanto entibiaba los antiguos ardores. La demagogia y el cuartelazo asqueaban al pulquísimo defensor de la autocracia. En lugar de liberales sedicentes,—Mora o Pando—vendrá entonces un liberal auténtico, en la persona del joven profesor español don Sebastián Lorente. Los directores de Guadalupe le invitarían, y él, sediento de enseñar y de conocer, abandona su posición de España y se embarca, rumbo al Perú, en 1842. La reina, que le apreciaba, le dijo significativas palabras al partir.

Los liberales peruanos necesitaban refuerzos. Vigil carecía de seducción en el lenguaje para contrarrestar a aquellos conservadores puristas, duchos en el léxico. Además había nacido una nueva potencia conservadora en la persona de don Bartolomé Herrera, cuya fama se inicia con el discurso pronunciado el día que se celebraron las honras fúnebres a Gamarra.

DON BARTOLOMÉ HERRERA

Herrera (1808-1864) tenía entonces —1842— treinta y cuatro años. Había estudiado en el Convictorio Carolino reaccionario de Pedemonte en 1821, y se graduó en Derecho y Teología en 1828. Ese mismo año se ordenó de subdiácono y, al siguiente, de diácono. En 1831 era vice-rector del Colegio de Minería en Huánuco; el 32, en que Vigil pronunciaba su discurso contra Gamarra, Herrera se ordenaba sacerdote y recibió el vice-rectorado de San Carlos. Cura de Cajacay, regresó a Lima para actuar en la imposición del palio de su Ilustrísimo don Jorge de Benavente, en 1834. Herrera se reveló entonces como magnífico orador y pensador independiente: disentía en esos días del sentido ecuménico y romano. «Si en esto no se ve—decía Herrera—un reconocimiento solemne de nuestra libertad para elegir pastores, con el que ha querido solemnizar el cielo el día de la consagración de S. I. no podrá dejar de confesarse, al menos, el influjo de Dios».

(B. Herrera, «Escritos y Discursos», I, Lima, 1929, p. 9).

« En años menos felices — añade —, del otro lado del Atlántico venían los obispos a las Iglesias Americanas: sus nombres sonaban por la primera vez. en nuestros oídos, con la noticia de su presentación» (p. 11). Ahí también llama Herrera a la de Roma, «su respetable hermana la Iglesia de San Pedro» (p. 4) calificativo herético en que coincidía con Vigil. Luego Herrera fué nombrado director de «*El Peruano*» y, más tarde, Director de la Biblioteca Nacional, en reemplazo de Vigil, que cesó en ese cargo por breve tiempo para recuperarlo después, apenas cayó la Confederación. Herrera, que era orbegosista, pasó a ser cura de Lurín. Pero acaeció la derrota de Ingavi, y a la muerte de Gamarra, Herrera fué encargado de pronunciar la *Oración fú-*

nebre en las exequias celebradas el 4 de enero de 1842, en la Catedral de Lima. Una vez más el fuego de la inspiración llevaba al orador más lejos de lo que él quería. Su espíritu peruanista era— como en el sermón a Monseñor Benavente, más poderoso que su espíritu católico. Un odio nada cristiano animó la oración del joven sacerdote. «¡Ah!—dijo—La nación llora... llora sus hijos sacrificados; llora su honor empañado: la dignidad y el cadáver del Presidente hollados... ¿Quién que tenga sangre peruana, pensará en enjugar el justo llanto de la Nación? ¡No! No vengo a eso, señores: vengo a llorar también; a mezclar mis inútiles lágrimas con las de la Iglesia, y con las vuestras... Lloremos, señores». (p. 14). Lleno de elocuencia se alza y prosigue: «Por ahora yo no puedo pensar en esta victoria gloriosa sin que su muerte absorba mi alma de tal modo, que no me deja libertad para ocuparme de su vida. Hablaré de su muerte, castigo nuestro, y él que ha pasado ya por el juicio de Dios y habita en la mansión de la verdad, no echará de menos esas alabanzas, muchas veces mentidas, cuyo soplo sacrílego apaga la luz, que ciertos sepulcros están destinados a esparcir más que otros sobre las vanidades humanas. Desearía más bien, el grande hombre sacrificado por la salud pública, que su muerte produzca un sólido provecho. Estas razones me alejan del peligro, que rodea siempre a la Oración fúnebre, de cambiar el ministerio sagrado por la vileza de la lisonja. La verdad que me has confiado, Señor, es la de anunciar tu verdad a los hombres...» (p. 16).

Herrera enjuicia la evolución política del Perú. Si bien se había reemplazado la autoridad del monarca con «otro poder», muy pocos la acataban. «El principio de la obediencia pereció en la lucha de la emancipación. Los corazones se hallan desde el año de veinte en un estado de habitual rebelión; y hacen a la autoridad nacional, para su propio daño, una guerra tan ardiente y tenaz ahora, como la que hicieron para su bien entonces». ¡Qué distinto este tono al de Vigil que, en 1832, afirmaba: «la respetabilidad no puede nacer de la infracción de las leyes». Desde

1842, sería obsesión de Herrera, robustecer el principio de autoridad; y de Vigil, impedir que, al amparo de ese principio, se entronizase el despotismo. Herrera dirá (p. 18): «Está bien que averigüemos la razón de lo que se nos manda; que manifestemos lo que nos parece bueno o malo al Cuerpo Legislativo o al gobierno». Vigil había dicho: «Los peruanos no son vasallos de un rey, cuyas órdenes se ejecutan sin réplica y cuyo disgusto hace temblar: somos ya ciudadanos de un pueblo libre, somos el primer poder...». Herrera coincide con Vigil en que el Perú ha vivido sin leyes: «A la bajada del Monte, señores, se han roto las Tablas; porque las pasiones que ciegos adorábamos no eran compatibles con ese don del cielo». El mismo Herrera coincidía, por entonces, con el culto del amor patrio—caridad más perfecta que la particular—y este culto lo lleva a imprecicar a Dios a causa de la derrota de Ingavi: «¡Esos son, Dios mío, esos son los que asesinan enfermos!: ¿triunfarán?». «¿A qué horrorizarnos, señores, con la salvaje algazara de nuestros enemigos?» (p. 28). En este clamor nacionalista alcanza Herrera alturas de innegable lirismo. Quiero copiar unos párrafos vibrantes, del más puro acento oratorio: «¡Caed, valientes! ¡Caed entre las bendiciones de nuestros compatriotas! ¡Caed, cumpliendo, obedeciendo vuestros deberes! ¡Caed asombrando al mundo! ¡Pero, caed invocando al Señor, para que vuelen vuestras almas a la altura, donde únicamente pueden hallar premio digno vuestros hechos! Caed, que mientras exista el ser que os comunica ese ardimiento sobrehumano, la patria nada teme. Mas ¡ay!... cayó también. El fuego de su corazón había vencido ya dos veces a la muerte. Dos veces se habían levantado del sepulcro para animar de nuevo a sus soldados, y ese brazo cayó deshecho; y cayó la ignominia sobre la frente del Perú. Nuestras banderas... sólo una se salvó por el brazo de un digno soldado de la patria, bastante animoso para lanzarse en medio del tropel que iba a mancharla y levantarla pura. Este soldado que hizo lo que debieran muchos reunidos, tiene ya con justicia el nombre de todo un batallón. Las demás...

todas: esas banderas, que soltaron trémulas las manos de Bolivia al instante que vió nuestro semblante airado: Esas banderas que ofrecimos al Señor en este mismo templo; y que, palpitantes de regocijos y de esperanzas, entregamos a los defensores de la Nación: ¡esas banderas!... pisadas y manchadas se arrastran a nuevo cautiverio... un sacerdote extranjero, Dios mío, debiera acabar este cuadro de horror... yo sucumbo bajo los males, bajo la deshonra que envías a mi patria, (p. 26-27).

La aparición de Herrera significó un aliento enorme para los conservadores. Herrera aportó lo que Vidaurre hubiera querido traer: ideología cristiana. Pero Vidaurre despertaba desconfianza. El mismo había dicho, en las últimas líneas de su libro de conversión: «¡Ay Dios!... ¡La defensa de la religión de Cristo por ostentación y vanidad! ¿Cómo será juzgada esta misma obra? Tiemblo, me espanto, me estremezco. Cristo va a dictar la sentencia» («Vidaurre contra Vidaurre», p. 195). En cambio Herrera significaba un pensamiento coherente y firme. De la fecha en que escribió el discurso fúnebre a Gamarra, al 48, en que se definen posiciones en el Perú, Herrera realiza una considerable obra de predicador y polemista. Pertenecen a esa etapa su labor en el Convictorio Carolino, a donde lo llevó Vidal (1843); su oración fúnebre en las exequias de Fray Francisco de Salas Arrieta, y algunas polémicas con Vigil, Mariátegui, Lazo, Tirado, etc. En dicha oración fúnebre asoma el motivo de la polémica con Vigil: al referirse a la autoridad de los obispos, Herrera dice: «Los obispos y bajo su dependencia los párrocos, son los prelados que el Señor ha puesto a la cabeza de su Iglesia para que, como depositarios de la sacra doctrina, la difundan y conserven entre los fieles que les están encomendados», (p. 53).

J. G. Leguía, art. cit. Bol. Bibliog. de la Universidad;—G. Herrera, Biog. de don Bartolomé Herrera. T. I, cit. p. XXXIII.

PUEBLO Y COLONIA

En igual período Lorente prepara en Guadalupe a los mejores espíritus liberales. Asoman los Gálvez—Pedro y José—admiradores de Vigil. Contra la anarquía surge la presidencia de Vivanco—aristarquista, literatizante y buen mozo—, a quien apoyan al par. Pardo y sus aristócratas, y Herrera y sus conservadores.

El periodismo adquiría cada vez un carácter más belicoso y procaz. El teatro servía o para representar piezas europeas o como desfogue de pasiones políticas. En tales circunstancias, los debates doctrinarios se desarrollaban incesantes, pero penosamente. El Gobierno de Vivanco fué breve. El «presidente bonito», el presidente académico, no pudo resistir el embate popular del General Ramón Castilla, ex compañero de Gamarra. Ante éste se encuentran perplejos los propios gamarristas como, por ejemplo, Pardo. Porque Castilla había salido de entre ellos, pero Vivanco encarnaba mejor sus gustos. Entre el iletrado Castilla y el literato Vivanco no cabía discusión para un escritor atildado como Pardo. cuyas predilecciones nobiliarias se acentuaban más y más. Pardo se revelaba plenamente aristocrático y engreído. Le ganaba, empero, cierto incipiente romanticismo. Se hablaba de *Child Harold* y de *Manfredo*, de *Félix de Montemar* y del Moro *Aben-Humaya*, de trasgos, de endriagos... En el fondo de cada ser fermentaba un leve byronismo. Sentían, esos criollos *entablones* y cómodos, que su destino se tornaba trágico. Sólo ellos lo veían así, mas no importaba. Don Felipe Pardo había escrito ya, (1843) «La Lámpara», en donde decía en son de flébil queja:

En mi modesta llama, quizá, ejemplo
De consecuencia encontrarás sencillo;
Mas no de gloria y de grandeza el brillo
Pretendas ver que buscas con afán.

Lámpara solitaria, ardí en el templo,
 Y aunque con luz escasa ardí constante;
 Y por siete años que bramé incesante,
 No me apagó una vez el huracán.

.....
 Otras las luces son que el puerto aclaran,
 Ya su esplendor en el bajel reparan
 Mil expertos artífices
 La vasta destrucción.

La lámpara ya a tanto no aprovecha
 Mas está de su suerte satisfecha:
 Que en la rada bellísima
 Ya ancló la embarcación.

(Pardo, o. c. p. 24-26).

Quedan así planteadas posiciones netas. La queja de «La Lámpara» tiene un simbolismo indudable. Sí, literariamente puede ser tomada como una especie de oficialización del romanticismo—preexistente en Melgar, Vidaurre y Bolívar—, ideológicamente señala una debilidad del conservadorismo colonialista ante el avance popular que Castilla encarnaba. Castilla derrotó a Vivanco en Carmen Alto. Al siguiente año, al conmemorarse el 28 de julio, de 1846, se encargó el sermón oficial a don Bartolomé Herrera. Y Herrera, aprovechando de la ocasión, delineó su pensamiento político. De ahí surgió la polémica con Lazo, que sirve para comprobar la incapacidad del público lector del Perú de entonces, habituado a la procacidad del comunicado periodístico e inepto para apreciar la altura de aquel debate muerto al nacer.

SOBERANÍA POPULAR VERSUS «SOBERANÍA DE LA INTELIGENCIA»

El sermón de Herrera es una pieza literaria inferior a la Oración fúnebre del 42. El mismo confiesa su propósito al afirmar: «Porque los gobiernos han tiranizado y porque cualquier ciudadano ha podido servir de instrumento a esta tiranía, se ha convertido a los gobiernos y a los ciudadanos en esclavos de lo que llaman voluntad del pueblo; esto es, gobiernos, ciudadanos y pueblo han venido a ser esclavos de la voluntad de los demagogos», (p. 67-8). Trataba de combatir la teoría del contrato social y que «supuesto que la soberanía a voluntad pública es un derecho, su origen está en la naturaleza, o hablando en más exactitud en Dios». Así enumera la teoría de la *soberanía de la inteligencia* (p. 115, 117, 131).

Herrera adopta un estilo elevado y severo: «Maestro—invoca—salvadme de corromper nuestra palabra; salvadme de traicionaros y de traicionar a mi patria, halagando las pasiones tumultuosas de las muchedumbres, a quien me habéis impuesto el deber de aumentar y conducir por el camino de la salud» (72). Por medio del providencialismo bossuetiano explica en seguida el descubrimiento y conquista del Perú, «el valor y el catolicismo de España» lo obtienen todo y, por eso, «el Perú, libre de la autoridad española, permanece siervo del Señor y sólo en esta servidumbre puede hallar la verdadera libertad» (79). «Los hombres son libres. Sí: lo son. Son libres porque están autorizados por Dios para atravesar, luchando con sus propias pasiones y con las ajenas y venciendo unas y otras, la senda que su dedo le ha trazado. Son libres, porque ninguna voluntad, ninguna suma de voluntades tiene derecho de dominarlos. Hay, pues, esclavitud cuando nos dominan nuestras pasiones u otras penas...» Y añadía: «no puede establecerse la paz y la armonía social, sin una autoridad que obligue al ciudadano en lo íntimo de su conciencia, de la que se sienta realmente súbdito, y de quien tenga una dependencia

necesaria: y esta autoridad es sólo la de Dios, soberano del universo. En el hombre sólo se puede respetar, pues, la autoridad que emane de Dios, como emana sin duda la de los jueces, la de los legisladores, la del jefe de cada Estado» (I, 83). Ya está aquí el criterio de autoridad impositivo e irrebajable. «Obedece a las autoridades constituídas»: he aquí una fórmula de servidumbre.

Don Benito Lazo protestó por este sermón que predicaba «contra la soberanía popular», dando a ésta «unicamente el sentido de una obediencia a las autoridades, conforme a la ordenación de Dios», tesis que fué admitida por Herrera. La polémica quedó interrumpida por algún exabrupto impreso, que Lazo encontró indigno; pero, como otros escritores atacaron su doctrina. Herrera hubo de volver a la brega. Se le acusó de haber enseñado en San Carlos «que la esclavitud era derecho natural, que la soberanía no residía en la nación, y que en la capacidad estaba el derecho de mandar» (115). Herrera contestó diciendo que «la capacidad da derecho a pretender el mando por los medios que la ley y la razón aprueban» (117), y más explícitamente: «el pueblo, esto es, la suma de los individuos de poca edad y condición, *no tiene la capacidad ni el derecho de hacer las leyes*» (131). En el examen escolar de diciembre de 1846, se renovó la discusión en San Carlos. Por esos mismos días «*El Correo Peruano*» y San Carlos debatían la cuestión de «la soberanía de la inteligencia», atribuyéndose lo del primero a Lazo (Herrera, I, 157). Y, como tenía que ocurrir, el buen humor criollo añadió a la seriedad de la polémica una punta de ironía: «la soberanía y la quina» es el título de un artículo burlesco de los carolinos, en enero de 1847. Entretanto «*El Comercio*» amparaba ya a los conservadores y «*El Correo Peruano*» a los liberales; se definían así dos tendencias.

La oratoria sagrada obtuvo con aquello serios progresos. El 28 de julio de 1847, Monseñor Charún, opuesto a la doctrina constitucional de Herrera, pronunció el sermón en la Catedral para desvirtuar sus afirmaciones. *Soberanía popular, nacionalis-*

mo antes que nada: he ahí la fórmula de los liberales; *soberanía de la inteligencia*, *romanismo*: he ahí la fórmula de los herreristas. El periodismo se alimentaba de aquel choque de doctrinas: una profunda inquietud convulsionaba al Colegio de San Carlos; surgían los poetas románticos, y así amaneció el año decisivo de 1848. Como una coincidencia augural, el 6 de enero de aquel año nacía en Lima don Manuel González Prada, en quien Vigil hallaría aventajado sucesor, y con el que el liberalismo evolucionaría hacia el radicalismo, y la agitación antihispana, anticlerical y anticolonial tendría su mejor vocero y su más alta cúspide.

LOS LIBROS

DESDE LA RIBERA OSCURA. *Fernando Vela*: «EL FUTURO IMPERFECTO».

«He tomado, para agrupar estos ensayos heterogéneos, el título de «El futuro imperfecto», con que en enero de 1912 acometí en el diario *Luz*, de Madrid, una sección de notas dispares que publico en último lugar de este libro. Alude a los signos de cosas venideras, a los esbozos embrionarios de tiempos próximos, que ya se perfilan en el presente». Así nos dice Fernando Vela en una nota preliminar. Aunque—como conviene a un buen título—nos da más de lo que promete su nuncio, es certero, sin embargo, el rumbo que su indicación nortea. Su trío de palabras se unce bien—troika—al carro ligero de estos ensayos peregrinos. Pues al cabo se trata de un raro libro de gérmenes y genios, de cifras y señales: gnómico y gnomónico a la par. Aquí oficia un vidente.

¿Cómo un hombre que elabora a brazo su vida puede permitirse lujos de soledad y reservarse un cenobio recatado, la saetera misteriosa de una torre oculta, y entre la agitación de una actividad insuperada encontrarles también una escondida margen de fértil noche al bajo amanecer y a la mañana desatada sobre el mediodía y a la tarde que atardece sobre el ocaso lento de estas latitudes? Sólo podemos responder que nos hallamos ante uno de tantos enigmas del espíritu. Se nos ocurre pensar, a veces, si será Fernando Vela siempre el que tenemos delante. ¿No se nos escapará en zambullidas instantáneas, su-

plantándose a sí mismo en la ausencia, como un folletinesco doctor Mabuse? Quisiéramos espiar sus evasiones, sorprenderle en flagrante, robarle su trick maravilloso. Pero acaso es víctima él mismo: ¡esa angustia de su expresión que se inmoviliza! Angustiado, hechizado, emboscado en su pudor, no entregará fácilmente su secreto a una habilidad. Sin embargo, su libro último nos ofrece una clave de iniciación, riesgo y emociones de descubrimiento. Con tino hemos de avanzar por sus crujías, sin fiarnos de engañosas tersuras.

Se recluye en la sombra. Sólo deja llegar hasta su cepo armado frías luces de reflexión para arrancarles una cifra embozada (su historia undívaga) y en parte o en todo descifradas, inermes, maniobrar en su foco y darnos un signo de vida en tenuidad hecha aliento, instrumento acaso, como en el cuadrante lunar el duro estilo inmóvil, hecho soplo elocuente, se proyecta y deriva. Pero en su saetera misteriosa anida el rayo también y de ella parten, en su hora, ávidos y deslumbrantes, mudos rebatos de luz, armas blancas que él vela como un templario. Si la profecía es por naturaleza tonante y contundente, la videncia es penetrante y tácita. Por eso al hacerse intensa en su momento la palabra de este operador recóndito—al que aun ocultan más sus soles de artificio—no cobra grandes acentos la expresión: deflagra, silente casi, en claridades, en aéreo abanico se abre la ráfaga de su elucidación lanzada en sondeo enorme a todas las profundidades de la vida, domado el fulgor y dócil—neblí orteguiano—a la mano cetrera. Si se recluye en la sombra este moderno vidente, es por oficio de claridad. ¿Cómo de otra manera podría su visión cobrar tal nitidez? El nos ha hablado (1) de cómo «a veces, en los puertos, a las altas horas de la noche se ve un haz de luz errante por el cielo. Un oficial de guardia sobre la cubierta de un acorazado se entretiene haciendo girar un proyector; ilumina una torre, la ese de un camino lejano, una aldea

(1) «El Arte al Cubo», p. 45-46.

en un pliegue de la montaña; después, cansado ya de las realidades terrestres, dispara la claridad hacia las estrellas». Así puntea él mismo su exposición «desde la ribera obscura». Procede por destellos.

* * *

Para un escritor como Fernando Vela, tan inesperado y aparte—puede decirse que, así y en tal momento, único—falta la referencia y sobra la confusión entre nosotros. ¡Pero no hay confusión posible a una visión perspicaz! ¡Cómo va a confundirnos la falsificación que pulula y su contrahecho tosco, si cabalmente es lo que aquí nos procura el fondo violento del contraste? Pero es indudable, eso sí, que carecemos de la referencia conveniente para una justa y fina valoración. «No hay enemigo» y esto es terrible. Porque únicamente queda el desolado recurso de la espera desesperada para ver cómo la propia obra prende en los espíritus. Y no habrá simulación que disfrace bien este anhelo tan humanamente entrañable. «A fuerza de tiempo» ha de decirse, como siempre, pero aquí más que nunca y nada más que así (¡nada más que así!). Entretanto se ha de ser el último por ser solo, por ser paradójicamente el primero donde no hay segundo. Falta, en estos raros casos, el entrenamiento de la competencia viva y falta la emulación de la rivalidad auténtica. Así, suele acabarse luchando, como sea, por «otra cosa», que ni siquiera interesa, que acaso repugna. O que, tocando escasamente lo íntimo inalienable, cae ya dentro de lo protestativo de la propia capacidad. Entonces se llega incluso a adquirir fama «por lo que no se es», situación la más estérilmente peligrosa en que puede encontrarse un hombre de espíritu. Lo secundario asume el papel principal en la vida (siempre ocurre esto «un poco») y será difícil evitar que se perpetren sangrías destructoras en el cauce vital de las energías espirituales. (Eso si no sobreviene la paralización de la neurosis). En este robo con fractura,

lo secundario es el ladrón. La humana actividad tendrá entonces algo de la rotación en el vacío de los motores desembragados y cabe decir, sin hipérbole, que la salida de este círculo es ya cosa de taumaturgia, trance y hazaña de heroísmo. Todos sabemos que luchar contra esa oquedad, imagen de la nada misma, es algo infinitamente más terrible que luchar contra obstáculos naturales y sobrenaturales, contra dioses y hombres y alimañas.

* * *

Si fáustico por un lado, es muy español por otro Fernando Vela, para encerrarse en hermética sabiduría y ciencia solitaria. Nadie menos libresco. Es hombre de tabaco fuerte y—como Sócrates—«trata de aduaneros y gente de mar». A veces más de lo que quisiera, hay que decirlo. En todo caso es de singular elocuencia aquí el hecho de que puesto Vela en trance de contestar a la disparatada pregunta «¿que tres libros llevaría usted a la isla desierta?», fuese su respuesta la más breve, la más natural y la más simple: «ninguno».

Así, el ensayo «Orientaciones últimas de la filosofía»—primero del libro—es más que pura exposición científica, en realidad es uno de los más diáfanos y sucintos itinerarios del moderno pensamiento filosófico que se haya escrito en una lengua europea, y es, al mismo tiempo, un relato dramático de tremenda intensidad. «Pues señor, hacia mediados del siglo XIX reinaba en la filosofía como rey todopoderoso...» (p. 79), no es mera casualidad que el discurso adopte estos modos de narración, de cuento, y que tome incluso posturas apológicas y en sus fantásticas jornadas haga altos de cesura para posar en el humilladero de la sentencia, pues se trata en el fondo de una gran aventura única con su caudal palpitante de enseñanzas, pero tan ricas de vital aliento, que, en momentos, diríanse tibias de gestación. Por manera que se podría intentar un florilegio gnómico, breve y leve, lo más remoto al sentido de esa espantosa

marchitez escolar, tan inerte y desvaída, que ni daño hace siquiera y ni con sangre ha entrado en el espíritu nunca. Pero es el espíritu mismo en flor lo que, con viva paradoja de eternidad recién nacida, se nos ofrece en este relato maravilloso, y por eso, aunque sea una mutilación, es literalmente posible el florilegio. Menos que un intento ha de verse en estas citas al azar cobradas: «El filósofo es el terrorista intelectual que se destroza a sí mismo, cuyas ideas se destrozan a sí mismas». (p. 30-31). «El hecho de que algo pase y se quede atrasado es una refutación mucho más profunda de la que podemos hacer con razonamiento y silogismos. Es una refutación vital. Más aun: una refutación cósmica», (p. 33). «La vivencia se posee a sí misma total y absolutamente. El ojo que no se da cuenta de que ve, sino simplemente ve. Ni siquiera puede decirse que lo vivido es dado». (p. 42). «...la fenomenología se considera como el verdadero positivismo, el positivismo de los positivismos». (p. 49). «Sujeto y objeto no son más que dos abstracciones practicadas en una realidad, en la realidad primaria de la conciencia». (p. 63). «...los valores son de distinto rango y estos rangos forman una jerarquía objetiva, independiente de nuestro capricho». (p. 68). etc. Pero es el bordoneo del relato, sobre todo, lo que en este peregrinaje nos da el paso y la pasión. Aparece jalonada la vía y signada a trechos por una rotulación sugestiva que se queda corta deliberadamente, porque es un aviso, una alerta más bien: «¡Guarda!», «¡Achtung!». En la página 46 el rótulo dice así: «Salida al aire libre». Y a continuación se nos recuerda, se nos hace ver, retrospectivamente, en un tácito «considera, alma», que «hemos tramontado una gran cordillera filosófica. Subíamos, subíamos fatigosamente, el aire se enrarecería, nos faltaba. No es una imagen caprichosa: nos faltaba de veras». «...Ahora (el pensamiento) va a apresar objetos, verdaderos objetos, seres, verdaderos seres», se nos avisa poco después. Al doblar la página 74 el camino se nos encorva para iniciar su entrada en el gran miradero que se

anuncia con estas palabras: «Yo soy yo y mi mundo, decía José Ortega y Gasset, en su primer libro, allá hacia 1914. Y éste es el nuevo pensamiento fundamental, cuyas figuras máximas—si bien discrepantes en puntos muy esenciales son en Europa, Martín Heidegger y nuestro gran pensador, que, con razón, reclama para sí la prioridad cronológica de las ideas básicas de la nueva filosofía». A partir de este momento hostiga el narrador los tiempos de su historia. La cota 78 nos devuelve hecho eco en el tornavoz de su vertiente la palabra fulgurante y clara—lumbre y luz—de gran zahorí de Castilla: «la razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital». La doctrina orteguiana es donante, pero imperiosa. Su voz es de dádiva y de mando a la vez y vence convenciendo y al persuadir, acaso dicta. El cronista de mañana repetirá la historia: «Pues señor, hacia principios del siglo XX reinaba en la filosofía como rey todopoderoso...» El cronista de hoy nos entra con la historia en sus dominios y le oímos ya. Una dramática emoción de desenlace nos tiene el ánimo. «... paradoja de la vida es que mi vida de ahora es mi futuro. Vida es futurición». (p. 79). «Es el carácter finito, defectuoso, menesteroso de nuestra vida lo que nos obliga a buscar el ser de las cosas». (p. 82). «El ser de las cosas nace en la existencia humana. El ser de las cosas es algo que les brota a las cosas ante un sujeto existente». (p. 83). «Descartes decía: pienso, luego existo; existo puesto que pienso. Hoy decimos al contrario: pienso porque existo con este género de existencia breve, menesterosa, mísera, defectuosa». (p. 84). «... nuestras verdades tienen que ser algo que no son hoy, tienen que ser necesidades, creencias. Nuestra vida tiene que ser destino. Nuestras ocupaciones, vocaciones»... Se acelera el relato con un intenso vivir, como si fuera el paso de la vida misma lo que nos acompañase y como si el narrador de ágora, abandonándose y olvidándose en trance de vital embriaguez, cerrase la mano atezada igual que una víscera que se

contrae sobre el parche bayo y golpease ya a puño, a jadeantes pulsadas, a latidos contra un pecho.

* * *

Habría que escribir un libro sobre este libro y mi propósito modesto es aquí dar aviso a mis compatriotas de la aparición de esta rara obra de Fernando Vela, el formidable escritor que hasta por su abolengo familiar nos debe ser familiar a los chilenos. Lo pide nuestro egoísmo nacional y nuestro instinto cultural lo exige. Pero quedará procermente servida también nuestra apetencia de altos deleites espirituales, que en el capítulo titulado «Charlot», por ejemplo, encontrará tal vez la más fina prosa que se haya escrito en castellano moderno.

Deliberadamente omitimos el referirnos a todos los aspectos de esta obra breve y múltiple, dejando virgen al lector la fruición incomparable de la sorpresa. Y la satisfacción única de conocer por sí mismo a un escritor sin segundo.—RAMÓN DE LA SERNA.



LOS GRANDES MAESTROS DE LA LITERATURA UNIVERSAL, por el profesor *Isaac J. Barrera*.

El señor Isaac J. Barrera es profesor de la Universidad Central del Ecuador y los trabajos que componen el presente volumen forman parte de las clases que dictara en la Facultad de Filosofía y Letras del referido establecimiento educacional en la cátedra de Historia de la Literatura Universal. Además, el señor Isaac J. Barrera es un escritor de abundante y variada labor, contando en su haber con obras numerosas, siendo las más consagradas a estudios históricos relacionados con la literatura; una de ellas analiza la influencia de la literatura francesa en la ecuatoriana a través de la poesía de Alberto Samain. Ha culti-

vado también la novela y el drama, pero en ensayos ocasionales, sin persistir en la explotación de estos géneros literarios.

«Los grandes maestros de la literatura universal», (1) como su nombre lo indica, está dedicado a estudiar personalidades que ya poseen una ubicación indiscutible en el dominio de la historia literaria de la humanidad, conteniendo el volumen de trabajos sobre escritores de la antigua Grecia (Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristofanes); de la antigua Roma (Virgilio, Horacio, Ovidio, Cicerón), y de otros más modernos: Dante, Petrarca, Rabelais, Montaigne, Moliere, Voltaire y Shakespeare. Seguramente por esto mismo no demuestra este libro gran originalidad, ni pequeña, ya que desde Homero hasta el autor del «Hamlet», las obras de tales escritores han sido infinitas veces estudiadas, lo que hace difícil una interpretación un tanto personal e inédita, por lo menos en lo que al conjunto de sus obras se refiere, pues suponemos no sería imposible encontrar algunos puntos de partida para sugerir y alcanzar interpretaciones des-acostumbradas, con valencia histórica o literaria. Pero el señor Isaac J. Barrera se ha contentado con exponer los juicios más importantes y frecuentes de los biógrafos y críticos de los escritores citados, sin agregar de su parte ningún elemento individual que contribuya a darle a sus ensayos alguna vitalidad diferenciada, alguna presencia característica, no teniendo acaso en esencia este volumen otro valor que su índole divulgativa. No desconocemos si, que ha logrado conferirle verdadero orden y medida, aunque esta última en su aspecto global solamente, porque en los detalles a veces desciende a tonos que desequilibran su conjunto sosegado; pero es también cotidiana su transparencia expositiva. No obstante, su utilidad puede ser cierta por sus condiciones divulgadoras, sirviendo tal vez, además, como introducción para estudios más amplios y concienzudos. En

(1) Imprenta de la Universidad Central. Quito. Ecuador.

todo caso, es una especie de invitación a los alumnos interesados en el conocimiento integral de los célebres autores.

Debemos destacar en «Los grandes maestros de la literatura universal» la preocupación del señor Barrera por presentar con fidelidad, aunque esquemáticamente, el ambiente histórico en que desarrollaron sus actividades los escritores analizados, sintetizando los hechos contemporáneos más significativos para situar a los personajes en su atmósfera social. No los desprende de la realidad circundante para tratarlos como escritores únicamente, sin antes relacionarlos a las contingencias de su época, a la que estuvieron tan ligados como lo han estado y lo están siempre los escritores, sin antes precisar su perfil en el tiempo paralelo a sus vidas. Así, por ejemplo, al hablar de Shakespeare no se olvida señalar el Renacimiento y la Reforma y la época isabelina inglesa, ya que el poeta pertenece a ese período histórico. Este fondo le da a los ensayos, aunque tampoco aparecen en él interpretaciones originales, ya que el señor Isaac J. Barrera sigue las corrientes o se limita a consignar hechos, relacionándolos, no pequeña atracción, pues hace más completo el estudio de los escritores tratados—desde un punto de vista externo solamente—porque los vemos moverse en su clima natural.

Como era de esperarlo, al referirse a Homero y a Shakespeare, el señor Barrera no se olvida de anotar las dudas históricas de diversos investigadores, suscitadas sobre la paternidad de las obras de ambos escritores y sobre la existencia misma, en el caso de Homero, dudas que tal vez no serán resueltas nunca de manera definitiva, ya que la gran fragilidad de los hechos probatorios es evidente o, más certeramente, que al tratar de ellos existen razonamientos utilizables en sendos sentidos, siendo más bien la afirmación o negación una simple cuestión interpretativa. El señor Barrera resume la disputa cuerdamente: «Sólo como una conclusión de doctrina importa que sobreviva el nombre de Homero que, por lo demás, es suficiente que nos hayan llegado sus obras, que por la calidad de ellas constituyen

una fuente de información para el pasado y un manantial abundantísimo de investigaciones artísticas. Lo mismo que de Homero podrá decirse, más tarde de Shakespeare, cuando también los historiadores no se hayan puesto de acuerdo acerca de la persona a quien pudo corresponder tal nombre».

En general, si este volumen sobre «Los grandes maestros de la literatura universal» no podemos elogiarlo como obra representativa de un temperamento original de historiador literario, no habiendo antecedentes en su recinto para una afirmación semejante ni siquiera de lenguaje, no debemos silenciar, sin embargo, el trabajo de síntesis que ella significa y su utilidad como obra de consulta somera, ya que las particularidades más evidentes de los escritores estudiados aparecen observadas, como también los más importantes datos bibliográficos de los mismos. La presencia de la contribución anecdótica la hace también amena. Una obra, en buenas cuentas, provechosa para los neófitos.—A. T.

UNA BIOGRAFÍA DE ROBESPIERRE

Se descubre inmediatamente en el libro de Hans von Henting un propósito preconcebido de disminuir la personalidad de Maximiliano Robespierre, no obstante que pretende situarse en un plano de absoluta objetividad científica. Von Henting hurga en los documentos, en los testimonios de contemporáneos de su biografiado, escrutando en los más mínimos detalles todos los defectos físicos que pudo tener el incorruptible, como se le ha llamado con tanta justicia. Nada escapa a su prodigalidad de alemán, a su afán de investigador para descubrir una serie interrumpida de anormalidades de carácter patológico en el revolucionario francés. Por otra parte, esto, seguramente, no tendría nada de particular, si no fuera por las consecuencias que saca

von Henting de la ausencia de normalidad física en Robespierre, llegando a la conclusión terminante que éste no sobrepuso nunca los límites de la simple mediocridad, siendo inferior a todos los demás revolucionarios franceses de fines del siglo XVIII, sólo por no haber sido un individuo normal en el sentido biológico. Nos parece lo mismo, por ejemplo, que se pretendiera juzgar a Oscar Wilde como un escritor de segundo orden porque no era un hetero sexual. Si la normalidad de un individuo—siempre se entiende, de que no se trata de un idiota—puede influir en el carácter o dirección de su inteligencia, en el sentido de su moralidad en sus relaciones con los demás individuos, no creemos por qué esa anormalidad pueda ser la determinante de la calidad de su inteligencia o de la ausencia de esta calidad. Para von Henting esto es indiscutible, afirmando la insignificancia de Robespierre al lado de los otros revolucionarios que fueron sus contemporáneos. Cuando más, le concede «cierto talento de conspirador».

Para von Henting hasta el hecho de haber sido Robespierre concebido «ilegítimamente» es de una importancia extrema en su carrera política. Esta ilegitimidad es la causa primera, cronológicamente, del odio y de las bajas pasiones que demuestra Robespierre en su vida y la necesidad que tiene de «vengarse en el mundo y en los hombres felices», pues «el más amargo de los agravios le fué inferido por los propios padres antes de nacer». He ahí toda la clave de la actuación posterior de Robespierre... hombre también de una «incultura supina», homosexual, esquizofrenético, criminaloide, euconoide, rencoroso, inferior, fatuo, cobarde, maldadoso, etc., etc. capaz de odiar por cualquiera insignificancia, como, por ejemplo, a Fabre d'Englantine a quien no podía soportar sólo porque usaba lentes—entonces eran una gran novedad—lo mismo que él... pobre Robespierre. Esto todavía es poco, su militarismo era de etiología euconoide. Le temía a la guerra porque temblaba ante la lucha cara a cara. No la atacaba desde un punto de vista social sino

exclusivamente personal, por miedo al dolor físico que pudiera ocasionarle. Su antimilitarismo era únicamente para justificar su cobardía, pues mientras los miembros del Tribunal de Salvación Pública partían a la frontera, Robespierre quedábase en su gabinete. Es que para von Henting, no ser partidario del militarismo, «esa suprema actividad social», (página 72), significa poseer condiciones inferiores.

Este libro de von Henting obedece a un plan sin duda significativo, pero desvalorizado notablemente por la profunda antipatía que siente por el personaje, impidiéndole la observación serena. El autor ha querido interpretar la existencia de Robespierre haciendo un estudio psicopatológico del impulso de dominio, pero sin la objetividad ordinaria y armado de un dogmatismo científico implacable, un odio concentrado y tenaz recorre las páginas de «ROBESPIERRE», odio que pretende justificarse por una aspiración científica. Toda la existencia del abogado Arrás, aun sus acciones más inocentes, son con crudeza interpretadas por von Henting, como consecuencias de anormalidades o de enfermedades.

En toda la obra no hay un atisbo de comprensión para el revolucionario francés. ¿Que Robespierre era un misógeno? Pues era un homosexual. ¿Que era huraño? Entonces, un psicópata antisocial. ¿Que era de una dura integridad de costumbres, llegando a merecer el calificativo de incorruptible? ¡Ah, debía suplir su pobreza mental frente a las masas con la austeridad de su vida privada, única forma de aparentar una superioridad que no poseía! ¿Que era aficionado a la pulcritud? Es porque se debía a su complejo de epileptoide. ¿Que era frugal en sus comidas? Pues si es simpática esta actitud no es menos cierto que, o sufría un trastorno de la función digestiva o era resultante de la idea de superioridad. «Los santos y los revolucionarios de tono menor tienen en este punto una gran analogía», dice von Henting. Sin embargo, no sería difícil de encontrar dos o tres

grandes revolucionarios muy parecidos a Robespierre en este aspecto.

No es que nosotros pretendamos defender a Robespierre. Nos parece que su figura está en una ubicación tan señera que ni aun estos estudios científicos, o pseudo científicos, podrán destruir el papel preponderante y de primera magnitud que desempeñó Maximiliano Robespierre en un período de la historia. Pero es que se convierte el libro en un verdadero panfleto... científico, si así pudiéramos llamarlo, llegando a hacerse intolerable, pues este sabio hasta en la manera de sonarse las narices encuentra un desequilibrio mental u orgánico que le explica el por qué un individuo se las suena de una manera y no de otra. Es la rigurosidad llevada a la exageración más petulante.

Nosotros no sabemos si las anormalidades físicas o las enfermedades puedan influir en el talento de un individuo. Es algo de que los entendidos se han ocupado más de alguna vez. Según von Henting, todos los defectos biológicos y mentales de Robespierre hicieron de éste un mediocre. ¿No habrá otro que de esto mismo desprenda su grandeza? ¿Acaso Baudelaire fué gran poeta debido a la sífilis o dejó de serlo por poseerla? ¿Acaso Dostoiewsky fué un gran novelista por ser epiléptico o no lo fué a causa de ello? ¿Influyó la tuberculosis en la agudeza y penetración de la obra de Lawrence o debido a ella la obra de este artista no tiene estas cualidades? Quizás... De todas maneras no faltará quien lo diga, si es que ya no se ha dicho numerosamente.—A. T.



IMAGINERO DE LA INFANCIA, por *Lautaro García*.—Editorial Ercilla.

Este libro—válganos el símil por gastado que esté—es como un cofre de recuerdos. De recuerdos que la distancia embelleció

y a los cuales la niñez les otorgó un prestigio que linda con lo maravilloso. Sólo en esa etapa de la existencia humana es posible mirar el espectáculo del mundo a través de un prisma tan bello, porque cuando ya los años nos van cargando, la realidad tiene un carácter apremiante y persistente que aleja al hombre de la facultad de soñar. En la desesperante monotonía diaria es difícil encontrar, por no decir imposible, el tesoro de limpias emociones que agitan el corazón de un niño, como si lo tocaran los dedos sutiles de un hada para llevarlo por caminos en donde se confunde la realidad con la fantasía.

Un niño siempre está inclinado hacia lo irreal, hacia lo maravilloso, máxime cuando en él se albergan en potencia todas las facultades de un artista enamorado de la belleza, que es una amada que por más que se le rinda un culto fervoroso nunca se nos entrega totalmente. Tarea difícil es escribir sobre las sensaciones de un niño por más que al evocarlas se haga a través de uno mismo, cuando ya se vive la plena madurez espiritual. Cuesta conciliar aquel encanto ingenuo y crédulo que caracteriza la mentalidad de la infancia, con la manera de mirar la vida que hay en un hombre buscando en su intimidad de recuerdos lejanos, las más ocultas y hondas resonancias. Guiarse únicamente por lo que le sugiere el sentimiento, que seguramente se estremecerá como una hoja tocada por el viento, cuando aquello que surge en la luz evanescente del pasado, persiste en la sensibilidad como un largo y dulce latido.

¡Escribir! ¡Qué cosa tan atrayente y a la vez tan inmensamente difícil! ¡Cómo queda siempre en el corazón, una especie de angustia de no haber podido traducir fielmente aquello que sentimos germinar en el cerebro tan hermosamente! Nunca en la realidad de una concreción artística se logra transparentar totalmente... Hay siempre algo que se escapa como el agua clara entre los dedos, en las palabras que no consiguen aprehender el secreto de robarle á la belleza su gema más pura. Y no obstante estas consideraciones que pueden ser muy personales, yo creo

que Lautaro García, puede estar, sino completamente satisfecho, por lo menos muy contento de que en su libro haya logrado captar delicados matices del sentimiento, y también hermosas visiones que su alma de niño guardó en lo íntimo, como una luz recóndita, que ahora el artista vierte, transformado en licor al cual el tiempo dió calidad y aroma.

Porque en este libro el autor ha hecho, algo así como una escapada hacia el pretérito. Con pasos sigilosos, breves, temblando a cada instante de darse un brusco estrellón con la realidad, que derrumbe ante sus ojos ese clima maravilloso y huya de él como un pájaro asustado, de la febril estridencia que caracteriza la existencia actual. Es un trabajo en que entra por completo la sensibilidad del hombre, porque todo es un rumor confuso, algo así como la melodía de una canción, cuya armonía desvaída e inconsistente, no se puede precisar.

Sin embargo, Lautaro García ha conseguido alcanzar un verdadero triunfo sobre sí mismo, retrotrayéndose íntegro a sus días de niño. Es él, quien se ha escapado de la labor rutinaria y desesperante, hacia el pasado. Y al contarnos su viaje de ensueño lo hace a través del alma, con una emoción que se vierte como la luz del sol en el agua transparente. Es un poeta cuyas antenas espirituales cogen con fina percepción, toda la belleza que la naturaleza y los acontecimientos van depositando en el tiempo. Hay en su prosa una rara armonía, un equilibrio que es más bien serenidad ligeramente estremecida por el sentimiento. No es un manantial que surge a chorros desbordado y tumultuoso, sino que algo así como una instilación de matices emocionales que fueran cayendo sobre un cristal, para suscitar en él, tenues vibraciones. En algunos trozos el pensamiento ha aflorado con aciertos de expresión, sencillamente admirables:

«A media tarde el viento que venía del mar ceñía la casa con una vibrante guirnalda de frescos rumores, se entretenía en remecer el traje nupcial de los manzanos, la circundaba de ruidos vagos que parecían provenir de un arroyuelo invisible. Era un

viento joven que por momentos permanecía aquietado en los rincones de los corredores, fatigado de sus juegos mañaneros con el mar y de sus correrías por las montañas de donde traía el perfume del laurel; luego se deslizaba en puntillas, temeroso de quebrar la somnolencia de la siesta y dando un golpazo de muchacho atolondrado a la puerta que se oponía a su deseo de volar, salía de nuevo a correr sobre las colinas, dejando en el aire quieto el trompo aéreo de mil plumillas de cardo».

Trozos como este abundan en este libro, que parece estar traspasado por aquel viento joven de que habla García. En él no hay argumento de ninguna especie, ni se sigue una línea determinada en el tema. Sin embargo, tiene un singular encanto de atracción, un raro incentivo, hecho de gracia, de amenidad y simpatía. Desde él, como desde un pórtico iluminado, se divisa un camino lleno de bellos accidentes, que han de ser los triunfos que García seguramente seguirá obteniendo en sus obras futuras.—LUIS DURAND.



POLVO DE DÍAS. *Versos*, por Luisa Luisi; Editor: Máximo García. Montevideo, 1953.

Nos deja un poco desorientados este libro de Luisa Luisi. No en cuanto a la forma, de la que nada tenemos que decir, ni quizá en cuanto a potencia. Es de su esencia misma, en la que no podemos determinar, precisamente, lo esencial, lo íntimo. Algo de alambicado, de intelectual y estéticamente cosmopolita, destilan en nuestra sensibilidad los versos armoniosos de esta poetisa uruguaya. Un algo así como un perfume cósmico, que vaga, inasible, como vaga el espíritu de Jehová por sobre el haz de las cosas, a través de las páginas de este libro;

«Despertarán las ondas largo tiempo dormidas
 en el seno profundo y turbio de las aguas;
 los números dispersos concertarán sus rondas
 en músicas celestes de danzas estelares;
 los jugos de la tierra, acres en su aislamiento,
 sublimarán los pétalos de seda y de perfume...»

(*Alba de amor*, pág. 3).

Algo grande y cósmico, sin duda alguna; pero impreciso y sibilino. Parece que el espíritu universal diluyera, aquí demasiado el alma del poeta, en vez de concretar el poeta algo del alma universal. Y el poeta, entendemos, debe ser una creación de sí mismo, no una representación.

Hay en los versos de Luisa Luisi, dominio técnico en las ideas, y música y énfasis en la expresión, pero, a pesar de todo, nos resultan algo fríos, algo técnicos. Nos dejan la impresión de no haber fluído espontáneo, de haber sido escritos fuera del momento. Gravitan entre lo clásico y lo moderno; o más bien, son una lograda mezcla de lo clásico y lo moderno. Clasicismo en el concepto y en las ideas, claros; modernismo en la forma y en la expresión. Faltaría, para nuestro gusto, la médula romántica, con su fuerza de dramática simpatía. En general, los versos, o los átomos, diríamos, de este «Polvo de días», son aéreos, novedosos, impalpables para nuestro duro sentido humano. Pero a veces, son también profundos y metafísicos:

«He de rasgar tu piel, monstruo de mil colores
 y hurgaré con mis dedos en tu entraña caliente...
 He de morder con diente de tenaz insistencia
 tu corteza brillante, universal manzana;
 y sentiré en mi lengua el sabor de tu carne,
 y chorrearán mis labios tus zumos metafísicos...»

He de romper con manos atrevidas, tus formas,
juguete alucinante que danzas a mis ojos;
y sabré tu secreto, y el último resorte
que te mueve las piezas maravillosamente...
No volveré a estrellar mi frente pensativa
contra el muro inhumano de animados dibujos;
o aplastaré mi cuerpo en el violento impulso
o, flecha victoriosa, me clavaré en el blanco.

(*Rebelión*, pág. 75).

Bien: clavó esta flecha en el blanco de su intención, y caso, casi, en el blanco de nuestra sensibilidad. Pero, reacciona nuestra sorprendida sensibilidad, y mira hacia adentro, y ve que dentro no ha quedado ni un rasguño coloreado de emoción... Acaso lo más patético y condensado de todo el libro, sean las poesías «El Gato», y sobre todo. «Raíces de tu vida»:

«Raíces de tu vida prendieron en mi vida;
nuestra savia florece rosas en derredor...
prolongan sus latidos en mi sangre, tus venas...
nuestros ojos encienden nuevos astros en Dios...»

Pálidos de mirarnos. curvos sobre el abismo,
—un espiral de fuego y sombra nuestro amor—
resplandor de poniente, no claridad de aurora.
No llegar a ser uno, y nunca más ser dos».

(*Raíces de tu vida*, pág. 13).

Aquí hay elementos de realidad; los términos se hacen sensibles, y queda en nuestra imaginación la huella subjetiva de otra imaginación, la huella de la artista. Y perdónesenos, aquí, descender al mero análisis. Creemos que el verso «prolongan

sus latidos en mi sangre, tus venas...», con una leve transposición, cambia de matiz, y adquiere más fuerza, y aun, mayor claridad gramatical:

«prolongan sus latidos, tus venas, en mi sangre...»

Porque parece que la poesía pura tendiera, en todo lo posible, por imperativos de síntesis, a la máxima claridad de expresión. De expresión gramatical, entiéndase.

En suma, este libro de Luisa Luisi es un libro de equilibrado valer; sus versos son armoniosos; su ideología, consciente y pederosa. Y su sensibilidad... su sensibilidad, retórica e impersonal. Es eso, precisamente, lo que nos gusta en este «Polvo de días», el que no haya nada en él que nos guste de particular manera: alguna composición, un tropo, cualquier cosa...

Y válganos decir que los reparos hechos al libro, son hechos en consideración a los méritos de la autora.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

Notas del mes

Manifestación a Gonzáles Vera

La partida a Venezuela del autor de *Vidas mínimas* y *Alhué*, dos hermosos libros de estampas, trazadas de acuerdo con el arte sutil e irónico de Gonzáles Vera, dió ocasión para que los escritores chilenos le testimoniaran su adhesión y al propio tiempo el sentimiento que les ha causado su alejamiento de Chile. Gonzáles Vera va a Venezuela con el equipo de maestros que el Gobierno de esa República ha contratado en este país, para contribuir a la realización del programa educacional que se han trazado las nuevas autoridades educacionales, de las que forma parte, un escritor vinculado hondamente a Chile, y que se educó en nuestro Instituto Pedagógico: Mariano Picón-Salas. Como se sabe, Picón-Salas, que regresó a Caracas, apenas se deshizo, con la muerte de Gómez, la dictadura que el General mantenía sobre Venezuela, fué pronto llamado por el Gobierno para hacerse cargo de la Superintendencia de Enseñanza. Entre los maestros chilenos que Picón-Salas eligió para que colaboraran en su programa pedagógico, figura la esposa de Gonzáles Vera, señora María Marchant reconocida por todos, como una espléndida educadora.

A la manifestación ofrecida por la Sociedad de Escritores asistieron, además del festejado, Ministro de Cuba, Alfonso Hernández Catá, Manuel Rojas, Domingo Melfi, los escritores argentinos Luis Franco y Enrique Espinoza, Pedro Godoy, Jerónimo Lagos Lisboa, Mariano Latorre, Alberto Romero,

Joaquín Edwards Bello, Ernesto Montenegro, Januario Espinoza, José M. Perlaza, Luis Durand, Milton Rossel, Arturo Piga, Yolando Pino, Franco Paolantonio, Enrique Vergara Robles, Norberto Pinilla, Héctor Fuenzalida, Lorenzo Domínguez, Guillermo Kohenenkampff, José Gallay y Julio Arriagada.

Nuevo Directorio de la Sociedad de Escritores

La renovación anual de Directorio que se efectúa en la Sociedad de Escritores, arrojó después de las votaciones, el siguiente resultado: Presidente, Manuel Rojas; Vicepresidente, Alberto Romero, Secretarios: Sady Zañartu y Julio Barrenechea; Tesorero Jerónimo Lagos Lisboa.

Este Directorio tendrá a su cargo, en el programa que desarrollará durante el año, la organización de la Feria del Libro y el concurso literario de novelas con premios otorgados por los editores.

La Revista «Nosotros»

La revista «*Nosotros*» de Buenos Aires ha entrado en la segunda época de su publicación. Debió suspenderse el año 34, después de varios lustros de vida, por razones económicas. En Buenos Aires como en otras ciudades de América, la revista literaria, sufre el proceso de la asfixia financiera. Los mejores intentos o los más probados esfuerzos, encuentran serias y enojosas dificultades. Analizar las causas sería como realizar el proceso histórico del crecimiento intelectual de estas repúblicas, no siempre adictas a las sugerencias espirituales.

Los fundadores de la revista «*Nosotros*» nunca perdieron la fe, a pesar del duro trance que debieron soportar, clausurando una publicación que fué por tantos años, el exponente de la cultura literaria argentina y su más preclaro vocero. En sus páginas encontró siempre cordial acogida el pensamiento americano y la nueva etapa que hoy abre *Nosotros* a la inquietud actual,

tanto en la literatura como en los movimientos sociales, está claramente expuesta en la primera página de este primer número. Dice la Dirección: «El momento es propicio para lanzar una gran revista ágil y nueva; pero hay que trascender de la voluntad al acto. De la primera *Nosotros*, ésta conservará la amplitud acogedora, sin ceder a ninguna influencia de tendencia o de círculo, y además su propósito de ser órgano, no ya sólo del pensamiento y del arte argentinos, sino hispanoamericanos. Pero a la vez tiene que ser cosa distinta, y para ello se dirige a todos los escritores y estudiosos, principalmente jóvenes, solicitándoles su colaboración decidida en este empeño de renovación».

Añade en otra parte de sus «propósitos»: «Quiere ser removedora e interesante, sin renunciar a ser seria; enseñar sin aburrir; criticar y discutir sin agraviar; juzgar imparcialmente, pero con fe en nuestras creaciones; no juntar moho en sus páginas, pero sin entregarse por ello a la frivolidad. Confía en la juventud y cree en la experiencia».

Programa interesante, pleno de promesas y para el cual, sin duda encontrará la aceptación de todos los escritores argentinos. Saludamos esta nueva etapa de *Nosotros* y le auguramos un porvenir rico en realizaciones.

Peripecia de un escritor Boliviano

Mariano Latorre aludió en el interesante prólogo al bello libro de Augusto Céspedes, *Sangre de Mestizos*, publicado hace poco en Santiago por la Editorial Nascimento, al autor de *La Sima Fecunda*, libro de la inquietud y del dolor bolivianos. Augusto Guzmán, su autor, fué hecho prisionero durante la guerra del Chaco, y llevado al Paraguay en donde soportó largos días de cautiverio. Los escritores chilenos enviaron al entonces Presidente del Paraguay, señor Ayala, una comunicación en la que pedían la libertad del escritor Guzmán. Esta fué concedida y Guzmán envió con este motivo a Latorre una carta, de la que es interesante reproducir algunos acápite. Escribe:

«Hace poco he retornado del Paraguay donde por adversa suerte hube de vivir, completando experiencias de la campaña, los intensos e interminables días del cautiverio, que habría epilogado con la sepultura a no producirse la generosa cuanto oportuna petición formulada por algunos intelectuales de esa República, que reclamaron mi libertad al gobierno del señor Ayala. Este señor Ayala decretó mi resurrección, cuando yo agonizaba, en sentido unamunesco, frente a la muerte próxima, allá, en un hospital de la ventilada comarca de Sapucay, bajo cuyo suelo pomposo de verdes vegetales, duermen a montones innumerables esqueletos andinos».

«Dígnese imaginar si la afortunada solicitud de esos nobles espíritus, que los presiento al través de la gratitud, habrá sido para mí, en aquellas circunstancias, causa providencial de que se me devuelva mi libertad, hermosa libertad por la que suspiraba durante catorce meses, contados minuto a minuto, sin hiperbole. Quiero decirle, animado por la confianza, que estoy escribiendo el libro vivido en las páginas de la realidad y ojalá mi arte alcanzara a resumir en él, la grave substancia de tantos sucesos que han pasado por mi conciencia atropellados en tránsito veloz, o lentos en tedioso deslizarse, pero siempre henchidos del fuerte sabor de experiencias humanas.

«Pretendo resumir en lo posible, la huella subjetiva de la campaña que acaba de pasar y del cautiverio que todavía continúa, como una herencia afrentosa de la cínica aventura petrolífera del Sud Este».

Como se ve, Guzmán que es escritor de auténtica potencialidad, prepara ya el libro que ayudará a comprender en profundidad los secretos de esa guerra atroz que América fué incapaz de detener en los instantes en que comenzaba la estéril matanza de tantos hombres jóvenes de ambas repúblicas.

Vida de Montalvo

Se ha publicado en Quito una vida de Juan Montalvo. Su autor es Oscar Efrén Reyes, conocido nuestro por diversas obras de carácter histórico. En esta biografía editada por el *Grupo América*, que tantos libros interesantes ha dado ya a la estampa, se estudia con minuciosidad llena de interés la vida atormentada del gran luchador ecuatoriano. Interesa desde luego este volumen, irreprochablemente editado, el estudio hondo del ambiente de Ecuador desde los días de la formación de la República, pasando por los gobiernos dictatoriales de Flores y García Moreno, hasta el momento de la acción más intensa del héroe civil de Ambato.

La figura de Montalvo se yergue con todas la fuerza de su carácter contradictorio, pero firmemente enderezado en un solo sentido: la lucha por la libertad y por la cultura. Las siluetas de los dictadores Flores y García Moreno están trazadas con magnífica objetividad. No ha desperdiciado Efrén Reyes, ninguno de los datos de la vida íntima del prócer ecuatoriano y tanto los días de infancia como los de la virilidad madura y batalladora, están consignados en cuadros elocuentes, reveladores de un profundo estudio del ambiente y de la historia.

Jesucristo

«Siempre estuvo fuera de la ley como los ladrones, los poetas y los héroes». Así escribe de la figura del Nazareno, Pablo de Roka en este libro que acaba de publicar. Con un estilo que no es dócil en modo alguno a la naturaleza corriente de los estilos, de Roka hace la pintura actual del Cristo, sin sujetarse a los moldes ya establecidos sino saltando fuera de todos ellos. Fulguran imágenes extraordinarias, formas llenas de luz en medio de un torrente. Pero busca al Nazareno no en la simbología tradicional sino como elemento superior de lucha, como hombre en el cual padeció ya la humanidad explotada y la humani-

dad de hoy envilecida por tantos crímenes. Hombre integral, lo fué todo como los grandes profetas del espíritu, sin hurtar su humanidad a ninguno de los dolores y a ninguna de las frenéticas alegrías que sin duda saboreó como todos. «Porque— escribe de Roka—era fuerte, era un místico trágico, lírico y sin sombrero a quien asesinaron los mercaderes oceánicos y el hombre de orden». Y por esto mismo estuvo «fuera de la ley, como los ladrones, los poetas y los héroes». No habrá sino silencio alrededor de este libro.

México en marcha

Manuel Eduardo Hübner acaba de publicar en un grueso volumen sus andanzas por la historia y la realidad de México. Este libro está destinado a dar a conocer a los lectores chilenos toda la vida mexicana, sus transformaciones y sus hombres y leyes desde los orígenes de la nacionalidad. El autor escribe inmodestamente de sus libros: «Cristalización de charlas apresuradas, este volumen no tiene otra justificación que la ignorancia, así unánime entre nosotros, de la realidad mexicana. Pocos hechos menos conocidos y más tergiversados en Chile que la revolución de México. Su copiosa bibliografía escasea o no existe en nuestras bibliotecas. Y apenas si sabemos de ella lo que nos repiten a su sabor con cierta majadera insistencia, sospechosas agencias cablegráficas o fanáticas pueriles a la par que pintorescos». El libro resume en quinientas páginas apretadas de lectura, la vida de los orígenes, desde los antiguos otomies, desde Netzahualcoyotl hasta la presidencia de Calles, pasando por la etapa de los conquistadores, la Colonia, las luchas de la independencia y las revoluciones que se han sucedido hasta el instante del advenimiento de la Constitución de 1917. Un libro, en fin, de divulgación, escrito con evidente seriedad y muy útil para el conocimiento de la vida mexicana.

Un libro de romances.

Se encuentra ya en prensa un nuevo libro de Carlos Préndez Saldías. Esta vez el poeta de *Alamos Nuevos* aborda el romance en su más genuina esencia criolla. Queremos decir que no es un romance de método y factura criolla, sino un romance en el cual el contenido es criollo. Innovación en nuestra lírica que merece ser tenida en cuenta. El libro lleva un título muy sugestivo y denota desde luego, la nueva modalidad lograda por Préndez Saldías: *Romance de las Tierras Altas*. Romances de las montañas, en las primeras estribaciones de la cordillera, con motivos y paisajes chilenos.

Alejandro Vicuña.

Va ya camino de Europa Alejandro Vicuña. En pocos sacerdotes hemos encontrado una pasión agónica, en el sentido unamunESCO, más potencial que en este escritor «cuya obra literaria es ya considerable. Su anterior viaje, realizado en forma forzada, dió una rica cosecha a las letras. *Entre Budista y Bramanes*, demostró la agudeza de su análisis, la calidad de su observación y la independencia de su espíritu de viajero. *Bajo el cielo africano*, otro libro reveló igualmente la rica pasta de su naturaleza humana. Y luego los dedicados a *Savonarola*, y a *Cicerón*, el dominio seguro de los materiales históricos, y una erudición fresca y oportuna. De un libro que ha dejado en prensa, damos en este número un interesante capítulo. No abandona las tierras de Europa, para sus inquietudes de escritor y este mismo viaje que durará seis meses, es como la inmersión nueva del observador en las aguas turbulentas de la vida occidental. Tenemos la certidumbre de que sus observaciones y sus reflexiones de la vida europea han de ser en extremo interesantes, justamente porque en Vicuña sobre muchas otras cualidades de su temperamento, prima la de su insobornable independencia».

